

Juan Manuel Peña · José Luis Alonso

HISTORIAS CASI DESCONOCIDAS DE LA HISTORIA ARGENTINA

Presentación: **María Sáenz Quesada**

Editorial Biblos
HISTORIA

HISTORIAS CASI DESCONOCIDAS DE LA HISTORIA ARGENTINA

HISTORIAS CASI DESCONOCIDAS DE LA HISTORIA ARGENTINA

JUAN MANUEL PEÑA
JOSÉ LUIS ALONSO

HISTORIAS CASI DESCONOCIDAS DE LA HISTORIA ARGENTINA

Editorial Biblos

Peña, Juan Manuel
Historias casi desconocidas de la historia argentina / Juan Manuel Peña y José Luis Alonso. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos, 2014.
191 pp.; 23 x 16 cm. - (Historia)

ISBN 978-987-691-319-5

1. Historia Argentina. I. Alonso, José Luis II. Título
CDD 982

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*
Imagen de tapa: D. de Plot, *Las esclavas de Buenos Aires demuestran ser libres y gratas a su noble Liertador*. Óleo sobre género, 149 x 73 cm, 1841. Museo Histórico Nacinal, Buenos Aires.
Armado: *Ana Souza*

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires
info@editorialbiblos.com / *www.editorialbiblos.com*
Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723
Impreso en la Argentina

Esta primera edición
se terminó de imprimir en Imprenta Dorrego,
avenida Dorrego 1102, Buenos Aires,
República Argentina,
en noviembre de 2014.

A Mercedes y Graciela por la ayuda, la dulce comprensión y el aliento permanente.

Peña, Juan Manuel
[illegible] / Juan Manuel Peña y José Luis Alonso. - [illegible]
[illegible]

ISBN [illegible]

1. Historia Argentina. [illegible]

[illegible]
República Argentina
[illegible]

Agradecimientos

Este libro reúne algunos de los ensayos históricos que hemos dado a conocer en los últimos diez años. Fueron publicados, con inocultable orgullo de nuestra parte, gracias a la benevolencia de los editores de revistas nacionales como *Historia*, *Todo es Historia*, *Revista de la Academia Argentina de la Historia*, *Boletín del Centro Naval*, *Revista de la Escuela Superior de Guerra* y *Revista de Historia Militar*, y en mensuarios especializados del exterior, como las publicaciones españolas *Dragona*, *Ristre*, *Serga* y los boletines de la Sociedad Española de Vexilología. Elegimos con criterio eminentemente subjetivo aquellos que, creemos, pueden ser de mayor interés para el lector.

Los sucesos relatados en este libro, como bien lo indica el título que los engloba, son hoy olvidados, algunos desencadenantes de hechos conocidos, y otros constituyen relatos de sucesos periféricos. Pero todos ellos, sin duda, contribuyen a comprender y conocer nuestro pasado.

Producidos a lo largo de los años, la injusticia de nuestra memoria hace imposible recordar a todos aquellos historiadores, directores de museos, museólogos y testigos oculares que con su ayuda y crítica facilitaron nuestra tarea. A todos ellos, nuestro sincero agradecimiento por salvaguardar la memoria de una sociedad que sufre periódicos ataques de amnesia.

Una mención especial para la Editorial Biblos que mantiene el coraje de publicar, venciendo el ancestral temor expresado en las conocidas frases "¿quién va a leer historia?" "¿o a quién le interesa la historia?". Y especialmente a Mónica Urrestarazu, magnífica y paciente correctora.

J.M.P. y J.L.A.

Índice

Presentación

María Sáenz Quesada

Como todas las historias, la de los argentinos abunda en guerras y batallas. En ellas, junto a los grandes hechos y a las personalidades rectoras, hay sucesos en apariencia menores y figuras secundarias que contribuyen a producir los acontecimientos, aunque poco se les reconozca. También se da la existencia de objetos, emblemas o banderas, cuyo simbolismo ha sido olvidado pero en su momento pesaron en el ánimo de los contemporáneos, porque representaban valores colectivos, aceptados por todos.

Los autores de este libro han andado tras las huellas de estos aspectos casi desconocidos del pasado argentino y trabajado una serie de temas cuyo eje central lo constituyen las invasiones inglesas, las guerras de la independencia y del Paraguay, y las guerras civiles. En este aspecto, arrancan con la destrucción de la fragata *Mercedes* y la toma de los barcos que transportaban a la metrópoli las rentas provenientes de Chile, Perú y el Río de la Plata, verdadero crimen de guerra cometido por los británicos, en el que murieron marinos y civiles, entre ellos varias mujeres. El episodio enlaza la gran historia de la guerra naval entre Gran Bretaña, Francia y España con la del virreinato del Río de la Plata y la de algunos de los futuros protagonistas de las luchas de la independencia, como los generales Carlos María de Alvear y Tomás de Iriarte.

Otros capítulos se dedican a curiosidades de las invasiones inglesas; por ejemplo, al seguimiento de las banderas perdidas del virreinato, capturadas por los ingleses y exhibidas como botín de guerra en Londres, hasta dar con su actual paradero en el National Army Museum, donde se encuentran catalogadas como "banderas de Malta". Un asunto también olvidado es la participación de un regi-

miento de Buenos Aires, que fue llevado prisionero a Gran Bretaña y devuelto a la península, en las batallas libradas por tropas anglo-españolas contra las fuerzas napoleónicas en 1809 y que resultaron en verdaderos desastres.

La responsabilidad de la masacre de prisioneros de guerra españoles en San Luis es analizada en estas páginas. De este modo, se hace hincapié en la otra faz de la guerra, la de los vencidos, que la historia oficial suele descartar y cuya presencia es necesaria para completar el relato histórico. Otro asunto vergonzante es el de la traición, en este caso, la cometida por el marino estadounidense John Halstead Coe, al servicio de la Confederación Argentina, durante el sitio de Buenos Aires, en 1853. Los pormenores financieros de la operación son explicados en detalle en la parte correspondiente a las guerras de la organización nacional.

Como yapa a este libro pródigo en curiosidades, investigadas cuidadosamente y narradas con sencillez, se relata una historia correspondiente a la Gran Guerra de 1914, la de la bandera argentina que le permitió a un suboficial de origen franco-argentino salvar la vida en la batalla del Marne, y que fue usada como amuleto de la suerte por ese mismo soldado en el resto de la campaña.

De este modo, como se dijo, los autores han tejido la trama de las pequeñas historias dentro de la de la historia grande, para regocijo de los lectores.

El pendón real y el escudo de Buenos Aires: dos símbolos del poder español en el Río de la Plata

La historia del actual escudo de la ciudad de Buenos Aires es tan antigua como la misma ciudad. Para conocerla, primero debemos saber la importancia que en el virreinato se le concedía al pendón real y luego remontarnos a la fundación de Buenos Aires.

Al fundarse una ciudad en las colonias de España, se constituía el correspondiente Cabildo, se elegían sus miembros y se enarbolaba un pendón, símbolo inequívoco de la dominación del rey en los nuevos dominios y extensión simbólica de su presencia en la nueva población. La existencia de este pendón era salvaguardada por las autoridades locales y su custodia recaía en un vecino notable del lugar, nombramiento tenido en alta estima y de gran lucimiento social.

El pendón real era paseado por el alférez real en las fiestas patronales de la nueva ciudad de acuerdo con un ceremonial realizado al efecto con toda la pompa que los medios de la población permitían.

Esta cuestión puede haber oficiado de manera premonitoria en la vida de Manuel Belgrano, creador de la enseña nacional argentina, ya que su padre, ligur de nacimiento y alférez real del Cabildo de Buenos Aires, por la naturaleza de su cargo debía custodiar obligatoriamente el estandarte o pendón real en su domicilio, que se sacaba y exhibía en las grandes fiestas y solemnidades para después reintegrarlo a la custodia hogareña.

No debe olvidarse que este pendón era el símbolo de la autoridad de la Corona española y con él se exhibían los signos exteriores de la dominación imperial. Por eso no sería de extrañar que el creador de nuestra bandera siguiera desde niño en su casa la reverencia de esos símbolos exteriores y gracias a ello, ya hombre, comprendiera su importancia y decidiera la creación de la escarapela y de la bandera

celeste y blanca como símbolos distintivos de una nueva sociedad de hombres libres.

El estandarte se paseaba por las calles bonaerenses con una comitiva montada a caballo en ocasión de la víspera y festividad de San Martín de Tours, patrono de la ciudad de Buenos Aires, el 10 y el 11 de noviembre de cada año. Puede decirse entonces que el paseo del pendón real era el acontecimiento más importante que se realizaba anualmente en la entonces aldea.

Una vez finalizada la ceremonia, se lo retiraba de la casa del alférez real y se lo acompañaba hasta la Casa Capitular, ceremonia que tuvo algunas variantes con la creación del virreinato del Río de la Plata, a partir de 1776. Esta forma de pasear el pendón real se mantuvo inalterable hasta 1784.

Vayamos ahora a sus orígenes. El 11 de noviembre de 1589, nueve años después de la segunda fundación de Buenos Aires, el teniente gobernador y justicia mayor de la ciudad, el capitán Hernando de Mendoza, hizo entrega del primer pendón al alférez real Francisco Bernal, quien prometió defenderlo haciendo todo lo que debía en su condición de servidor y vasallo de la Corona.

En el actual Museo del Cabildo y de la Revolución de Mayo de Buenos Aires se exhibe uno de esos pendones, de forma triangular y con flecos de oro, que ostenta de un lado la pintura de la Virgen con el Niño y del otro las armas de la Corona. Se encuentra en excelente estado de conservación (imagen 1). Fue regalado a la ciudad por el contador Hernando de Vargas y Machuca en enero de 1605, un funcionario de la Corona española que tuvo serios desencuentros con el adelantado Hernando Arias de Saavedra, Hernandarias. El cargo ejercido por Vargas se denominaba "contador mayor de cuentas" en la burocracia española de la época, y la tarea consistía en la recaudación de los tributos y la contabilización de los tesoros de la Real Hacienda en América.

En las actas del Cabildo de la sesión del acuerdo del 10 de noviembre de 1605 se transcribieron las palabras del donante:

> Porque esta ciudad no ha tenido estandarte propio, para lo sacar el día del bienaventurado Señor San Martín, patrón de esta ciudad, por lo cual su merced, como servidor de Su Majestad y su oficial real, hace presente a esta ciudad, para que el Cabildo della acuda debajo de él a las cosas tocantes del real servicio, rebatos y otras cosas convenientes, y no para otra cosa, de un estandarte nuevo de damasco encarnado, guarnecido con sus flecaduras de seda amarilla y colorada, con la imagen de la Madre del Dios y las armas reales del Rey,

nuestro señor, del otro lado, con su pasamanería la redonda, de oro.

El Cabildo de Buenos Aires aceptó el regalo de Vargas agradeciéndole "encarecidamente a su donante de una joya tan estimada y debidamente venerada, y así lo mandaron poner en la mesa del Cabildo".

Le tocó al alférez real Melchor Casco de Mendoza el paseo del estandarte después de practicar el juramento de rigor al rey y la defensa de la Corona, y también por extensión "en defensa y custodia de la Santa Fe Católica".

Se lo consideró "viejo" en 1623 y en ese año otro alférez real, Bernardo de León, propuso la compra de uno nuevo por la suma de 50 pesos, que estaba hecho también "en damasco carmesí con flecadura de oro", mandado a confeccionar por el alférez real predecesor de León, Diego de Trigueros, quien donó la mitad de la suma votada.

Hay constancias de que en 1789, con motivo de la asunción al trono español de Carlos IV, el Cabildo dispuso la confección de un nuevo estandarte, ya que se hallaba muy deteriorado el que se usaba hasta el momento. Se hizo "en terciopelo carmesí con las Armas Reales por un lado, y por el otro, con las armas de la ciudad pintadas en un lienzo de tafetán".

La ceremonia del paseo del pendón real se continuó haciendo a pie desde 1785 hasta pasada la Revolución de Mayo, y se prohibió definitivamente recién en 1812. La resolución de prohibición la emitió el Triunvirato integrado por Manuel de Sarratea, Feliciano Chiclana y Bernardino Rivadavia, quienes dirigieron un oficio al Cabildo con fecha 13 de mayo de 1812 manifestando lo impropio de la ceremonia, dadas las circunstancias revolucionarias que se vivían en Buenos Aires desde mayo de 1810.

Ya con estos antecedentes, podemos dedicarnos ahora al escudo de armas de la ciudad de Buenos Aires. El 11 de junio de 1580 el adelantado Juan de Garay fundó la ciudad que denominó de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires. El nombre del puerto había sido conservado desde los tiempos de la primera fundación por el adelantado Pedro de Mendoza en 1536, que le dio el nombre en homenaje a una virgen sarda venerada en Cagliari, Italia, llamada Virgen del Buen Aire, patrona de los navegantes.

Luego de la fundación, Garay repartió los correspondientes solares según costumbre, y reunió al Cabildo de la recién constituida ciudad, cuyos integrantes expresaron la necesidad de determinar el escudo de armas y el blasón que ella debía tener.

Garay se decidió por el águila, que figuraba en los escudos de armas de los Zárate y Torres de Vera, en cuyo nombre fundó Buenos Aires, y la Cruz de Calatrava, según consta en el acta capitular. Esta cruz, símbolo de una antigua orden de caballería española, representaba la fe católica de Garay y las aguiletas, las cuatro ciudades a fundarse posteriormente en virtud de los términos de la capitulación de 1569, acordada entre el rey Felipe II y el adelantado Juan Ortiz de Zárate, en la que éste se obligaba a fundar cuatro pueblos en la zona de Buenos Aires. Estos cuatro pueblos fueron Buenos Aires, Santa Fe, Nuestra Señora de la Concepción del Bermejo y San Juan de Vera de las Siete Corrientes.

Muerto Garay en 1583, las últimas dos ciudades mencionadas fueron fundadas por Juan Torres de Vera y Aragón, sucesor de Ortiz de Zárate por haberse casado con su hija Juana. Torres de Vera había nombrado a Garay teniente general, capitán general y justicia mayor, autorizándolo a gobernar en su nombre la provincia y la ciudad de Buenos Aires.

La orden de Calatrava, con su particular cruz, señera defensora de la fe católica, era la más antigua de las órdenes españolas. Se había constituido en 1158 en la Villa de Calatrava, que fue defendida por sus habitantes ante el ataque de los moros. La orden fue aprobada por el papa Alejandro III, en 1164, y adoptó la regla de los cistercienses.

Su lealtad a los monarcas españoles obtuvo para la orden donaciones y mercedes, mientras los caballeros miembros de la misma hacían frente a las invasiones y correrías de los musulmanes. En 1397 cambiaron su atuendo, estimando que no se diferenciaban suficientemente los caballeros de los monjes. En la nueva túnica pusieron una cruz roja formada por cuatro flores de lises iguales, cruz que se llevaba sobre el pecho en el uniforme y al costado izquierdo en el manto blanco del traje de ceremonia.

Más tarde los reyes católicos Fernando e Isabel incorporaron a su mando las órdenes, suprimieron las mercedes, crearon un ejército permanente y establecieron un régimen totalmente personal, lo que determinó que la autoridad real también se encontraba representada en la Cruz de Calatrava, dado que eran los monarcas quienes nombraban a los maestres de la orden, que estaban bajo su directo mando y su protección.

Luego, en 1615, el escudo de armas de Buenos Aires se cambia, pero se ignoran los motivos de la modificación. El que lo reemplazó presentaba un pelícano con cinco crías.

El escudo vuelve a ser modificado en varias ocasiones y comien-

zan a aparecer los barcos navegando en varias direcciones, una paloma radiante volando de frente que mira hacia la izquierda en la parte superior y que data de un sello de 1649 del Cabildo, y la uña del ancla que sobresale de las aguas agitadas significando "puerto".

Muchos años más tarde, ya en 1856, en tiempos de la Confederación Argentina y del estado de Buenos Aires, por intermedio de una ordenanza la Comisión de Educación –designada en 1852 para crear un sello para el municipio porteño– propuso utilizar el usado anteriormente. Es así como se adaptó uno con dos navíos anclados en el mar agitado color plata, la paloma radiante volando que simboliza el Espíritu Santo en campo celeste y sin el ancla, que luego impuso la costumbre y los considerandos de la ordenanza aludida.

El 3 de diciembre de 1923 se sancionó otra ordenanza que dispuso el escudo de la ciudad que debía colocarse en el frente de los edificios públicos y de los documentos municipales. Fue éste el de los dos barcos en el mar con la paloma radiante y el ancla.

Por ordenanza 20.157 del 6 de noviembre de 1995, la Ciudad Autónoma de Buenos Aires creó su propia bandera adoptando el escudo de Garay. Es de color blanco con el antiguo escudo de Buenos Aires: el águila con la corona sobre su cabeza y las cuatro aguiletas a sus pies, y la Cruz de Calatrava en color rojo, ubicada sobre su parte superior izquierda.

Bibliografía

ABAD DE SANTILLÁN, Diego *et al.*, *Historia argentina*, 5 t., Buenos Aires, Tea, 1981.

CICARELLI, Vicente E., *Belgrano y la bandera nacional de nuestra libertad civil*, Edición del Colegio de Abogados de Jujuy, 2002.

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, *Banderas y escudos. Catálogo de la muestra itinerante de símbolos nacionales, provinciales y originarios de la República Argentina*, Buenos Aires, 2003.

MOLINA, Raúl A., "Hernando de Machuca y Vargas, primer contador de Buenos Aires designado por el rey", *Historia*, Nº 34, Buenos Aires, 1960.

PEÑA, Enrique, *El escudo de armas de la ciudad de Buenos Aires*, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1972.

PEÑA, Juan Manuel, José Luis ALONSO y José Francisco BALAGUER, "Virreinato del Río de la Plata. Uniforme de los contadores y directores de renta", Buenos Aires, mimeo, 2005.

PILLADO, José Antonio, *Datos y documentos sobre el estandarte real en el Museo Histórico*, Buenos Aires, 1893, t. II.

REVELLO, José Torre, "El pendón real", *Historia*, N° 15, Buenos Aires, 1968.

ción a aparecer las barras apuntando en varias direcciones, que en-lazan mediante [illegible] en cruz y [illegible] hacia la izquierda en la parte superior a semejanza de un sello de 1600 del Cabildo, y la del ancla que sobresale de las aguas [illegible]

Muchos años más tarde, en [illegible], el Gobierno de la Confedera-ción Argentina [illegible] de Buenos Aires [illegible] ordenanza, la Comisión de Educación [illegible] en 1860 para hacer un sello para el municipio porteño [illegible] cipalmente. En ese caso se adoptó [illegible] con algunos [illegible] en el diseño del sello [illegible] Espíritu Santo en campo celeste y sin el vuelo que tenía [illegible] la ordenanza a los [illegible] de la ordenanza aludida.

El 1 de diciembre de 1923 se aprobó otra ordenanza que dis-pone el escudo de la ciudad que debe colocarse en el frente de los edificios públicos y de los documentos municipales. [illegible] de las de banderas el [illegible] con la paloma [illegible] y el [illegible].

Por ordenanza 20.157 del 6 de noviembre de 1995, la Ciudad Autó-noma de Buenos Aires creó su propia bandera [illegible] de campo [illegible] de color blanco con el antiguo escudo de Buenos Aires [illegible] ubicada sobre su parte superior izquierda.

Bibliografía

Abad de Santillán, Diego et al., [illegible], Buenos Aires, [illegible].

Cichero, [illegible]

[illegible] en la República Argentina, Buenos Aires, [illegible].

[illegible] Buenos Aires [illegible]

[illegible] Buenos Aires, [illegible], 2006.

[illegible] Buenos Aires, [illegible].

[illegible], "El [illegible]", Buenos Aires, [illegible].

Corsarios de España en el Río de la Plata

Los prolongados conflictos entre las naciones europeas tuvieron marcada repercusión en la vida política de las sociedades coloniales en sus enclaves en el Nuevo Mundo.

Los enfrentamientos entre Inglaterra y Francia determinarían el destino de Canadá y de las colonias en el norte del continente americano, y las luchas entre las coronas de España y Portugal se extenderían a sus territorios en el Río de la Plata.

El estallido de la Revolución Francesa dio origen a una nueva potencia nacida de los profundos cambios políticos y sociales que trajo consigo, que llevaron a Francia a una prolongada lucha contra las monarquías europeas en general y contra el imperio británico en particular, el cual con su oro brindó el financiamiento a todas las coaliciones europeas que en el territorio europeo se organizaron contra la República Francesa primero y contra el Imperio napoleónico después, mientras en los mares sus poderosas flotas adquirían un papel cada vez más protagónico. Comandadas por marinos de la talla de Horatio Nelson, con tripulaciones avezadas y conducidas por brillantes oficiales se alzaron con la victoria en los combates de Copenhague, Abukir y cabo San Vicente.

En 1779 la Corona española se hallaba en guerra con Inglaterra. Firmó una alianza con el gobierno francés y dio su apoyo a los colonos de América del Norte que se hallaban en abierta rebeldía contra el monarca inglés. El virreinato del Río de la Plata se vio afectado por los sucesos europeos, y también su economía que sufrió la acción de los navíos enemigos que hacían presa de los barcos mercantes españoles.

El estado de la Marina española en la región virreinal era pobre, y si bien en el puerto de Montevideo se hallaban las fragatas *San-*

ta María Magdalena, *Astrea* y *Santa Escolástica*, los bergantines *Nuestra Señora de Belén*, *Nuestra Señora del Carmen y Ánimas* y *San Julián*, junto con las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, todos se hallaban en pésimas condiciones a excepción de los dos últimos. A las defensas de las aguas del Plata se sumaron algunas lanchas cañoneras al mando del capitán Santiago de Liniers.

Si bien gran número de navíos de guerra habían repostado en el puerto de la Banda Oriental durante el conflicto con Inglaterra, su llegada no había aportado nada a la protección de los mercantes españoles, y la presencia impune de los barcos ingleses se había extendido hasta Maldonado.

La derrota sufrida por una escuadra francesa comandada por Jean-François Landolplee, en aguas de Río de Janeiro el 7 de julio, produjo una grave crisis en el comercio regional. Los comerciantes de Buenos Aires se presentaron ante el Consulado de Comercio, entre cuyos integrantes se hallaba un joven abogado, Manuel Belgrano, al que elevaron una propuesta que expresaba:

> Lo más útil y ventajoso y seguro se hace salir a la mar al menos dos buques de la Armada Real y el Consulado y no distraer de armar en guerra y sostener por cuenta del comercio, siendo preciso un navío para que en consecuencia las fragatas de S.M. hagan crucero, corso y convoy.

Las autoridades del Consulado apoyaron la idea y, basados en la legislación vigente, adhirieron al pedido y lo elevaron al virrey.

En Buenos Aires las reglamentaciones que regían el corso de mar se conocían desde 1795 y se basaban en una real orden, de 1791, en la cual se exponían los objetivos del corso, que consistían en "fomentar en sus dominios el armamento de corsarios que defiendan nuestras costas y hostilicen al enemigo".

Las ordenanzas que regulaban la actividad de los corsarios exigían, para otorgar la patente o autorización, que los postulantes presentaran un escrito indicando los motivos que los llevaban a realizarlo, así como el número de tripulantes y las características del navío a ser utilizado. Antes que barcos armados poderosamente y por lo tanto más pesados, se preferían naves con menos piezas de artillería pero capaces de desarrollar mayor velocidad para dar alcance al adversario, abordarlo y capturarlo, con el menor daño para no disminuir su valor o el de la carga que transportaban.

Los postulantes debían depositar una suma de dinero en metálico, cuyo monto dependía de las operaciones planeadas y de las carac-

terísticas de los barcos elegidos. Estas sumas eran destinadas a cubrir posibles indemnizaciones que pudiesen presentarse por no haber cumplido con las ordenanzas reales, los reglamentos del corso o las leyes de guerra vigentes. El cumplimiento de estas órdenes, leyes y reglamentos era celosamente vigilado por las autoridades, dado que su observancia diferenciaba a los corsarios de los aborrecidos piratas.

Una vez aceptada y pagada la fianza, los solicitantes o armadores, por lo general uno o más comerciantes adinerados, recibían una "carta de represalias" que les permitía actuar en calidad de beligerantes sin ser militares. Estos armadores tenían el derecho a elegir el marino que comandaría la operación y se hacían cargo de todos los gastos que la empresa requería: los salarios de los tripulantes y oficiales, las municiones de boca y de guerra, aparejos, velamen, sogas, herramientas, cadenas y todos los cientos de artículos necesarios para asegurar el éxito de la campaña.

Las piezas de artillera provenían de los arsenales del Estado y eran entregadas a los armadores bajo pago de otra fianza, fijada según el material entregado. Éstos compraban, a precios preferenciales, las municiones a las autoridades. Las armas de la tripulación eran mosquetes y pistolas de chispa, trabucos de mano y de borda, hachas de abordaje, sables, machetes y cuchillos.

A la llegada de las presas a puerto el capitán corsario debía dar cuenta pormenorizada de las circunstancias de las capturas realizadas a las autoridades navales quienes, reunidas en un tribunal de presas, daban o no por buena la captura y autorizaban su venta en remate público. Durante el procedimiento, también se hallaban presentes ante el tribunal los tripulantes capturados, que contaban con el asesoramiento de un defensor, designado por las autoridades y que declaraban bajo juramento. La sentencia por lo general era conocida a las veinticuatro y podía ser apelada por las partes.

Dado que el corso era financiado por inversores civiles que esperaban obtener beneficios económicos, las recompensas de la actividad corsaria estaban estrictamente reglamentadas. Así, los navíos capturados y sus cargas se consideraban propiedad de todos los miembros de la tripulación y de los armadores, y la valoración estaba a cargo de las autoridades de los distritos navales. La tasación se hacía sobre el barco, su carga, el número de prisioneros –categorizados en marinos, soldados y civiles– y la cantidad de cañones capturados. Estos últimos eran adquiridos por la autoridad virreinal junto con la pólvora.

De las sumas obtenidas por la venta del navío el 5% correspondía al armador y otro tanto al capitán, y de lo obtenido por la carga

dos tercios eran para los primeros y un tercio para la tripulación, repartido según la importancia de los cargos desempeñados. Sirva como ejemplo que por lo general cerca de la doceava parte iba para el capitán; los tenientes de navío y el escribano de abordo recibían una sexta parte cada uno y el cirujano, la cuarta. Los porcentajes de los caídos en la lucha se entregaban a sus familiares y los mutilados solían recibir compensaciones económicas que eran fijadas previamente, según la lesión sufrida.

Siguiendo con el episodio que comentaremos, el entonces virrey del Río de la Plata, Gabriel Avilés y del Fierro, apoyado en las leyes y reglamentaciones vigentes, autorizó el pedido de los comerciantes de Buenos Aires y facilitó un préstamo de los fondos oficiales. Así se dio comienzo a la organización de la campaña.

Los primeros barcos elegidos fueron rápidamente desechados por el pésimo estado en que se hallaban, lo que obligó a la compra de dos navíos, la goleta de origen francés *Carolina* y el bergantín *Antílope*, que fue renombrado como *San Xavier* y puesto al mando de Juan Bautista Egaña, mientras la goleta fue capitaneada por Tomás Lopetegui. Una vez aparejados y armados, ambos barcos dieron comienzo a sus operaciones punitivas. Ninguno tuvo éxito en su primera expedición. En la segunda la *Carolina* retornó a puerto otra vez sin presa alguna, lo que motivó el relevo de su comandante, que fue reemplazado por Juan Garmendia.

Nuevamente zarparon, esta vez juntas ambas embarcaciones, del puerto de Buenos Aires en septiembre de 1801. Durante su derrotero lograron capturar un bergantín y una zumaca portuguesas, presas recibidas con beneplácito por los habitantes de la capital del virreinato. Pero no habían finalizado las desventuras de la *Carolina*, que se vio envuelta en un conflicto de intereses con las autoridades de Montevideo. La dificultad concluyó con la renuncia de Garmendia y su reemplazo por el comandante Matías del Cerro.

Repostado el *San Xavier*, se hizo a la mar nuevamente y en el transcurso de octubre llevó a cabo la captura frente a las costas brasileñas de un paquebote portugués poderosamente armado con dieciocho piezas de artillería y una tripulación de setenta hombres. Finalizado el combate, que se prolongó más de tres horas, el navío español se lanzó en la persecución de una zumaca y un bergantín que habían navegado junto con el navío apresado y que buscaban su salvación en la huida. El barco de Egaña logró alcanzarlos y rendirlos. Obtuvo así una triple victoria, muy apreciada por las autoridades del Consulado de Comercio de Buenos Aires, que ascendieron al vencedor al grado de teniente de fragata.

La *Carolina*, en busca del éxito que hasta ese momento le había sido esquivo, levó anclas en los primeros días de diciembre. En esa oportunidad logró la captura de dos navíos provenientes de Montevideo que transportaban bienes de contrabando. Al regreso a Buenos Aires el corsario fue informado que la paz entre Inglaterra y España había sido firmada, por lo que las autoridades virreinales procedieron a subastar los dos navíos corsarios luego de ser desarmados.

La España borbónica y la Francia de la revolución acordaron el fin del conflicto que las enfrentaba. Junto con la paz firmada en 1795 en Basilea, acordaron el establecimiento de una alianza que dejó a Inglaterra sola para continuar la guerra. Frente a esta situación las fuerzas navales británicas ocuparon Malta, Menorca y las islas jónicas.

El paulatino sometimiento de gobierno español a los intereses franceses tendría finalmente por resultado la cesión de sus territorios de Luisiana, en América del Norte, a su poderoso aliado.

La paz de Amiens, firmada en mayo de 1802, puso fin a diez años de guerra entre Francia e Inglaterra. La Corona española buscó, y obtuvo, dar por finalizados los convenios de Basilea, San Idelfonso y Aranjuez para alejarse de los proyectos franceses, sin llegar a un enfrentamiento. Así, en 1803 llevó a cabo un acuerdo con el gobierno francés conocido como Tratado de Subsidios y Neutralidad, que anulaba la alianza anterior y obligaba a España a entregar un subsidio de seis millones de francos por mes a su antigua aliada. Además, se comprometía a brindar, en sus bases navales del Ferrol, la Coruña y Cádiz, refugio y abastecimientos a los navíos de Francia. Junto con estas obligaciones, España aceptó el compromiso de obligar a Portugal a entregar la suma de un millón de francos al gobierno de París. El Consulado francés, por su parte, aceptaba la neutralidad española.

Como era de esperar, la Corona británica opuso grandes objeciones al Tratado, siendo el subsidio la menor de ellas. El principal reparo consistía en el peligro que para su seguridad representaban las facilidades navales que obtendría la Marina de Francia al tener libre acceso a los puertos españoles. La actitud inglesa no dejaba de contravenir los procedimientos diplomáticos al condenar las decisiones tomadas entre dos países independientes y soberanos con los cuales se hallaba en paz.

España se limitó a abrir negociaciones llevadas a cabo en su capital con el gobierno de su majestad británica, a pesar de no ignorar que los intereses comerciales representados en el gabinete de Londres dirigían la política exterior de ese reino en busca de nuevos

mercados, para sus productos manufacturados, en las colonias españolas. No era ajeno a esos intereses el apoyo que por parte de ese gobierno recibían los movimientos libertadores que comenzaban a agitar el mundo colonial español.

El gobierno *tory* que en esos años detentaba el poder en Inglaterra no trepidó, arbitrariamente, en dar orden a sus fuerzas navales de atacar a todo navío español de más de 100 toneladas que navegara en aguas internacionales.

En el marco de estos acontecimientos y mientras en Madrid continuaban las conversaciones diplomáticas tendientes a superar los diferendos, el Almirantazgo inglés tuvo conocimiento de la partida hacia España de una escuadra proveniente del virreinato del Río de la Plata transportando rentas reales, y procedió a ordenar su captura. El gobierno español ocultó la noticia al público hasta el 5 de noviembre, dejando en una desairada posición a los representantes ingleses que continuaban con las conversaciones de paz. Relataremos estos sucesos con detalle en el próximo capítulo.

El 14 de diciembre de 1804 la Corona española emitió una real orden exigiendo hacer la guerra "por todos los medios y en todos los lugares" a Inglaterra, sin mediar una declaración formal de guerra, e invitó a sus vasallos en toda la extensión de su vasto imperio a no ahorrar "medio alguno de cuanto les sugiera su valor para contribuir con su majestad a las más completa venganza de los insultos hechos al pabellón español. A este fin les convida a armarse en corso contra Gran Bretaña y a apoderarse de sus buques y propiedades".

Los comerciantes de Montevideo se movilizaron en el cumplimiento de las órdenes reales y comenzaron a prepararse para llevar a cabo acciones de represalia sobre el comercio enemigo, estimulados también por las ganancias que esperaban recoger.

A fines de agosto de 1804 fue registrada la primera fianza presentada por Antonio Massini a favor del armador de la corbeta *Dromedario*, alias *Reina Luisa*, con doscientos tripulantes, comandada por el capitán francés Francisco Hipólito Mordeille, que llevaba como segundo de abordo a Juan Bautista Azopardo y como oficiales a Francisco Fournier y a Pablo Zufriategui.

En los siguientes meses otras solicitudes fueron presentadas y entre junio y noviembre les fueron otorgadas patentes de corso a la fragata *Nuestra Señora del Carmen*, comandada por el capitán Santiago Castañe con cien tripulantes, y a las corbetas *Dolores*, alias *Reparadora*, al mando de otro marino francés, el capitán Estanislao Courad, que llevaba 250 tripulantes; y *Nuestra Señora de Isi-*

sar, alias *Joaquina*, con 75 marineros. Se agregaba a estas fuerzas el bergantín *Nuestra Señora del Pilar*, con una tripulación de cien hombres con el capitán Antonio Andreu a su mando, y la fragata *Nuestra Señora de la Concepción*, alias *Veloz*, comandada por el capitán José Yrigoyen, con 125 tripulantes.

Contra lo esperado, las primeras capturas realizadas por los corsarios virreinales rioplatenses no fueron barcos ingleses o portugueses sino, por el contrario, dos embarcaciones españolas que al ser inspeccionadas resultaron transportar contrabando de guerra, por lo que fueron capturadas según el reglamento del corso y enviadas con tripulaciones de presa a Montevideo.

En octubre la población de esa ciudad recibió con alborozo la entrada a puerto de la primera nave de bandera inglesa aprehendida, que resultó ser una fragata artillada con veintidós cañones que transportaba esclavos y carga variada. A esta presa que había sido realizada por Mordeille y sus hombres se le sumó en los días siguientes otra de igual nacionalidad capturada por el mismo corsario, con ciento veinte esclavos y también con carga general.

El éxito de las campañas de los corsarios españoles continuó en aumento con el agregado a las presas del capitán del *Dromedario* de cuatro más, efectuadas por el comandante Courad con su barco *Reparadora*.

Mordeille volvió a destacarse al lograr la captura de otros cinco navíos que transportaban, como era habitual, esclavos y diversos bienes, lo que convirtió su nombre en una leyenda en ambas orillas del Río de la Plata.

Este marino francés tenía un pasado aventurero. Nacido junto al mar en las cercanías de Tolón, navegó desde su infancia y en 1789, con sólo treinta y dos años, comandaba la fragata francesa *Citoyen*, en una campaña de corso sobre las costas de España, por entonces en guerra con la Francia revolucionaria. En el transcurso de la misma, enfrentado a una poderosa nave de guerra española, se vio obligado a rendirse. Encerrado en el penal de Alicante, se dio a la fuga junto con otros prisioneros y en un acto audaz capturó por sorpresa una goleta española, en la que logró retornar a Francia junto con sus compañeros.

Su prestigio como marino se incrementó luego durante el bloqueo del puerto de Marsella por la flota inglesa, cerco que logró burlar en varias oportunidades, llegando sin ser detectado a aguas abiertas para incursionar sobre los mercantes adversarios. Sufrió la amputación de su mano izquierda durante uno de los múltiples abordajes que encabezó. Finalmente, las fuerzas navales enemigas lograron

capturarlo nuevamente y durante largos y penosos años fue mantenido cautivo en Inglaterra.

Al ser liberado, retornó a la actividad corsaria en los mares del Caribe y a lo largo de la costa atlántica de África. En varias oportunidades repostó en el puerto de Montevideo.

El 2 de enero de 1804, comandando el navío holandés *Hoop*, capturó una fragata inglesa que intentó subastar en esa ciudad, pero no fue autorizado por las autoridades navales locales, temerosas de causar un altercado diplomático con el gobierno británico. Por ello Mordeille zarpó nuevamente con su presa.

Meses más tarde anclaba nuevamente en el mismo puerto, esta vez con dos barcos ingleses. Para evitar que le fuese impedida su venta, intentó hacerlos pasar por franceses pero, al ser descubierto el engaño, fue detenido y encarcelado durante veinticinco días.

La guerra de represalia o de corso continuó exitosamente y para gran sorpresa de los habitantes de Montevideo el 27 de octubre echaban anclas en su rada cuatro barcos ingleses acompañados por su captor, el capitán Couraud. Los restantes corsarios también tuvieron exitosas campañas; así, la fragata *Nuestra Señora del Pilar*, luego de prolongado combate con el bergantín británico *Antílope*, logró abordarlo y capturarlo.

No hay datos sobre las acciones llevadas a cabo por otros corsarios del virreinato, si bien han llegado hasta nosotros los nombres de algunos de ellos que merecen no ser olvidados, como los capitanes Luis Martín, Juan Bautista Rospario y Ramón Lastilla, que con suerte diversa llevaron la guerra al comercio británico obedeciendo las órdenes de un lejano monarca.

En 1805 el gobierno español del ministro Godoy firmó un pacto con Napoleón y entró en guerra junto a él, y el 22 de julio una flota hispano-francesa se enfrentó con fuerzas navales inglesas en la batalla de Finisterre, obligando a los británicos a retirarse. Pero el 21 de octubre la escuadra de Nelson, en Trafalgar, destruyó la flota aliada. Esta derrota marcó el fin del poderío naval de España.

Una nueva potencia naval se haría dueña de los mares hasta la primera mitad del siglo XX.

Francisco Hipólito Mordeille se instaló en Montevideo y su reconocida aversión a Inglaterra, producto de su largo encarcelamiento en los pontones-cárceles de Londres, lo llevó a tomar las armas nuevamente durante la primera invasión inglesa al Río de la Plata, en 1806. Organizó entonces un contingente de 73 hombres de mar, que conformaron un cuerpo de infantería de marina. Embarcados en chalupas, armadas cada una con un pequeño cañón, precedieron

a los navíos que desde Montevideo y Colonia navegaban hacia la reconquista de Buenos Aires.

Los hombres de Mordeille en compañía del cuerpo de Miñones, luego de intensos combates en las calles de Buenos Aires, fueron de los primeros en llegar al pie de las murallas del fuerte donde se hacían poderosos los invasores.

Durante las prolongadas discusiones sobre los términos de la rendición de las tropas ocupantes, un oficial inglés arrojó la espada de William Carr Beresford al foso del fuerte. Ésta fue recogida por el corsario francés y devuelta a su propietario.

Retornado a Montevideo, y a pedido de las autoridades, organizó un cuerpo de trescientos hombres que recibió el nombre de Tercio de Húsares del Gobierno, más conocido como los Húsares de Mordeille.

En 1807 el antiguo corsario participó al frente de su tropa en el combate del Cordón en defensa de la capital de la Banda Oriental del ataque inglés durante la segunda invasión británica. Durante el sitio que siguió fue mortalmente herido, siempre bajo la bandera española, el 3 de febrero de 1807.

Bibliografía

BERAZA, Agustín, *Los corsarios de Montevideo*, Montevideo, Centro de Estudios Históricos, Navales y Marítimos, 1968.

CARRANZA, Ángel Justiniano, *Campañas navales*, Buenos Aires, 1918.

FALCAO ESPALTER, Mario, "Hipólito Mordeille (1805-1807)", *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, t. I Nº 2, Montevideo, 1922.

IRIARTE, Tomás, *Memorias*, t. I, Buenos Aires, Fabril, 1962.

KONETZKE, Richard, *América Latina*, t. II: *Época colonial*, Madrid, Espasa, 1974.

OTERO LANA, Enrique, *Los corsarios españoles durante la decadencia de los Austrias*, Madrid, Editora Naval, 1992.

a los navíos que desde Montevideo y Colonia navegaban hacia la reconquista de Buenos Aires.

Los hombres de Mordeille en compañía del cuerpo de Miñones, luego de intensos combates en las calles de Buenos Aires, fueron de los primeros en llegar al pie de las murallas del fuerte donde se hacían poderosos los invasores.

Durante las prolongadas discusiones sobre los términos de la rendición de las tropas ocupantes, un oficial inglés arrojó la espada de William Carr Beresford al foso del fuerte. Ésta fue recogida por el corsario francés y devuelta a su propietario.

Retornado a Montevideo, y a pedido de las autoridades, organizó un cuerpo de trescientos hombres que recibió el nombre de Tercio de Húsares del Gobierno, más conocido como los Húsares de Mordeille.

En 1807, el antiguo corsario participó al frente de su tropa en el combate del Cordón en defensa de la capital de la Banda Oriental del ataque inglés durante la segunda invasión británica. Durante el sitio que siguió fue mortalmente herido, siempre bajo la bandera española, el 3 de febrero de 1807.

Bibliografía

Beraza, Agustín, *Los corsarios de Montevideo*, Montevideo, Centro de Estudios Históricos, Navales y Marítimos, [illegible].

[illegible], Ángel Justiniano, *Campañas navales*, Buenos Aires, [illegible]

[illegible] (1803-1807), *Boletín del* [illegible] *Histórico y Geográfico del Uruguay*, t. [illegible] nº 2, Montevideo, [illegible].

Iriarte, Tomás, *Memorias*, t. I, Buenos Aires, Fabril, [illegible].

[illegible], *Historia de* [illegible] *América*, t. [illegible] *Época colonial*, Madrid, [illegible], 1974.

Otero Lana, Enrique, *Los corsarios españoles durante la decadencia de los Austrias*, Madrid, Editorial Naval, [illegible].

Santa María, 1804: la batalla que desencadenó una guerra

Como vimos en el capítulo anterior, en 1803 la Corona española había alcanzado la paz con el Consulado que gobernaba la Francia revolucionaria. El tratado que daba fin a los conflictos entre ambas naciones era totalmente favorable a los intereses franceses, que obtuvieron importantes beneficios económicos que alimentarían sus gastos de guerra, y también estratégicos, pues lograron que sus barcos accedieran a los puertos españoles, extendiendo así su poder marítimo. El gobierno inglés no dejó de alarmarse ante el acuerdo alcanzado, al que no dejaba, correctamente, de percibir como un riesgo para sus flotas, por lo que elevó sus quejas al gobierno español e inició conversaciones diplomáticas en la capital española.

A pesar de ello y sin aguardar el resultado de esas negociaciones, Gran Bretaña ordenó al Almirantazgo el ataque a todos los navíos mayores de 100 toneladas que enarbolaran la bandera española. La Marina de su majestad británica prontamente se dispuso a dar cumplimiento a lo ordenado y, en aviso de la partida desde el Río de la Plata de una flota española con rumbo a Cádiz, se dirigió a interceptarla.

Los barcos cuyo destino sería fatalmente alterado por la Marina inglesa habían salido del apostadero naval de Montevideo en septiembre de 1802 y transportaban las abultadas rentas provenientes de la Capitanía General de Chile y de los virreinato del Perú y del Río de la Plata, a lo que se sumaban los dineros de acaudalados comerciantes españoles de ambas orillas del Plata que enviaban sus ganancias a la metrópoli española.

La escuadra española se componía de cuatro fragatas: la *Medea*, la *Fama*, la *Mercedes* y la *Clara*, al mando del mayor general Tomás

de Ugarte, quien no sólo era el responsable de transportar y custodiar el tesoro real, sino que también debía proteger a los numerosos pasajeros que habían embarcado rumbo a España y que, siguiendo las costumbres de la época, exigían el amparo de las armas españolas en tan largo viaje.

Entre los civiles embarcados se destacaban por su jerarquía el capitán de navío José de Bustamante y Guerra, que había desempeñado el cargo de gobernador político y militar del Real San Felipe y Santiago y comandante general del apostadero naval, quien retornaba a España junto con el capitán de navío Diego de Alvear y Ponce de León, que había formado parte de la comisión destinada a demarcar los siempre controvertidos límites territoriales entre las posiciones españolas y las portuguesas, y regresaba en compañía de su esposa y ocho niños, de los cuales el mayor, Carlos María, estaba destinado a ingresar como cadete en el Regimiento de Carabineros Reales. También era pasajero de la flota otro niño, Tomás de Iriarte, que se aprestaba a ingresar también como cadete en el Real Colegio de Artillería. Estos dos jóvenes viajeros dejarían en los tumultuosos años por venir sus huellas en la historia de ambas orillas del Plata.

Mientras en España continuaban las conversaciones diplomáticas entre los enviados ingleses y el gobierno del ministro de Fernando VII Manuel Godoy, el llamado Príncipe de la Paz, acerca de la controvertida neutralidad ibérica y del abultado subsidio a Francia, la escuadra española navegaba protegida por su bandera y los tratados vigentes. El viaje transcurrió sin contratiempos, y en los encuentros con otros mercantes y con dos bergantines ingleses los viajeros recibieron confirmación de la persistencia del estado de paz con Inglaterra.

Durante la larga travesía el jefe a cargo de la escuadra, Tomás de Ugarte, doblegado por problemas de salud, debió resignar su cargo al oficial de mayor jerarquía presente en los navíos, por lo que el mando temporario recayó en el capitán de navío Alvear, quien se transbordó en compañía de su hijo mayor a la nave capitana *Medea* y se hizo cargo del mando. Dejó al resto de su numerosa familia en la *Mercedes*, donde habían navegado desde su partida.

A la vista de tierra española el 5 de octubre de 1802, la tripulación de la fragata *Clara* dio aviso de la presencia de cuatro barcos que se aproximaban hacia las naves y que pronto fueron identificados como pertenecientes a la Marina de Inglaterra. Resultaron ser cuatro fragatas: la *Amphion*, la *Indefatigable*, la *Medusa* y la *Libely*. Frente a la clara intención de interceptar su derrotero la escuadra hispánica adoptó la formación en línea y se aprestó a combatir si así lo exigían las circunstancias.

Al irse acortando la distancia y llegando a tiro de cañón de una de las fragatas inglesas, se desprendió un bote al mando de un oficial inglés, que no tardó en abordar la nave capitana española.

El enviado británico, ya en presencia de Alvear, le comunicó que era portador de órdenes de su gobierno para proceder a detener y llevar a puerto los barcos españoles, a pesar de reconocer ante la protesta del comandante que hasta la fecha no existía estado de guerra entre ambas naciones. Como no podía ser de otra manera, la intimación fue rechazada por los oficiales españoles que decidieron combatir.

Aún no había retornado a bordo de su barco el mensajero inglés cuando los navíos de su majestad británica, para vergüenza de su Marina, abrieron fuego sobre los barcos de una nación con la que se hallaban en paz, en flagrante violación de los tratados existentes y de las leyes internacionales.

El combate se estableció y a los pocos minutos de iniciado la escuadra española sufrió un golpe demoledor. La fragata *Mercedes* resultó alcanzada en su santabárbara, lo que ocasionó la explosión del barco y la pérdida de las vidas de pasajeros y tripulación. El entonces niño Tomás de Iriarte, testigo de estos sucesos, nos ha dejado en sus extensas memorias un relato de lo acontecido:

> La catástrofe de la Mercedes fue aun más impresionante por la circunstancia de tener a bordo algunas familias del pasaje, entre ellas la del mayor general de la escuadra, capitán de navío Diego de Alvear, que después de haber estado en América cerca de treinta años y casado en Buenos Aires regresaba a Europa con una fortuna considerable acompañado de su esposa y ocho hijos.
>
> Todos estos familiares perecieron en un solo instante, las señoras ascendían al número de catorce.

La destrucción del navío no menguó la resolución de los españoles que prosiguieron combatiendo.

Los marinos ingleses, cumpliendo ahora sí las tradiciones de la marina, acudieron en auxilio de las víctimas y lograron rescatar a cuarenta y ocho sobrevivientes.

La *Medea*, enfrentada a fuerzas superiores, se rindió y por ello la *Fama* y la *Clara* se vieron atacadas por dos adversarios cada una. En desigual combate y bajo un abrumador fuego enemigo, la segunda se vio obligada a arriar su bandera, luego de dos horas de intenso combate y con numerosas bajas entre sus tripulantes. La *Fama* intentó alejarse seguida por dos navíos adversarios que la atacaban

incansablemente y llegó a desarbolar a uno de sus perseguidores, pero finalmente fue obligada a rendirse.

Las tripulaciones fueron tomadas prisioneras y recibidas a bordo de la fragata *Anphion*, donde se les brindó todo tipo de atenciones en contraste con la agresión sufrida.

Dos hechos se destacan en las mencionadas memorias de Iriarte y que merecen ser recordados: uno es la comprobación del empleo por parte inglesa de las llamadas "balas rojas", que eran proyectiles calentados al rojo vivo en hornillos durante la lucha y cuyo uso se hallaba prohibido por las leyes de la época, y el otro son las declaraciones del comandante del barco inglés donde se hallaban los cautivos, que fueron efectuadas al comandante español al que le expresó que tanto él como sus tripulantes y pasajeros no debían considerarse prisioneros de guerra sino simples detenidos, dado que "el gobierno inglés sólo había tomado aquella medida hostil para evitar que los caudales que conducían, luego de desembarcados en España, pasasen a Francia para auxiliar las ambiciones napoleónicas".

El inglés también lamentó la explosión de la *Mercedes*, pero sin dejar de hacer notar que la resistencia española a aceptar su captura era la causa del ataque que sus fuerzas habían llevado a cabo.

El cronista no ha dejado registro del tono y las palabras empleadas por el jefe español ante lo insólito de los argumentos empleados para justificar lo injustificable, pero sí dejó constancia de que le enrostró al oficial enemigo su artero proceder.

La escuadra vencedora arribó al puerto de Plymouth el 19 de octubre, donde los prisioneros fueron sometidos a una estricta cuarentena que no se hizo extensiva a sus captores, hecho que les impidió todo tipo de comunicación con tierra. Mientras, se ordenó el inventario de los bienes que habían transportado los barcos españoles. El capitán Alvear fue encargado de la realización del mismo, que arrojó un total de 6.500.000 duros, de los cuales un tercio era de propiedad privada.

El Almirantazgo inglés declaró a los navíos españoles "buenas presas", o sea capturadas legalmente, en el transcurso de un ataque llevado a cabo contra fuerzas enemigas, y durante el juicio llevado a cabo para justificar la subasta y el reparto del botín entre la Corona y los tripulantes dejó constancia de que no había encontrado impedimento alguno para proceder a la venta.

Oficialmente el gobierno inglés respaldó la acción de sus marinos expresando lo siguiente:

> Estamos autorizados para asegurar que las órdenes dadas por el gobierno fueron meramente de precaución y que el vigor

y la energía que se han empleado no prueban la certeza de la guerra con España sino que no debe burlarse de nuestro gobierno.

La noticia de la batalla de Santa María sacudió a la opinión pública de Europa. La prensa de Inglaterra enjuició severamente la conducta del Almirantazgo y las críticas hallaron eco en la Cámara de los Comunes, donde se acusó al gobierno de haber roto la paz de Amiens. El líder de la oposición responsabilizó al primer ministro de lo que calificó de crimen, en estos términos:

> Hase cometido un gran crimen, hanse violado las leyes de la Nación del modo más atroz. Una potencia amiga ha sido atacada por la fuerza pública en medio de una profunda paz, mientras teníamos un representante del rey en Madrid, mientras nuestra Corte recibía las mayores protestaciones de amistad por parte del ministro de España en Londres. Los navíos españoles han sido apresados, y sus fieles vasallos han perecido en su defensa. Sus tesoros saqueados infestan nuestras márgenes y nuestro pabellón, semejante al de los piratas, tremola imperiosamente en medio de los débiles, de los oprimidos, de los desgraciados.

La prensa inglesa ya el 31 de octubre comentaba el hecho con las siguientes palabras:

> Sería cosa ociosa probar que esta conducta es contraria a todo principio y que no tiene ejemplar. Hasta ahora se ha considerado semejante proceder, sin declaración anterior de guerra, como un acto de piratería. Puede convenirnos coger un millón de libras esterlinas (pues en esto se regula el valor de las presas); pero lo conseguimos a costa del derecho de gentes.

El gobierno español reservó la noticia de la derrota de sus barcos en el combate de Santa María, y el representante inglés sir John Hookham Frere quedó en una posición desairada al enterarse recién el 3 de noviembre de lo sucedido, debiendo retirarse precipitadamente de Madrid.

El público español recibió la confirmación oficial del ataque inglés y de la derrota española el 5 de noviembre, lo que originó un estado de intensa indignación y deseos de venganza que se puede advertir en la prensa en lo siguiente:

> Vano que alegasen los ministros ingleses que la presa de las fragatas fue tan sólo una precaución contra nosotros...

Echar a pique, incendiar, destruir, ¿es por ventura hacer rehenes?

El 14 de diciembre de 1804 apareció en la *Gaceta de Madrid* la real orden del 12 de diciembre comunicada a todos los consejos por la que se ordenaba hacer la guerra por todos los medios a Inglaterra y el embargo de los bienes de ese origen, tanto en España como en sus colonias de ultramar, y el arresto de todos los ciudadanos ingleses.

Los Alvear, cuya tragedia les granjeó el afecto del público inglés, permanecieron en Inglaterra hasta 1805 cuando llegaron finalmente a España, donde el padre casado nuevamente e indemnizado por el gobierno inglés rehízo su vida mientras Carlos María daba comienzo a su carrera militar que años más tarde lo llevaría combatir en el suelo de su patria.

Bibliografía

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, Montevideo, fondo ex Archivo General Administrativo.
CLOWES, William, *The Royal Navy, A History*, Nueva York, AMS Press, 1966.
IRIARTE, Tomás de, "Las cuatro fragatas", *Revista de Buenos Aires*, t. 10, 1866.
–, *Memorias*, t. 1, Buenos Aires, Fabril, 1966.
LAFUENTE, Modesto, *Historia general de España*, Montevideo, 1882.
GODOY, Manuel, *Memorias*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1956.
RODRÍGUEZ, Gregorio F., *Historia de Alvear*, t. 1, Buenos Aires, 1913.
Semanario de Agricultura, Industria y Comercio, Buenos Aires, 1805.

A bordo del *Diadema*: las órdenes de Popham en la primera invasión inglesa

Existe un memorándum fechado el 14 de octubre de 1804 de sir Home Popham a lord Henry Melville referido a Francisco de Miranda, a Sudamérica y a las revueltas producidas en esta parte del mundo.

En la colonia inglesa del cabo de Buena Esperanza se tramaban infaustos hechos para el Río de la Plata. Sir David Baird, comandante en jefe en el cabo, escribía a míster Marsden el 12 de abril de 1806 acerca del "estado indefenso actual y floreciente de las colonias españolas en el Río de la Plata, y conociendo las grandes ventajas que pueden derivarse de su posesión, tanto para nuestra nación en general como para esta colonia en particular, me ha guiado después de profunda consideración a despachar una pequeña tropa, con el objeto de tomar posesión de ellas, conjuntamente con la escuadra de su majestad, a las órdenes del comodoro sir Home Popham".

Baird pensó que le traería ingentes beneficios tanto al Imperio como a la colonia que iba a conquistar; especialmente en abrir "un nuevo y aprovechable canal para la explotación de nuestra manufactura". Sugirió Baird que fuera William Carr Beresford el comandante militar y Samuel Achmuty el segundo jefe. Consideraba a priori:

> Ni Buenos Aires o cualquiera de las posesiones españolas en el Río de la Plata son, de acuerdo a los informes que he obtenido, de fuerza alguna y las fortificaciones que poseen no son solamente débiles sino que también están en mal estado.

De este modo, sir Home Popham, marino de su majestad británica, se embarcó en el *Diadema* y en él partió con destino a Buenos Aires.

El 23 y el 30 de abril escribe a bordo del *Diadema* notas burocráticas. El 13 de abril le refiere a Marsden al embarque del Regimiento Nº 71, sus esperanzas de tomar las colonias, las exportaciones que pueden realizar desde Inglaterra "con las fabricaciones del Reino Unido".

El 30 de abril de 1806 le escribe al vizconde de Castlereagh, del Departamento de Guerra y Colonias de su majestad, mencionando las ansias de libertad de Miranda, "quien ahora está en Londres", la conquista de Montevideo y Buenos Aires, el comercio de exportación de esas colonias, la "debilidad militar" y el "descontento interno" existente en el Río de la Plata.

Otra nota, ahora de Beresford a Castlereagh con fecha 30 de abril de 1806, afirma que "será informado sobre estado y cantidad del destacamento con quien zarparé" del cabo de Buena Esperanza. William Windham, el sucesor de lord Castlereagh, acusó recibo de esa nota datada en la isla de Santa Elena y le contestó que, "como la expedición fue planeada y emprendida sin previa aprobación y, más aún, sin el conocimiento del gobierno de S.M.", manda un plan general al que Popham deberá ajustarse. Le ordena abstenerse de involucrarse en cualquier problema y le comunica que el brigadier general sir Samuel Achmuty marchará para actuar bajo sus órdenes con 1.972 hombres, organizados en los batallones Nº 87, Nº 45 y Nº 95, y la Artillería Real, con municiones y pertrechos, carne y bizcochos.

El 8 de mayo de 1806, Popham se encuentran al frente de una flota, ya en el Río de la Plata, esbozando su plan para desembarcar las tropas que sus barcos traen para invadir Buenos Aires, la capital del virreinato. La flota está compuesta de diez barcos y su nave insignia es el *Diadema*, los demás son el *Reasonable*, el *Diomedes*, el *Narcisa*, el *Leda*, el *Océano*, el *Tritón*, el *Muanto*, el *Willington* y el *Ambulante*.

Ocuparon los ingleses la ciudad el 27 de junio, luego de desembarcar en Quilmes. Algunos blandengues los atacaron al mando del brigadier Nicolás de la Quintana, pero los británicos rechazaron los ataques. El virrey Rafael de Sobremonte, que se había llegado hasta la actual Barracas, decidió apartarse de la ciudad en salvaguardia de los caudales públicos. Las fuerzas locales se retiraron al fuerte. Allí llegó un oficial inglés a tratar la capitulación, que se firmó. La bandera inglesa se izó el 28 de junio y se publicaron dos bandos el día 30, exigiéndose el dinero de los caudales en poder del virrey, que estaba en Luján.

Existe una carta de Beresford a Baird, datada en la fortaleza de Buenos Aires el 2 de julio de 1806, donde comenta el desembarco

en el puerto de Quilmes, el cruce del Riachuelo en botes y barcas donde llevaron cañones, el pequeño enfrentamiento con Quintana y la información de que las tropàs defensoras han desertado. Pondera a Popham, a Pack, al teniente coronel Lane, al capitán Kennett y otros oficiales.

Beresford hizo desfilar con honores a las tropas derrotadas. No se inmiscuyó en el culto religioso y ofreció la protección de archivos públicos, propiedades y personas. Le adjunta a Baird las condiciones impuestas, garantizadas y firmadas por Popham y el mismo Beresford. Informa de los muertos el 26 y 27 de junio y los pertrechos tomados. El pliego de condiciones del 2 de julio fue firmado por Beresford, por los ingleses y por José Ignacio de la Quintana, como gobernador y brigadier de Dragones. Los testigos fueron Francisco de Lezica, Anselmo Sáenz Valiente y Jorge Enrique Kennett como secretario.

Con fecha 5 de julio y firmado por el capitán comandante de la Real Artillería James Frederick Ogilvie, se hace un inventario de la "munición y armas capturadas en Buenos Aires y sus dependencias", que incluye cañones, morteros, obuses, pólvora en barriles, mosquetes con y sin bayonetas, carabinas, pistolas, trabucos, cartucheras y espadas. Beresford lo refrendó, y el inventario fue remitido al mayor general sir David Baird.

El 11 de julio de 1806 Beresford escribe una carta al vizconde Castlereagh donde informa que se han tomado todas las medidas para granjearse la confianza del pueblo, aplicar a los gastos los impuestos cobrados en la Aduana, reducir el impuesto a los cueros –que es para soportar las tareas de policía de los blandengues– y el de importación de mercadería, combatir el monopolio español, aumentar las tropas inglesas adicionando al Regimiento Nº 71 dos mil hombres de infantería y seiscientos de artillería. Habla del suelo fértil y del destino de veinte hombres a Luján. Y dice acertadamente:

> Además, a pesar de toda la infantería, si el enemigo supiere cómo utilizar ventajosamente una caballería pobre, aun como la de ellos, nos haría morir de hambre en este país, o impedirían que nos lanzáramos con la infantería sola, en procura de provisiones por estas ilimitadas llanuras.

Como puede leerse, toda esta documentación burocrática nos cuenta cómo se desarrolló la primera parte de la invasión a Buenos Aires. Pero hay algo más. Existe un curioso documento fechado el 8 de mayo de 1806, "en el mar", a borde de la nave insignia *Diadema*,

cuando los ingleses están próximos al Río de la Plata, en especial a Montevideo. Además de su valor histórico como "instrucciones generales" para el desembarco, tiene connotaciones de carácter vexilológico, como se verá.

El documento manuscrito fue preparado y firmado por sir Home Popham, y en él se dan precisiones y órdenes sobre el futuro desembarco y "la Carta que acompaña estas Instrucciones Generales por ser el mejor medio de imponerse en las diferentes posesiones del Río de la Plata". El *Raisonable* debe considerarse el navío que ha de dirigir el desembarco de las tropas y de las provisiones de los transportes. Por tanto, cuando el navío *Diadema* largase (izase) una bandera blanca con cruz roja (imagen 1), los otros tres buques de guerra deben enviar al *Raisonable* los destacamentos del N° 71 que tienen a sus bordos tripulando los botes con la menor dotación posible para el cuidado de ellas, y la conducción de otra tropa. Se fijan en este documento cuatro modos de atacar:

1) Atacar las fortificaciones de la ciudad y desembarcar las tropas en Punta Brava.
2) Desembarcar tropas en Montevideo.
3) Desembarcar tropas al este de Montevideo.
4) Avanzar a la parte sur del río y proceder a la ensenada de Barragán y a Buenos Aires.

A partir de aquí y después de explicar detalladamente en cada caso cómo y cuáles deben ser los veleros y las tropas preparadas para la maniobra, se fijan distintas banderas que se utilizarán para la comunicación entre los buques (imagen 2). Debe haber una bandera ajedrezada, de colores azul y amarillo, que será la bandera de reunión. "Cuando se largue", dice el documento (es decir, cuando se ice), "esta otra bandera a bordo del *Diadema*, todos los buques de guerra deberán enviar sus tropas al *Raisonable* y los transportes se prepararán para desembarcar las suyas, y esperar las órdenes del mencionado *Raisonable* para saber qué buque se debe reunir a su costado". Se refiere aquí a la bandera blanca con una cruz roja.

La bandera ajedrezada marcaba los puntos de reunión y los siguientes números, unidos a esa bandera, indicaban el lugar del Río de la Plata donde el o los navíos a los cuales se les había asignado previamente tal número debían proceder inmediatamente a fondear esperando órdenes.

Y el documento señala un ejemplo que transcribimos: "Si el gallardete distintivo del navío *Willington* se largase con esa bandera

de reunión y la N° 9, es indicante que este buque vaya a la ensenada de Barragán". Y dibujaba las banderas respectivas con sus diversas formas y colores. Además figuran los probables lugares de encuentro: Maldonado, cabo de San Antonio, Punta de Piedra, entre Flores y Maldonado, río Pando, río Melchor, Montevideo, río Santa Lucía, ensenada de Barragán, Buenos Aires.

Había otra bandera adicional llamada "cuarteada de cuatro colores" que serviría para poner en ejecución, una vez recibidas las noticias, uno de los cuatro modos de ataque propuestos en este plan. Es decir, el número que se izase con esta bandera indicaría cuál de los cuatro modos descriptos anteriormente se debería seguir.

Con este sistema de señales esperaban los ingleses el éxito, tal cual fue, del desembarco en el Río de la Plata.

Bibliografía

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY, fondo del ex Museo Histórico 1805-1807. Carpeta de documentos. Original manuscrito.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. REPÚBLICA ARGENTINA, División Colonia, Sección Gobierno. Pérdida y reconquista de Buenos Aires 1806-1809. Borrador manuscrito. Documentos varios.

–, Invasiones Inglesas 1806. Montevideo (68) Original manuscrito.

–, Gobierno Colonial. Correspondencia Sobremonte con los ministros de la Corona 1806. Borrador manuscrito.

MUSEO COLONIAL E HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, navío *Diadema*. En el mar a 8 de mayo de 1806. Instrucciones Generales. Copia manuscrita. Luján.

ROBERTS, Carlos, *Las invasiones inglesas en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Peuser, 1938.

UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA, Biblioteca de la Sala de las Comisiones del Rectorado. Libro datos históricos, t. 1, p. 244.

de mapuche a la 1590, se indica [illegible] cada lámina con [illegible] de Barragán. [illegible] dibujados las banderas respectivas con sus [illegible] formas y colores. Además figuran los probables lugares de encuentro: Maldonado, cabo de San Antonio, Punta de Piedras, [illegible] y Maldonado, río [illegible], Montevideo, [illegible] ensenada de Barragán, [illegible].

Había otra bandera adicional llamada [illegible] que [illegible] noticias, una de los cuatro modos de [illegible] de la [illegible] que se [illegible] bandera [illegible] de los cuatro [illegible] de [illegible].

Con esta [illegible] de señales [illegible] cual fue del desembarco en el Río de la Plata.

Bibliografía

Archivo General de la Nación, Buenos Aires. [illegible] Museo Histórico [illegible] 1806-1807. Carpeta de [illegible]. Original manuscrito.

Archivo General de la Nación. [illegible] Sección Gobierno Colonial [illegible] Buenos Aires 1806-1809, [illegible]

—, Invasiones Inglesas 1806. [illegible]

—, Gobierno Colonial. Correspondencia [illegible] de la Corona 1806. [illegible]

Museo [illegible] 11 de marzo de 1806 [illegible] 1806. Legajo.

Roberts, Carlos, Las invasiones inglesas del Río de la Plata, Buenos Aires, Peuser, 1938.

Documentos [illegible] de la [illegible]

La rendición de Montevideo

La realista Montevideo, remisa a aceptar los cambios políticos ocurridos en Buenos Aires a partir del 25 de mayo de 1810, había opuesto una larga resistencia al sitio que las fuerzas patriotas le habían impuesto. Su predominio naval la había hecho dueña de los ríos y ello permitió que la plaza continuara abastecida con bienes provenientes de las incursiones españolas en las poblaciones ribereñas.

A comienzos de 1814 las fuerzas sitiadoras estaban constituidas por unos cuatro mil hombres, mientras la de los defensores, que habían sido reforzadas el año anterior, sumaban cinco mil plazas.

El 1 de marzo de 1814 el gobierno de las Provincias Unidas había creado la escuadra, puesta bajo el mando del teniente coronel de marina Guillermo Brown, que lograría bloquear exitosamente el puerto montevideano el 20 de abril.

En tierra las fuerzas sitiadoras se hallaban enfrentadas a hechos aciagos. El rechazo de los diputados artigistas ante la Asamblea del año XIII decidió al jefe José Artigas a retirar sus fuerzas del sitio y, en desacuerdo con el gobierno de Buenos Aires, abrir comunicaciones con el jefe español a cargo de la defensa, Gaspar de Vigodet. Comenzó a hostilizar al ejército sitiador comandado por José Rondeau, en el que cundía la sublevación encabezada por Domingo French y Miguel Soler, situación que llevaría a que los tres presentaran sus renuncias.

La conducta de Artigas mereció la condena por parte del gobierno porteño, que lo acusó de traidor y puso precio a su cabeza. El director Gervasio Posadas designó entonces "al general Alvear como jefe del ejército sitiador con amplias facultades para estrechar el asedio y operar definitivamente".

El 8 de mayo el nuevo jefe se embarcó con destino a la ciudad de Colonia llevando el Regimiento de Infantería Nº 2 y dos escuadrones de granaderos a caballo.

Desembarcado Alvear, avanzó sobre el pueblo de Soriano donde unos 1.500 soldados al mando del lugarteniente de Artigas, Fernando Ortogués, esperaban reunirse con la flota española comandada por el hábil Jacinto de Romarate. La marcha del ejército porteño obligó a los orientales a abandonar sin lucha sus posiciones, frustrando así la proyectada reunión.

El jefe de las tropas de Buenos Aires se dirigió hacia la capital cercada, evitando hábilmente en su marcha las fuerzas de otro lugarteniente artiguista, el oriental Fructuoso Rivera.

El 16 de mayo de 1814 Alvear recibió de manos de Rondeau el mando de los sitiadores a quienes halló en muy malas condiciones que no dudó en hacer públicas, con su habitual dureza para con sus compañeros de armas:

> Pues la debilidad del general Rondeau no sólo había permitido la relajación de la disciplina en las tropas y el servicio, sino que también había dejado que se introdujese la división en los jefes y oficiales.

De sus palabras puede deducirse no solamente lo encontrado de las opiniones de los principales jefes militares, sino también una rivalidad especial, en medio de una gran desorientación y falta de moral.

La situación de la plaza de Montevideo era desesperante luego de un año y medio de duración del segundo sitio iniciado por José Rondeau a fines de 1812.

El Cabildo de Montevideo, representado por su alcalde de primer voto y gobernador interino, Miguel Antonio Vilardebó, solicitó al capitán general Gaspar de Vigodet, en nombre de "sus más sensatos e ilustrados vecinos, que cuanto antes se viesen salir de este puerto los buques nacionales" y "dirigirse a batir donde quiera que se hallasen los navíos de nuestros enemigos".

Vigodet dio traslado del pedido al comandante en jefe del apostadero naval de Montevideo, Miguel de la Sierra, quien sugirió la reunión de la Junta de Guerra. Vigodet de inmediato dispuso su convocatoria.

En esas condiciones, ciñéndose día a día el cerco, se celebró una nueva junta de guerra que resolvió esta vez la salida de la escuadra, lo que se hizo en la madrugada del 14 de mayo a las órdenes de Sierra.

La fuerza naval española, compuesta por trece barcos de guerra y surta en el puerto de Montevideo, ordenó la salida de Romarate que zarpó con una escuadrilla integrada por los bergantines *Belén*, *Aranzazú* y *Gálvez*, con cinco cañoneras, con la que llegó a la isla Martín García el 8 de marzo de 1814. En los dos días subsiguientes se vio atacado por la escuadra de las Provincias Unidas compuesta de dos fragatas, dos goletas, un bergantín, una balandra y un falucho, que resistieron con fortuna sus embates.

Envió entonces un aviso al comandante general del Apostadero de Montevideo, Sierra, haciéndole ver que si salían los buques allí surtos al encuentro del adversario, se estaría frente a una oportunidad inmejorable de derrotarlos. Al mismo tiempo solicitó el envío de municiones para reponer las consumidas en los combates de los días previos, advirtiendo el peligro en que se encontraba. Cuatro días más tarde la eficacia de los nuevos ataques de Guillermo Brown y sus hombres, unida a la escasez de municiones y víveres de las fuerzas de Romarate, dio por fruto la ocupación de la isla Martín García por las fuerzas navales patriotas, que impidió el retorno de la escuadra realista. Pero la flota española, lejos de rendirse y bajo fuego enemigo, se dirigió hacia el río Uruguay. Los revolucionarios, convencidos de haberla encerrado en aquella cuenca, desistieron entonces de su persecución.

El marino español reiteró a las autoridades navales de Montevideo el envío urgente de la escuadra de Montevideo a fin de obligar a los enemigos a abandonar el paso por Martín García, y reclamó otra vez víveres y municiones. Su pedido de ayuda fue contestado por Sierra haciéndole saber que la escuadra había salido en persecución de la enemiga al mando de José Primo de Rivera, pero que había regresado a puerto ante la noticia de que los enemigos aprontaban otros buques para enfrentarlo. El capitán de fragata Primo de Rivera, que debía haber prestado ayuda, fue juzgado posteriormente por esta circunstancia aunque adujo en su descargo que no pudo suministrar la cooperación que se le exigía en virtud de la falta de calado de sus embarcaciones y del triunfo del adversario.

Atrás habían quedado las derrotas infligidas por Romarate en San Nicolás de los Arroyos y en Martín García, que llegaron a permitir el bombardeo de Buenos Aires en tres oportunidades.

Cercadas por agua y por tierra, las autoridades de la ciudad se avinieron a entablar conversaciones sobre la rendición el 6 de junio pero las dilaciones de Vigodet llevaron a Alvear siete días más tarde a comunicar a las autoridades realistas que "si para mañana no se rinde la plaza, o si se derrama una sola gota de sangre en estas vein-

ticuatro horas, serán pasados a cuchillo toda la guarnición y todos los habitantes de Montevideo".

Vigodet se rindió entregando la fortaleza del Cerro y la ciudad sólo en calidad de depósito donde no se enarbolaría otra bandera que la española y aceptando que le serían dados los medios para embarcarse junto con sus tropas rumbo a España.

El 22 de junio el Ejército patriota hacía su entrada en Montevideo y, en conocimiento de las conversaciones mantenidas entre Ortogés y el jefe español, el general Alvear hizo prisionera la totalidad de las tropas españolas que habían abandonado la ciudad en formación.

El botín conquistado fue cuantioso: nueve mil fusiles, varios cientos de cañones de bronce y de hierro y grandes cantidades de pólvora, elementos que enriquecieron los arsenales de la patria en sus guerras por la independencia. Todos los oficiales realistas, junto con nueve mil soldados, fueron hechos prisioneros y las banderas enviadas como trofeo al gobierno de Buenos Aires.

La escuadra de Romarate que se hallaba bloqueada en el río Negro rechazó bizarramente la rendición propuesta por Gervasio Posadas, a quien respondió: "Esta escuadrilla no se entregará a nadie que no la busque por el camino de la gloria militar que ha seguido siempre". Sólo capituló días después de la caída de Montevideo, cuando su situación era insostenible y sus barcos se entregaron en el apostadero naval en Carmen de Patagones.

El capitán de navío Jacinto de Romarate salió de Buenos Aires con todos los honores a fines de 1814 y arribó a Málaga, vía Río de Janeiro, el 3 de abril de 1815. Sus merecimientos y actitudes lo prestigiaron, y cuando como era norma de la Marina española se juzgó su conducta, de inmediato se resolvió que "nada resulta contra él". Fue el primero de todos en quedar libre de culpa y cargos.

La bandera de España fue arriada en Montevideo. El último enclave español del Río de la Plata había capitulado, dando con ello fin para siempre a la dominación española en el Río de la Plata.

Bibliografía

Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1947.

Archivo General de la Nación, sala 7, archivo Carlos M. Alvear; sala 10, operaciones militares en la Banda Oriental.

Biblioteca Nacional de Madrid, Sección Manuscritos Sesiones de la Junta de Guerra de Montevideo, abril de 1814.

Museo Álvaro Bazán del Viso Márquez-Museo Nacional de Madrid, documentos relativos a la capitulación del capitán de navío don Jacinto de Romarate.

Ocampo, Emilio, *Alvear, en la guerra con el Imperio de Brasil*, Buenos Aires, Claridad, 2003.

Reyes Abadie, Washington y Andrés Vázquez Romero, *Crónica general del Uruguay*, t. 3: *La emancipación*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1999.

Senado de la Nación, *Guerra de la independencia*, Buenos Aires, 1960.

[illegible]

El [illegible] de junio el [illegible] hacia su entrada en Montevideo [illegible] por capitular, el general Alvear hizo prisionera la totalidad de las tropas españolas que habían abandonado la ciudad en formación.

El botín conquistado fue cuantioso: quince mil fusiles, varios cientos de cañones de bronce y de hierro y grandes cantidades de pólvora, elementos que enriquecieron los arsenales de la patria en sus guerras por la independencia. Todos los oficiales realistas, junto con [illegible] sus soldados, fueron hechos prisioneros y las banderas enviadas como trofeo al gobierno de Buenos Aires.

La escuadrilla de Romarate que se hallaba bloqueada en el río Negro rechazó inmediatamente la rendición propuesta por Gervasio Posadas, a quien respondió: "Esta escuadrilla no se entregará a nadie que no la busque por el camino de la guerra militar que ha seguido siempre". Sólo capituló días después de la caída de Montevideo, cuando [illegible] y sus barcos se agregaron al apostadero naval en Carmen de Patagones.

El capitán de navío Jacinto de Romarate salió de Buenos Aires con todos sus hombres a fines de 1814 y arribó a Málaga, vía Río de Janeiro, el 4 de abril de 1815. Sus conocimientos y actitudes lo prestigiaron, y cuando como era norma de la Marina española se juzgó su conducta, de inmediato se resolvió que "nada resulta contra él". Fue el primero de todos en quedar libre de culpa y cargo.

La bandera de España fue arriada en Montevideo. El último enclave español del Río de la Plata había sucumbido, dando con ello fin para siempre a la dominación española en el Río de la Plata.

Bibliografía

Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1947.
Archivo General de la Nación, sala 7, archivo Carlos M. Alvear, sala 10, operaciones militares en la Banda Oriental.
Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, Manuscritos, Consejo de la Junta de Guerra de Montevideo, abril de 1814.

Las banderas perdidas del virreinato

Las invasiones inglesas sufridas por el virreinato del Río de la Plata en 1806 y 1807 son hechos bien estudiados y documentados por reconocidos historiadores. Ellos han analizados causas, sucesos y consecuencias de ambos enfrentamientos de armas en las dos orillas del Río de la Plata.

Las derrotas del ejército invasor dejaron en manos de los defensores prisioneros, armas y banderas que se constituyeron, en especial estas últimas, en apreciados trofeos atesorados en Buenos Aires y Córdoba.

Pero es poco conocido el hecho de que, durante esas invasiones, fueron capturadas por los británicos banderas pertenecientes a dos regimientos de los defensores del virreinato del Río de la Plata, en las ciudades de Buenos Aires y de Montevideo. Luego de una prolongada investigación, llevada a cabo en repositorios ingleses, finalmente hemos podido hallar algunas de estas enseñas, que han permanecido perdidas hasta la fecha.

La captura de estas banderas españolas no ha merecido la atención debida, salvo en un importante trabajo de Marcos de Estrada, "La conquista inglesa de Buenos Aires", y en la breve mención que de las mismas hacen Bartolomé Mitre en la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* e Ignacio Núñez en las *Noticias históricas de la República Argentina*.

Mitre menciona cuatro banderas. Guillermo Palombo, en el estudio que realizó junto con Valentín Espinosa, transcribe a Mitre y dice: "Las cuatro banderas de los Voluntarios de Infantería, tomadas por los ingleses como trofeo en 1806, fueron paseadas triunfalmente en Londres y colocadas en la nave principal de la catedral de San Pablo".

La enseña española que ondeara en el fuerte de la capital virreinal era una bandera roja y gualda. Roja en las franjas exteriores de igual tamaño, y amarilla o gualda la franja central, del doble de ancho de cualquiera de las otras dos y llevaba un escudo real, más cerca del asta que del lado del batiente, con las armas de Castilla y León, dividido en dos cuarteles de colores rojo y blanco y corona dorada forrada en rojo. Su uso fue introducido en España por el rey Carlos III, quien también dispuso que se izara en fuertes, castillos, baterías, posesiones y en los barcos de su flota, por lo que era llamada también "bandera real de la Armada" o "bandera española". Ésta debió ser de gran tamaño, y se sabe de algunas confeccionadas en Buenos Aires: una que llegó a medir 14 metros de largo por 8,5 de ancho, y otra de 12 por 5 metros, que eran izadas en la Real Fortaleza en tiempos de la colonia. Es curioso que la bandera española figurara en el tope de la Fortaleza bonaerense hasta 1815, es decir, algunos años después de haberse producido la Revolución de Mayo, siendo la primera enseña de los revolucionarios de 1810.

Algunas banderas –después determinaremos cuántas en realidad– fueron capturadas en Buenos Aires en 1806. Pertenecían a los Voluntarios de Infantería y Caballería que enfrentaron a las fuerzas inglesas de William Carr Beresford en las orillas del Riachuelo. Sufrió igual destino la bandera española que ondeaba en la Real Fortaleza de Buenos Aires, donde se enarboló el pabellón británico al ser éste ocupado por las tropas del primer batallón del Regimiento Nº 71, junto con destacamentos del Regimiento de Santa Helena e infantes de Marina.

* * *

Cuando llegó a estas tierras el virrey don Nicolás de Arredondo, en noviembre de 1789, los cuerpos de milicianos del virreinato eran los siguientes: el Regimiento de Infantería de Milicias de Buenos Aires, el Regimiento de Caballería de Milicias de Buenos Aires, el Batallón de Infantería de Milicias de Montevideo, el Regimiento de Caballería de Milicias de Montevideo y la Caballería de Milicias de la Campaña de Buenos Aires.

El virrey Arredondo preparó un plan para una nueva organización de las milicias, que fue elevado a consideración de la Corte española en 1793. En 1801, por Real Cédula del 14 de enero, se imprimieron en Madrid las normas del nuevo reglamento que habría de regir. Se llamó "Reglamento para las milicias disciplinadas de Infantería y Caballería del virreinato de Buenos Aires" y disponía,

entre otras cosas, la constitución de cuerpos compuestos por pobladores en Buenos Aires, la frontera de Luján, Santa Fe, los seis fuertes de la frontera de Buenos Aíres, Montevideo, Maldonado, Colonia del Sacramento, los ríos Negro y Yi y el arroyo Cordobés, Corrientes, Paraguay, Córdoba, Mendoza, San Luis, Salta, San Miguel del Tucumán y Santiago del Estero.

Específicamente para la plaza de Montevideo se detallaban los cuerpos que deberían constituirse allí:

> El Batallón de Voluntarios de Infantería de Montevideo; la Compañía de Granaderos de Pardos Libres, la de Morenos Libres y el Regimiento de Voluntarios de Caballería de Montevideo; todos de composición y fuerza análogas a las unidades similares de Buenos Aires.

La reglamentación establecía, además:

> Ha de haber tres banderas en cada regimiento, todas de tafetán blanco: la Coronela con el escudo de Armas Reales en el centro; las otras dos con la Cruz de Borgoña y en los cuatro remates de la cruz podrán tener los escudos de las armas de la provincia y el rótulo del nombre de ella en el alto de cada uno, tendido al ancho de la bandera, con astas de once pies de alto (306 cm), incluso regatón y moharra.

Y el capítulo VIII del Reglamento de Milicias disponía:

> El Batallón de Voluntarios de Infantería de Montevideo tendrá dos banderas como el de Buenos Aires, la una con el escudo de las armas reales, y la otra con la Cruz de Borgoña, a cuyos extremos se colocará el escudo que usa la ciudad.

Con relación a los Voluntarios de Caballería, indica que deben tener un estandarte de tafetán rojo con el escudo real. Importante ha sido lo relativo a los "escudos de los extremos", o escudetes, ya que sabemos que éstos han ayudado a los vexilólogos en numerosas ocasiones para permitirles identificar el origen de más de una bandera.

Debemos acotar que el uniforme de las Milicias de los Voluntarios montevideanos era una chaqueta enteramente azul con vivo encarnado, calzón azul, chaleco grana y sombrero redondo.

En 1806 el Regimiento de Voluntarios de Infantería de Buenos Aires –con 694 plazas– y las compañías de Pardos Libres y de Morenos Libres –con 100 hombres la primera y 70 la segunda– fueron

junto con el Regimiento de Voluntarios de Caballería de la ciudad las tropas que intentaron oponerse al avance de las fuerzas del general Beresford. El primero de los cuerpos mencionados, constituido por tres batallones, se hallaba al mando del coronel de artillería Miguel de Azcuénaga, que había sido designado en su mando el 24 de marzo de 1806.

Producido el desembarco inglés sin oposición el 25 de junio, los invasores en su avance hacia Buenos Aires batieron al día siguiente, sin mayores dificultades, a las fuerzas del comandante español Pedro de Arce en las inmediaciones del poblado de Reducción, actual Quilmes. En derrota y dispersas huyeron hasta Barracas, cruzando el Riachuelo por el llamado puente de Gálvez, puente que lograron incendiar y destruir tras su paso.

Con las primeras horas del 27 de junio los ingleses advirtieron que en la orilla opuesta al curso de agua y en las proximidades de los restos calcinados del puente, las tropas virreinales de unos cuatrocientas hombres con seis piezas de artillería se encontraban atrincheradas en casas, barracas, cercos y en algunos barcos y botes que se encontraban amarrados a la ribera, y que según relato el capitán de navío Eustaquio Gianini, a cuyo cargo estaban las defensas del Riachuelo, llegaban a ser más de doscientos combatientes.

Beresford emplazó sus once piezas de artillería lo suficientemente cerca para lograr batir la orilla opuesta, estableciéndose un intenso intercambio de disparos durante más de media hora. La artillería británica, que superaba en número a la de los defensores y estaba magníficamente surtida, no tardó en superar a la adversaria, cuyos artilleros eran poco avezados. Bajo la protección del fuego de sus cañones, un grupo de marineros ingleses, audazmente, cruzó a nado el curso de agua y en la orilla enemiga logró capturar varios de los botes que se encontraban amarrados y sin vigilancia, en los que regresó.

Vista la maniobra efectuada, los defensores comenzaron a darse a la fuga, mientras los invasores se apresuraban a cruzar el Riachuelo en los botes apresados, y daban comienzo al tendido de un puente que les permitiese el paso de su artillería.

Las bajas inglesas fueron de un soldado muerto y algunos pocos heridos, mientras los defensores dejaron en el campo diez víctimas fatales y un número desconocido de lesionados.

Durante la desbandada se destacó la actuación de un cadete de los Voluntarios de Infantería de Buenos Aires, que en sus *Memorias curiosas* Juan Manuel Berutti, testigo de los sucesos, salvó del olvido. Se trataba de Juan Vásquez, montevideano, que "abrigó con gran va-

lor una de las banderas del batallón de infantería de milicias de esta ciudad que quedó abandonada en el campo de batalla, y revestido con ella con un denuedo valeroso pudo juntar como treinta o cuarenta hombres". El cadete intentó con tan exiguas fuerzas continuar la resistencia pero se vio forzado a retirarse, "habiendo podido sacar junto con la bandera dos cañones que igualmente quedaron abandonados, y los trajeron tirados de los brazos de los pocos soldados que tenía".

Las fuerzas británicas avanzaron hacia la cercana Buenos Aires, que ocuparon ese mismo día entre el sonido de sus pífanos y gaitas, arriando la bandera de España y enarbolando la propia.

El pabellón inglés fue izado solemnemente en el Fuerte entre salvas de artillería de los barcos y de las piezas en tierra. En ese mismo mes, pero 226 años antes, la enseña española había flameado por primera vez en el mismo lugar.

El influyente periódico inglés *The Times* celebró la victoria alcanzada por el Ejército británico en un titular que nos exime de mayores comentarios: "Buenos Aires ya pertenecía al Imperio Británico".

El coronel Miguel de Azcuénaga albergó en su casa las enseñas de las tropas milicianas, que había vanamente intentado defender en el puente de Gálvez. Pero, ya instalado el gobierno inglés en la ciudad, Beresford le exigió la entrega de las mismas en calidad de trofeos de guerra. Pese a una primera oposición, su poseedor finalmente las entregó: en principio, las tres del Batallón de Voluntarios, aunque por lo dicho por Mitre y Estrada pudieron haber sido cuatro. La llegada de los trofeos a Inglaterra ha quedado reseñada por un testigo presencial, John Fairburn, en una publicación de 1806, que describe la recepción efectuada en la capital del Imperio por parte del cuerpo de Leales Voluntarios Británicos al cortejo que los transportaba:

> A su llegada a Clapham encontraron el desfile, consistente en ocho carretones, tirado cada uno de ellos por seis caballos, adornados con banderas, pendones, y cintas azules. En las banderas estaba escrita la palabra "Tesoro". Los precedía una pieza de artillería de bronce tomada al enemigo.
>
> El primer carretón llevaba el estandarte virreinal del Perú [sic] desplegado por un marino real; el segundo y tercero, las enseñas tomadas de los muros de Buenos Aires, y los siguientes, las insignias navales inglesas azules, rojas y blancas.

Más allá del error de atribuir la enseña española a otra capital virreinal, la descripción da colorida cuenta del arribo de las banderas capturadas en Buenos Aires.

El desfile triunfal continuó acompañado por bandas militares que interpretaron las marchas "God save the King" y "Rule Britania" y, luego de detenerse brevemente frente al edificio del Almirantazgo, continuó hasta St. James Square.

Por su parte, el mencionado diario también relató el desfile de los trofeos:

> El primer carro iba cubierto por la bandera real de España tomada en la Fortaleza, y en cada uno de ellos se leía en letras doradas las palabras: "Tesoro", haciendo flamear banderolas con las inscripciones "Popham, Beresford, Buenos Aires, Victory!".

Continuando su crónica, mencionaba la presencia de dos destacamentos de marineros, de los que habían combatido en Buenos Aires, portando dos de los cañones tomados en Quilmes "y las banderas de las milicias provinciales de la ciudad conquistada". Aunque el periódico no menciona cuántas banderas eran en total, si tres, cuatro o cinco, incluyendo la del Fuerte. Las enseñas fueron "colocadas en la nave principal de la Catedral de San Pablo". Estos datos relativos a los festejos en Gran Bretaña son detallados por Richard Cannon en *Historical Records of the British Army.*

Una descripción del cortejo triunfal aparecida en otro periódico de la capital inglesa, el 20 de septiembre de 1806, también coincide con la descripción del triunfal cortejo, pero no menciona en ningún momento la cantidad de banderas tomadas.

El tesoro finalmente fue llevado al Banco de Londres y las enseñas de los defensores del virreinato del Río de la Plata fueron depositadas en la catedral de San Pablo, en señal de triunfo.

* * *

Mientras el pueblo y las autoridades británicas festejaban, ya Buenos Aires había sido reconquistada por las propias fuerzas del virreinato y se preparaba, bajo el mando de Santiago de Liniers, a organizar la defensa de la ciudad, en el conocimiento de que no estaba lejano un nuevo intento de conquista por parte del gobierno británico, cuya flota permanecía ominosamente presente en el Río de la Plata.

Los nuevos regimientos de voluntarios que se aprestaban a defender los intereses de España se formaron según las ordenanzas reales de Carlos III y fueron recibiendo paulatinamente sus banderas, que eran solemnemente bendecidas en tocantes ceremonias en la catedral y otras iglesias de la ciudad en armas.

Las ordenanzas reglaban que los cuerpos que perdiesen sus enseñas regimentales a manos de sus ocasionales adversarios no podían recibir las reemplazantes hasta no ser merecedores de ellas por su actuación en el campo de batalla, costumbre habitual en todos los ejércitos de la época.

La entrega de las banderas de las fuerzas que había comandado Miguel de Azcuénaga impedía que a esos cuerpos les fueran repuestas las conferidas a Beresford, lo que motivó que el militar intentara justificar su acción en nota enviada a Liniers, según documentos que el historiador Marcos de Estrada hizo públicos en 1957. Liniers ya era gobernador militar y político y capitán general del virreinato del Río de la Plata.

La nota de Azcuénaga tenía fecha del 17 de septiembre de 1806, e informaba que se había visto obligado a entregar a Beresford las banderas que guardaba en su domicilio "porque, siendo éstas signo de reunión, no podía dejar en mi poder. No pude menos que verificarlo por las circunstancias en que me hallaba". Azcuénaga daba término a su misiva expresando:

> Los referidos hechos de toda notoriedad prueban que mi batallón no ha perdido sus banderas, que por lo mismo le deben ser devueltas a cuyo fin espero se sirva V.S. dar las providencias que juzgue necesarias para que otras banderas aparezcan o, en caso de no hallarse, declarar que el Batallón de Voluntarios de esta capital tiene un incontestable derecho para renovarlas.

El 25 de septiembre Liniers le respondió enviándole la contestación que el general inglés, por ese entonces prisionero, habíale hecho llegar al tomar conocimiento del relato al que hacemos referencia. Estrada no transcribe el descargo del inglés, pero la respuesta dada por Azcuénaga el 24 de agosto de 1807 deja pocas dudas sobre su contenido. Dice:

> El laconismo de la contestación del general británico que se sirve V.S. incluirme en su oficio del día, afectando satisfacer a mi oficio del 17 del corriente mes, nada dice en sustancia. [...] Aun cuando abusando de todo principio hubiese extraviado o remitido a Inglaterra dichas banderas, como ellas no se han perdido en acción, ni han entrado en poder del general inglés por medios legítimos, corresponde que en tal caso se declare, tiene un claro derecho mi batallón a renovarlas; que es lo que esperaba y espero se sirva V.S. declarar, mediante

> a que según la contestación del referido general británico no existen aquí esas banderas.

Luego de otras consideraciones, que Estrada en su publicación no detalla, el oficial criollo finalizó diciendo:

> Y hallándose mi persona en estado de continuar el servicio, y asimismo los oficiales que existen del Batallón de Voluntarios de mi cargo en virtud de la satisfactoria capitulación del 7 de julio inmediato, espero se sirva V.S. de hacer la declaratoria preinserta que pido, para en su consecuencia de corresponderles de justicia en fuerza de los hechos relacionados proceder a la renovación de las mencionadas banderas y que estos voluntarios de infantería no carezcan de unas insignias que después de corresponderles de justicia, en fuerza de los hechos relacionados, tengo la satisfacción que todos no han reservado su sangre y su vida para acompañar a V.S. con sus armas a la victoria escarmentando la osadía del enemigo al atacar esta capital últimamente.

Si bien es cierto que las banderas reclamadas no habían sido tomadas en el fragor del combate, no es menos cierto que habían sido retiradas luego de la derrota de las tropas virreinales incapaces de defenderlas. Por otra parte, bien podrían haber sido ocultadas o destruidas antes de ser entregadas al invasor, por lo que creemos que eran para los ingleses verdaderos trofeos de guerra.

La abundante literatura sobre los sucesos desencadenados por las dos invasiones inglesas no ha hecho mención al intercambio epistolar entre Azcuénaga, Liniers y Beresford, salvo en la investigación llevada a cabo por Estrada.

* * *

A continuación nos dedicaremos a las banderas de los voluntarios defensores de Montevideo. Dos de las enseñas que cayeron en manos de los invasores fueron de los Voluntarios de Infantería de Montevideo, en su captura durante la segunda invasión inglesa en 1807. Dada la cruenta lucha por la conquista de esa ciudad, se calcula que las bajas inglesas llegaron a más de quinientos hombres, con un número similar de heridos, y las de los defensores a cuatrocientas víctimas fatales y unos trescientos heridos. Es posible que los atacantes hayan capturado algunas otras banderas pero, si ello tuvo lugar, no se ha guardado noticia.

Con respecto a los voluntarios de la capital de la Banda Oriental, una enseña fue tomada en Montevideo por el capitán Alexander Rose del Regimiento Nº 87 de Infantería cuando se produjo la captura de Montevideo durante la segunda invasión inglesa en 1807. Pero, por la investigación sostenida por nosotros sobre este tema, pueden mencionarse como capturadas dos banderas, aunque tal vez no por la misma persona.

* * *

Los sucesos históricos que sacudieron al virreinato del Río de la Plata, el movimiento revolucionario de Mayo de 1810 y las largas luchas por la independencia primero y las guerras civiles después fueron haciendo olvidar parte de los sucesos acaecidos en el lejano 1806.

España, por su parte, incapaz de prestar ayuda a sus leales súbditos rioplatenses, también hundió en la memoria lo ocurrido y la poderosa Inglaterra, que vio sus tropas vencidas, prácticamente no menciona estos hechos históricos, ni siquiera entre sus guerras menores.

¿Cuál fue el destino final de las banderas prisioneras? Ignacio Núñez las vio en Londres en 1825, cuando se desempeñaba como secretario en la Legación Argentina, y años más tarde en sus memorias, *Noticias históricas de la República Argentina*, publicadas en 1857, relató:

> Las banderas que tomaron los ingleses en Buenos Aires se remitieron a Londres como la capital del reino, donde yo mismo las vi, el 1 de agosto de 1825, entre las veinticuatro banderas que flameaban en la galería interior de San Pablo.

Pero no dijo cuántas eran.

Nunca más regresaron a Buenos Aires las enseñas capturadas, ni tampoco a España. A partir del informe dado por ese cronista, no hubo nuevas noticias sobre ellas y su existencia fue cayendo en un injusto olvido.

En el marco de una investigación realizada en Londres sobre algunos trofeos ingleses existentes en nuestro país, por nuestra parte, basados en las *Noticias históricas* y en el artículo de Estrada, dimos comienzo a la búsqueda de las desaparecidas banderas, para finalmente y luego de numerosas consultas conocer su destino. Las consultas se realizaron durante 2010 a las autoridades de la Catedral

de San Pablo y del Royal Chelsea Hospital de Londres, a la curadora Renata Newell del Nation Army Museum de Londres, al curador Richard Dabb y al bibliotecario Dave Walter de la Biblioteca Central de Kensington.

De acuerdo con las informaciones del Royal Chelsea Hospital, hospital para inválidos y jubilados militares de larga tradición en Londres edificado por el célebre Christopher Wren, las banderas provenientes de los sucesos bélicos desarrollados en 1806 y 1807 en el Río de la Plata fueron clasificadas como "banderas de Malta *[Maltese flags]* tomadas a los españoles en la rendición de esa isla, en el año 1800".

Se encontraban en un lote de banderas, entre las que había otras de origen diverso, capturadas en las guerras napoleónicas, varias banderas americanas, chinas, holandesas, árabes, francesas republicanas de Martinica y Guadalupe, varias de las Indias Orientales, alguna enseña prusiana de regimientos al servicio de Francia, otras de Ceilán y de Seringapatam (de la cuarta guerra del Mysore, India, en 1799), una de Rusia, además de varias águilas napoleónicas, constituyendo un total de 57 trofeos que se exponían en el hall o gran salón del hospital y en la capilla católica romana del mismo lugar. Fueron llevadas al Royal Chelsea Hospital gracias a la intervención en 1835 de sir J.M. Wilson, que reunió las banderas que estaban en la Catedral de San Pablo, en Whitehall y las provenientes de la Compañía de Indias.

Las "de Malta" –en realidad, las españolas que nos interesan– habían sido remitidas desde la Catedral de San Pablo en 1841, oportunidad en que John Ford, un capitán del Cuerpo de Inválidos y pintor, confeccionó un libro con acuarelas de todas las enseñas que comentamos, que fue presentado a la reina Victoria el 24 de octubre de 1861. El volumen, del que existen dos copias, una en el Hospital Real y otro en la Biblioteca Pública de Chelsea, lleva como título *War Flags and Co. at Chelsea Hospital*, y contiene 82 acuarelas de las banderas mencionadas, hechas por Ford. John Dowling compiló este volumen en diciembre de 1883.

Con respecto a las llamadas "de Malta", siguiendo el texto de Ford, dos de esas banderas fueron colocadas sobre el órgano de la capilla y las otras dos en el gran salón, siendo las mismas cuatro paños blancos con el aspa roja o cruz de Borgoña, con los escudetes ubicados en los cuatro ángulos. Sin ninguna duda, banderas de España y no de Malta, como aparecen clasificadas.

Las enseñas permanecieron durante años en ese lugar para luego ser llevadas, por motivos administrativos, a otro repositorio. Final-

mente, con la ayuda invalorable de museólogos ingleses, tuvimos conocimiento de que habían sido trasladadas al National Army Museum en 1972, en la misma zona de Chelsea, por lo que debe señalarse que las que se encuentran hoy en el gran salón del Royal Chelsea Hospital son réplicas de aquellas. Las cuatro que nos interesan figuran hasta la fecha, como se explicó, erróneamente catalogadas como "banderas de Malta tomadas a los españoles en 1800", lo que, como es lógico, dificultó su localización. Su deterioro, al igual que muchas de las banderas de ese lote, es significativo, luego de su permanencia de más de doscientos años en ese lugar.

En la Biblioteca Central de Kensington, Chelsea, también en Londres, existe una copia del libro mencionado de John Ford. Del mismo, Dave Walker, bibliotecario de la institución, tuvo la gentileza, a nuestro pedido, de copiar las banderas llamadas "de Malta" que, como se ve en los dibujos, son españolas (imagen 3). Los dibujos a los costados de las banderas tienen leyendas escritas con letra cursiva que dicen "Maltese flag (doubtful)", es decir "Bandera de Malta (dudosa)". O sea que en la misma Inglaterra para esa época se dudó de que estas banderas pudieran pertenecer a la isla de Malta.

Para este análisis debe tenerse en cuenta que no han podido fotografiarse las banderas originales dado su deterioro y su lejanía del lugar actual de depósito, con respecto a la ubicación del National Army Museum. Hemos podido ver dos fotos tomadas hace varios años y las banderas son casi irreconocibles por su completo deterioro. Todo lo que podemos observar hoy son copias de los dibujos (acuarelas) más que centenarios de Ford, quien las vio en el Royal Chelsea Hospital en 1841. Suponemos que las banderas, en esa época, se mantenían impecables tal como aparecen en las acuarelas de Ford. Todas las banderas españolas dibujadas por él tienen la cruz de Borgoña en *soutuer*, como fondo un paño de color blanco y los cuatro escudetes en cada ángulo de las enseñas. Se encuentran en el libro de Ford de acuerdo con las fotos recibidas del mismo con la siguiente numeración: Nº 3 del libro y 7209-47-Nº 22 del Nacional Army Museum (bandera de Montevideo); Nº 4, 9, 27 del libro y 7209-47-Nº 23, Nº 24 y Nº 25 del National Army Museum (banderas de Buenos Aires).

De las banderas recibidas, tres tienen los escudetes de Buenos Aires y una los de Montevideo, dibujados por Ford no con exacta precisión. Esto agrega un nuevo factor de dudas sobre el tema, dado que las banderas españolas que entregó Azcuénaga –según Estrada– pertenecían solamente a los Defensores Voluntarios de Buenos Aires. Una bandera oriental tomada en 1807 fue encontrada por el

investigador uruguayo Raúl S. Acosta y Lara en un museo de Armagh, Irlanda del Norte; por lo tanto, ésta de Montevideo, ¿de qué regimiento es? ¿Es la otra bandera del Regimiento Defensores Voluntarios de Montevideo, como sospechamos?

Ello dejaría aclarada la duda que se nos presenta, observando la pared de madera que muestra la foto del Royal Chelsea Hospital y que dice en letras doradas: "Replicas of captured flags. Spain. Colour of the Regiment of Castile. Captured at Montevideo. 1807". Si hubo allí otra bandera de Montevideo, se confirma que son tres de Buenos Aires y una de la ciudad oriental, o sea, las cuatro banderas motivo de todo esta investigación. La que se encuentra en Armagh es la otra de los voluntarios de Montevideo, oportunamente identificada.

En todo caso, si Azcuénaga entregó cuatro banderas de los voluntarios españoles de Buenos Aires a los ingleses, podría formularse la teoría de que una bien pudo perderse, hipótesis que no resulta imposible de sostener después de transcurridos más de doscientos años de casi silencio sobre este tema. En nuestra opinión de historiadores y no mediando otro documento o información que permita aclarar el problema, nos inclinamos por pensar, al igual que el vexilólogo español Luis Sorando Muzás, que las cuatro banderas clasificadas como de Malta y que hoy se encuentran depositadas en el National Army Museum de Londres son definitivamente tres de los Voluntarios Defensores de Buenos Aires, que fueron entregadas por el coronel Miguel de Azcuénaga al general William Carr Beresford en la primera invasión de 1806, y la otra es la de los Voluntarios Defensores de Montevideo tomada en 1807, es decir, la cuarta bandera dibujada por Ford. Esta última, al igual que la depositada en el museo de los Royal Fusiliers de Armagh, es de los Voluntarios Defensores de Montevideo. Acosta y Lara no clasificó esta bandera ni identificó el cuerpo al cual pertenecía, pero los estudios realizados por especialistas del Ejército uruguayo la atribuyeron a los Voluntarios Defensores de Montevideo, tesis con la que coincidimos.

El museo de Armagh pertenece a los fusileros reales. Solicitamos información histórica a sus autoridades y tanto su directora como su curador coincidieron en el hecho de que esa bandera fue tomada en Montevideo, en la segunda invasión inglesa, de acuerdo con sus registros. Hemos obtenido una foto de la enseña que se encuentra allí, en excelentes condiciones de conservación. Por otra parte, esta bandera es exhibida como "Bandera de Montevideo".

La enseña de Montevideo, un paño hoy amarillento pero entero, tiene en el anverso, que es el único que se ve en la imagen 4, el es-

cudo español de acuerdo con las ordenanzas reales de 1798. Ostenta la corona real forrada en color rojo, el collar de la Orden del Toisón de Oro rodeando el escudo español, pintado en colores rojo y negro y llevando en los cuatro ángulos de la enseña el escudo de la ciudad de Montevideo con el clásico castillo del Cerrito. Muestra algo de pintado en rojo por debajo de las coronas de los escudetes, en los cuatro ángulos.

Reconstruyendo la bandera faltante, posiblemente el anverso, puede decirse que llevaba la cruz de Borgoña en *soutuer*, en color rojo y también los cuatro escudetes con el escudo de Montevideo, ubicados en cada extremo de la cruz, de acuerdo con la reglamentación respectiva.

Hemos encontrado otra bandera de Montevideo, que muestra solamente el reverso con la cruz de Borgoña, lo que permite suponer que es la otra bandera de los Defensores Voluntarios de Montevideo, que también fue tomada por los ingleses en esa ciudad y de la cual hasta el momento no teníamos noticias, como hemos dicho al principio.

Ese museo guarda también los historiales del Regimiento Nº 95 de Infantería, una parte del cual estuvo en el Río de la Plata en 1807, a partir de enero. Participó en la toma de Montevideo y expulsó de Colonia "una unidad española llegada de Buenos Aires". Desde julio de 1807 estuvo al mando del coronel Denis Pack, en Buenos Aires, donde sufrió "fuertes pérdidas". Sus miembros usaban uniformes de color verde oscuro, clarín y no tambores, no llevaban banderas y utilizaban los rifles Baker.

La cuarta bandera de Buenos Aires, si nos atenemos a que cada regimiento llevaba dos enseñas y el pabellón español del Fuerte, ha desaparecido.

Bibliografía

Acosta y Lara, Raúl S., "Notas sobre monedas uruguayas. Una bandera del Montevideo colonial", *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, t. xiii-xiv, Montevideo, 1958.

Beruti, Juan Manuel, *Memorias curiosas*, Buenos Aires, Emecé, 2011.

Beverina, Juan, *El virreinato de las Provincias del Río de la Plata. Su organización militar*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1992.

Cannon, Richard, *Historical Records of the British Army*, Londres,. 1836.

Crónica General del Uruguay, vol. 2: *Las invasiones inglesas*, Montevideo

Estado Mayor del Ejército, *Boletín Histórico del Ejército*, Nº 267-270. Montevideo, Departamento de Estudios Históricos, 1984.

ESTRADA, Marcos de, "La conquista inglesa de Buenos Aires", *Historia*, Nº 9, Buenos Aires, 1957.

–, *Invasiones inglesas al Río de la Plata 1806-1807*, Buenos Aires, Editorial Histórica, 2009.

FAIRNBURN, John, *Authentic and Interesting Description of the City of Buenos Aires Adjacent Country; Situated on the River Plate on ribere*, Londres, 1806.

FLETCHER, Ian, *The Waters of Oblivion. The British Invasion of the Río de la Plata*, Londres, 1806-1807.

GARCÍA BELSUNCE, César A. e Isidoro RUIZ MORENO, *Las invasiones inglesas*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2008.

GROUSSAC, Paul, *Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Americana, 1942.

KENSINGTON CENTRAL LIBRARY, copias de las acuarelas del libro del capitán John Ford, "War Flags and Co. at Chelsea Hospital" (Londres, 1841).

LARRÁN DE VERE, Alberto, *Liniers, el héroe de la Reconquista*, Buenos Aires, Atlántida, 1941.

LOZIER ALMAZÁN, Bernardo, *Beresford*, Buenos Aires, Galerna, 1994.

LUQUI LAGLEYZE, Julio M., *Los cuerpos militares en la historia argentina*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1995.

MITRE, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, 4 t., Buenos Aires, Lajouane, 1987.

NÚÑEZ, Ignacio, *Noticias históricas de la República Argentina*, Buenos Aires, Biblioteca de Mayo, 1960.

PALOMBO, Guillermo y Valentín A. ESPINOSA, *Historia de la bandera argentina*, Buenos Aires, Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, 1999.

PEÑA, Juan Manuel y José Luis ALONSO, "Invasión inglesa a Maldonado", *Anales del Museo Histórico Nacional*, año 7, Nº 7, Buenos Aires, octubre de 2005.

–, *Las banderas de los argentinos. Doscientos años de historia*, Buenos Aires, Fate-ALUAR, 2010.

ROBERTS, Carlos, *Las invasiones inglesas del Río de la Plata*, Buenos Aires, Emecé, 2008.

SALAS, Alberto Mario, *Diario de Buenos Aires 1806-1807*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981.

SORANDO MUZÁS, Luis, comunicaciones personales, 2012 y 2013.

Luchando contra Napoleón

El fracaso de la primera invasión inglesa al virreinato del Río de la Plata en 1806 fue seguido meses más tarde por otro ataque inglés de mayor envergadura. En el marco de esta nueva invasión la fuerza inglesa, al mando del brigadier general sir Samuel Auchmuty, puso sitio a la ciudad de Montevideo. Los atacantes penetraron en esa ciudad tras diecisiete días de asedio y en medio de intensos combates en los que los defensores tuvieron alrededor de setecientas bajas.

La ciudad de Buenos Aires no había permanecido ajena a la peligrosa situación sufrida por la llamada Banda Oriental y había enviado quinientos hombres en su ayuda. Éstos provenían del Regimiento Fijo de Buenos Aires y de los cuerpos de Dragones y de Blandengues de esa ciudad, capital del virreinato.

Producida la ocupación inglesa de Montevideo el 3 de febrero de 1807, el brigadier general intentó canjear los prisioneros provenientes de la lucha por la ciudad por aquellos compatriotas que, derrotados en la anterior invasión, permanecían en poder de las autoridades españolas de Buenos Aires. La pertinaz negativa del gobierno virreinal del Río de la Plata a autorizar el intercambio de prisioneros dio por resultado que el 27 de abril de 1807 los cautivos que permanecían detenidos en el fuerte de Montevideo y en los barcos ingleses surtos en su puerto fueran embarcados con destino a Inglaterra.

El ex gobernador de la ciudad ocupada, el brigadier español Pascual Ruiz Huidobro, y unos cincuenta oficiales entre los que se hallaban José Rondeau, Nicolás Vedia, los hermanos Balcarce, Matías Zapiola y otros, fueron enviados a la capital inglesa. Algunos de ellos

participarían en los años por venir en las luchas por la independencia del imperio español de las actuales repúblicas de Argentina y de Uruguay.

Seiscientos hombres de tropa, muchos de los cuales pertenecían a los regimientos asentados en Buenos Aires ya mencionados, acompañaron al grupo de oficiales al cautiverio, a bordo de varios transportes y bajo escolta del navío de guerra *Lancaster*, y fueron desembarcados en Portsmouth, Plymouth y otros puertos.

Ruiz Huidobro y su esposa fueron confinados bajo palabra de honor en la localidad de Reading, mientras que la mayor parte de los oficiales fue enviada a Bishop's Waltham y la tropa, encerrada en pontones-cárceles en el Támesis. Todos carecían de todo: dinero, ropa, calzado, y vestidos con andrajos enfrentaban las miserias del cautiverio.

El representante hispano en Gran Bretaña, Manuel de la Torre, con la autorización de su gobierno pudo remediar tan sólo las urgencias más apremiantes de los cincuenta y dos oficiales y de las de los cientos de soldados que los acompañaban.

Los cambios ocurridos en la escena política europea produjeron modificaciones en las alianzas entre Francia, España e Inglaterra. La invasión napoleónica al reino español llevó a éste a aliarse con sus enemigos de ayer y alterar el destino de los prisioneros rioplatense.

El 7 de julio de 1807, las fuerzas inglesas que atacaban a Buenos Aires en el transcurso de la segunda invasión fueron derrotadas y se vieron obligadas a rendirse a las autoridades virreinales.

Las noticias del triunfo criollo y español llegaron a Londres el 16 de setiembre y produjeron una gran conmoción en el público inglés, que dio origen al juicio y la condena de los responsables del fracaso militar. Nos dice Rondeau en su *Autobiografía*:

> Llevábamos cerca de cinco meses de prisión cuando fueron batidos los ingleses; en el segundo ataque a la capital de Buenos Aires y en la capitulación que se firmó entre su gobierno y el general inglés Whitelocke, fuimos comprendidos los prisioneros que se hallaban en su país y conducidos a la península española, en varios buques y a distintos puntos, pero por último nos reunimos en La Coruña, capital de Galicia.

Gracias a la gestión de De la Torre, ya en septiembre de 1807 el Almirantazgo dio autorización a Ruiz Huidobro para pasar a España, con la condición de que si dentro de un año no se cumpliese

la capitulación, y por consiguiente su presunto canje, habría de regresar como prisionero de guerra. Ruiz Huidobro dirigió por sí y a nombre de sus compañeros una representación ante las autoridades españolas para conseguir ser embarcados rumbo al Río de la Plata. En vano, pues las circunstancias por las que atravesaba la Madre Patria impidieron esa restitución.

Los cautivos que vegetaban en sus cárceles, en cumplimiento de los artículos de la capitulación firmada en Buenos Aires, se encontraron libres. Los ex prisioneros fueron entregados al gobierno español, del que eran súbditos, y enviados en diversos navíos hacia el puerto de La Coruña. Así lo confirma en sus memorias José Rondeau cuando dice: "Pero por último nos reunimos en La Coruña, capital de Galicia".

Allí, y bajo el mando de la Junta de Galicia, se creó con las fuerzas rioplatenses un regimiento de infantería que recibió el nombre de Buenos Aires. Este cuerpo cumplió primero funciones de servicio de guarnición para luego ser enviado al combate contra el invasor francés.

El 31 de mayo de 1808, la Junta General Provisional de La Coruña convocó a las de Santiago, Betanzos, Lugo, Mondoñedo, Orense y Tuy, y bajo la presidencia del conde de Sismondé a las de León y Galicia. En virtud de la alianza entre el reino de Galicia e Inglaterra el representante inglés Charles Stuart presentó ante los gobernantes españoles algunos de los inconvenientes y las dificultades del momento en las relaciones entre el Brasil y el virreinato del Plata, que afectaban intereses económicos que él defendía. Según oficio de Stuart del 3 agosto de 1808, la situación rioplatense impedía el comercio tranquilo de sus connacionales, ante la tensión con Brasil, con el agregado de que el gobierno virreinal desconocía el tratado entre Galicia y Gran Bretaña. Por eso entendía que debía aprestarse la fragata *Prueba* para ser enviada a Río de Janeiro y Montevideo al mando del capitán Joaquín de Somoza y Monsoriu, llevando a bordo al "almirante Ruiz Huidobro", previo pasaje a Inglaterra, "donde se le munirá de la documentación conveniente para el gobierno de Río de Janeiro". De esa forma, sugería el representante inglés, la comunicación con Inglaterra quedaría libre y las colonias españolas, al abrigo de los acontecimientos que pudieran sobrevenir.

En la conferencia del 24 de agosto de 1808 se decidió que "el Reino, atendiendo a cuanto conviene en las actuales circunstancias instruir a todos los pueblos de América de los grandes sucesos acaecidos en España e inflamar los ánimos de aquellos naturales para que contribuyan con sus caudales a sostener una guerra, la más

justa que han visto todas las naciones de la Europa, ha resuelto que la fragata *Prueba* mandada por don Joaquín Somoza de Monsoriu, capitán de navío de la Real Armada, salga para Montevideo, llevando los correspondientes oficios para todas las autoridades de aquel virreinato a efecto de que contribuyan también al logro de una empresa tan justa y acertada, que al jefe de escuadra don Pascual Ruiz Huidobro, se le entregue la correspondiente carta para el príncipe regente del Brasil, con encargo de que se la entregue en persona a S.A.R. y que por el honor de la comisión y por lo que puede contribuir al mejor éxito de la empresa, se conceda un grado a los referidos Monsoriu y Huidobro y a todos !os oficiales que se vuelven a Montevideo y Buenos Aires en dicha fragata, como de la guarnición de dicha provincia, y que después de evacuada la comisión por Monsoriu en Montevideo y Buenos Aires, siga su viaje en la referida fragata a Lima, entregándole la correspondiente carta para el virrey y demás autoridades, lo mismo que queda acordado con respecto a las de Buenos Aires y que por los deseos que ha manifestado el enviado de S.M.B. vaya dicha fragata primero y ante todas cosas a Inglaterra a recibir las órdenes e instrucciones correspondientes de aquel Gobierno".

En consecuencia, como vocero y representante del "Reino de Galicia" ante las autoridades de Brasil y del Río de la Plata, en estrecho acuerdo con los gobernantes ingleses, Ruiz Huidobro regresó a estas regiones. Con el cometido, además, de "abrir una suscripción voluntaria de donativos para que todos les habitantes de esas provincias se esfuercen a hacer un sacrificio de sus caudales" para "salvar al rey y a la patria con sus liberalidades y generosos desprendimientos de lo que no necesite para su conservación".

Entre los oficiales prisioneros que volvieron en la *Prueba* figuraron Francisco Xavier de Viana, Francisco Orduña, Pedro Arce, Nicolás de la Quintana, Martín Lasala, Marcos Balcarce, Juan Antonio y Melchor Corbajo, José Ramón de Elorga, José María Caravaca y Juan Barragán.

Mientras estos sucesos tenían lugar el Regimiento Buenos Aires se uniformaba con dificultad dada la escasez de recursos de la Junta de Galicia, por lo que fue vestido con uniformes ingleses consistentes en casaca corta roja, chupetín y calzón blanco. Ese color rojo de la vestimenta dará origen a que se los conociera por el apodo de "los colorados". Los uniformes habían sido tomados como botín en diciembre de 1782 al ser capturada la fragata inglesa *Elisa*, que transportaba prendas de vestir para tres regimientos. Según algunos autores, en esta captura habría intervenido un marino francés

al servicio de España, Santiago de Liniers, que fuera promovido por este hecho a capitán de fragata. Luego, en 1806 y en 1807, Liniers sería el héroe y artífice de la reconquista y la defensa de la ciudad de Buenos Aires durante la primera y la segunda invasión inglesas. De ser cierta esta versión, que no nos consta, el material inglés por él capturado en 1782 habría sido el que sirviera de uniforme para las tropas defensoras del virreinato en su destino español.

El Ejército de Galicia, que se uniría con el de Castilla, bajo el mando del general Cuesta, estaba formado por seis divisiones. El Regimiento Buenos Aires integró la primera división junto con medio batallón de Barbastro, dos batallones del Regimiento del Rey, dos batallones del Regimiento Hibernia, dos batallones de Granaderos de Galicia y los batallones provinciales de Mondoñedo, Salamanca, Tuy y Pontevedra. Se agregaron a estas fuerzas una compañía del Regimiento de Artillería y otra de Artillería de Marina, completándose la primera división con una compañía de zapadores. El comandante de esta división fue el jefe de escuadra Felipe Judo Cagigal.

Las divisiones primera y cuarta avanzaron hasta las llanuras de Medina de Río Seco, donde presentaron batalla el 14 de julio de 1808. Fueron derrotadas por el ejército francés al mando de Jean-Baptiste Bessières, Raoul Le Mouton y Antoine Lasalle, distinguidos jefes del ejército de Bonaparte.

El Regimiento Buenos Aires entró en combate con una fuerza aproximada de quinientos hombres de caballería e infantería y con marcada falta de preparación, que redundaría en su pobre desempeño. Durante la batalla el regimiento fue cargado por los cazadores franceses de Edouard Colbert, que llegaron a abrirse paso entre las filas del Buenos Aires, dispersándolo.

Gallegos y rioplatenses compartieron así el dolor de la derrota y la pérdida de sus hombres.

Luego de la batalla se procedió a la reorganización de las fuerzas peninsulares para continuar su lucha por la independencia española. Del batallón Buenos Aires se separaron unos doscientos hombres con sus oficiales para formar un cuerpo de caballería, aprovechando finalmente los antecedentes que en esa arma tenía parte de la tropa, eximios hombres de a caballo. Este cuerpo de caballería fue formado en enero de 1809 y recibió el nombre de Dragones del General. Uno de sus oficiales fue José Rondeau, ascendido a ayudante mayor.

Rondeau retornará a Buenos Aires y alcanzará el grado de general interviniendo activamente en la guerra por la independencia de la Argentina y Uruguay. Llegó a ser director supremo de las Provin-

cias Unidas del Río de la Plata en dos oportunidades. Dice en sus memorias:

> Allí [en España] organizaron un pequeño cuerpo de caballería compuesto de los prisioneros, vestidos y aperados según la costumbre de estos países, con chiripas, lazos y boleadoras, y tuvieron algunos ligeros encuentros con los franceses.

Es difícil de considerar, en nuestra opinión, que lazos y boleadoras, instrumentos artesanales de trabajo en el campo porteño, fueran usados por estos dragones dada la lejanía en que se encontraban, pero así está escrito en las memorias de Rondeau. Además, el lazo y las boleadoras no eran usualmente empleados por los cuerpos a los que los rioplatenses habían pertenecido originalmente.

Estos gauchos y criollos sudamericanos intervinieron en los combates de Valmaceda, Genes y en el sitio de Astorga, y el 9 de noviembre de 1809 lucharon en Espinosa de los Monteros, donde el ejército español sufrió una grave derrota.

Las fuerzas de Galicia pasaron a depender del marqués de la Romana y se reunieron en León, donde a los infortunios de la retirada se agregó el flagelo de epidemias que hicieron estragos entre sus tropas.

Los avatares de la guerra por la independencia española llevaron a los hombres del Regimiento Buenos Aires y del Regimiento de Dragones del General a participar en diferentes hechos de armas con suerte diversa, ligados siempre a las fuerzas gallegas. Participaron en la victoria de Tamanos, y aquí se les concedió a los jefes y oficiales el uso de una medalla conmemorativa de oro con alusiones alegóricas a aquel triunfo. Su último hecho de armas en la península fue en Ciudad Rodrigo, donde Rondeau fue ascendido al grado de capitán.

Por disposición de la Regencia se ordenó al general en jefe la entrega de pasaportes para los pueblos de La Coruña y Cádiz a todos los jefes y oficiales que fueran procedentes de cuerpos establecidos en las colonias españolas. Esta disposición tenía por objeto disminuir el gran número de oficiales, que la pobreza del gobierno hacía imposible mantener.

En cumplimiento de lo ordenado, se presentaron los oficiales del Regimiento Buenos Aires, permaneciendo subordinados parte de los mismos en la península. El grupo que se dirigió a Cádiz embarcó con destino a Montevideo en dos buques mercantes al mando del capitán D.N. Vega.

En agosto de 1811, el general Renovales organizó y planificó, con el auxilio de la Junta de Galicia, una expedición a Cantabria. Con

ese fin fue ayudado por mil doscientos voluntarios gallegos, ochocientos marinos ingleses y treinta hombres del Regimiento Buenos Aires. Estos últimos fueron destinados a tripular la fragata *Magdalena*, que junto con la *Esperanza* y el *Providencia* y tres bergantines llamados *Palomo*, *Victoria* y *Liniers* fueron puestos a disposición de Renovales. La *Magdalena* y dos de los bergantines naufragaron en noviembre de 1811, en Vivero. Del primero de los buques nombrados se salvaron solamente veintiún hombres, cuyos nombres se desconocen, así como a cuáles regimientos pertenecían.

Muchos de los oficiales y hombres de tropa que retornaron a Montevideo intervinieron en las guerras por la independencia de sus países, enfrentándose con sus compañeros de otrora, dando así testimonio de su amor por la libertad de los pueblos.

Bibliografía

CHANDLER, David, *The Campaigns of Napoleon*, Nueva York, Macmillan, 1966.

FLETCHER, Ian, *The Waters of Oblivion. The British Invasion of the Rio de la Plata, 1806-1807*, Tunbridge Wells, Spellmount, 1991.

GÓMEZ DE ARTECHE, José, *Guerra de la independencia*, Madrid, 1868-1903.

HIBBERT, Christopher, *Corunna. The Windrush Press*, Gloucestershire, 1966.

MITRE, Bartolomé, *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, Estrada, 1947.

ROBERTS, Carlos, *Las invasiones inglesas 1806-1807*, Buenos Aires, Peuser, 1938.

RONDEAU, José, *Autobiografía*, t. II, Buenos Aires, Biblioteca de Mayo, 1960.

SOLÍS, Román, *La guerra de la independencia española*, Barcelona-Madrid, Noguer, 1957.

[illegible] cientos marinos ingleses y treinta hombres del Regimiento Buenos Aires. Estos últimos fueron destinados a [illegible] [illegible] noviembre de 181[illegible] se salvaron solamente veintiún hombres, cuyos nombres [illegible]

[illegible]

Bibliografía

Chandler, David, *The Campaigns of Napoleon*, Nueva York, [illegible] 1966.

[illegible]

[illegible] Por disposición de la Regencia se ordenó al general en jefe la [illegible] para los pueblos de La Coruña y Cádiz a todos [illegible] que fueran procedentes de cuerpos [illegible] [illegible]. Esta disposición tenía por objeto dismi[illegible] de oficiales, que la pobreza del gobierno hacía imposible [illegible].

En cumplimiento de lo ordenado, se presentaron los oficiales del Regimiento Buenos Aires, permaneciendo [illegible] de los mismos en la península. El grupo que se dirigió a Cádiz embarcó con destino a Montevideo en dos buques [illegible] al mando del capitán D.N. Vega.

En marzo de 1811, el general Renovales organizó y planificó, con el auxilio de la Junta de Galicia, una expedición a Cantabria. [illegible]

La recluta de esclavos en 1813

La Primera Junta de las Provincias Unidas del Río de la Plata, enfrentada a luchar por sus ideales, se vio en la necesidad de aumentar las fuerzas armadas que los defendían. Junto con otras medidas afines, organizó por decreto del 3 de noviembre de 1810 un nuevo regimiento, el Nº 6 de Infantería de Línea, tomando como base la tropa proveniente del antiguo Regimiento de Pardos y Morenos (Castas), cuya existencia tuvo origen en la lucha contra los invasores ingleses, y le dio su mando al sargento mayor Juan José Viamonte.

El 11 de noviembre de 1810 el comisionado Juan José Castelli elevó a la Junta la propuesta de acordarles a los oficiales del Cuerpo de Castas y el de Distinguidos que lo mereciesen el tratamiento o título de "don". El documento dice:

> Excma. Junta Gubernativa:
> Un Gobierno que se cimenta sobre las bases de la virtud ha de ser franco en distinguirla sólo con respecto al sujeto que la profesa y sin relación a la clase y condición que se halla. Yo estoy muy cierto, porque me lo han informado y he observado que las compañías de castas en el ejército que mando y dirijo se señalan en las acciones que emulan a los demás.

Y recomienda al capitán de morenos Manuel José Viera "por sus virtudes sociales y militares". Así lo resolvió la Junta el 5 de diciembre de 1810, que aprobó "la propuesta de su representante en el Ejército del Perú". Desde entonces el aristocrático "don" y el mezquino calificativo de "distinguido" fueron títulos extensivos a los hombres de color que combatían por los ideales de Mayo.

Otros cuerpos enrolaron en sus filas a los negros: en 1811 se formó en Buenos Aires el Regimiento Cívico de Pardos y Morenos compuesto por soldados de color y blancos con reconocida actuación durante las invasiones inglesas, y un año más tarde en la Banda Oriental, a las órdenes del coronel Miguel Estanislao Soler, combatió otro cuerpo que revistaba paradójicamente con el mismo número 6 que el anterior. Ambos regimientos estaban constituidos por soldados blancos y negros.

La situación militar en los distintos frentes de lucha hizo necesario aumentar el número de tropas en el joven ejército de la patria. Con tal objeto el Poder Ejecutivo de esas provincias comunicó al gobernador intendente y comandante general de armas Miguel de Azcuénaga la necesidad antes mencionada, por lo que éste, con la aprobación de la Soberana Asamblea, decidió crear un regimiento de esclavos rescatados por el Estado. Así lo manifestó:

> Quando los envidiosos ribales de la prosperidad Americana le obligan a hacer esfuerzos que ya no pueden escusar, procura suavisar a los nuevos tan penosa necesidad, librando de la Servidumbre con esta ocasión, a una porción de hombres condenados a ella por una consecuencia de las antiguas Leyes. Y cree que elevados ahora a la dignidad de hombres libres, después de haber visto destruida esa fatal herencia, de esclavitud a la que estaba destinada sin término su querida descendencia, sabrán apreciar tanto bien, y defender con energía y entusiasmo una causa a que está unida su libertad, su dicha, y la de sus hijos y descendientes.

El bando transcripto ostenta en un sello redondo al comienzo del mismo en el que se lee: "Hispaniarum Rex - Carolas IV. D.G.", y luego: "Años de mil ochocientos diez y ochocientos once. Para el Bienio de 1812 y 1813, y para el Reynado del Sr. D. Fernando VII". A continuación presenta al autor del mismo con los siguientes títulos: "Dn. Migl. de Azcuenaga y Basavilbaso Coronel de los Exctos. del Estado, Govor. Intendte. de esta Provincia, y Comte. Gral. de Armas".

El bando estableció que aquellas personas que tuvieran tres esclavos varones en servicio doméstico estaban obligadas a vender uno al Estado, los que tuvieren seis deberían desprenderse de dos y así progresivamente.

Los establecimientos de barracas, las fábricas o las panaderías deberían vender uno de cada cinco esclavos, mientras aquellos que los empleaban en tareas agrícolas deberían vender uno de cada ocho.

No olvidaba el gobierno en este documento a los propietarios de los esclavos a quienes la nueva ley obligaba a desprenderse de su "propiedad", diciéndoles "que no se resentirán de un sacrificio, que siendo pequeño de suyo, se ha procurado conciliar en lo posible con los sagrados derechos de propiedad, y no puede compararse nunca con la consagración total de la persona y bienes que la Patria exige quando peligra su livertad".

El bando del gobierno aseguraba que se efectuarían justas tasaciones y el pago se haría en tres años con los réditos correspondientes. La venta de los esclavos se admitiría también "en cuenta de pago de las deudas contraídas a favor del Estado antes de 1810".

Los esclavos adquiridos se engancharían por el término de cinco años y serían libres desde el momento de su filiación con la condición de cumplir el tiempo pactado, luego del cual podían ser licenciados a su pedido o continuar en las filas del ejército por libre voluntad.

Todos los propietarios estaban obligados a presentar sus esclavos ante una comisión integrada por el jefe del estado mayor y del comisario de guerra, con quienes colaboraría un cirujano mayor para establecer la salud de los mismos, y un tasador. Todos comenzarían sus tareas en el Cuartel de Reclutas el 2 de junio de 1813.

En el caso de comprobarse el ocultamiento de esclavos por parte de sus propietarios, éstos serían sancionados con la pérdida de todos ellos, pero se establecían penas mayores, según la gravedad y circunstancias. Asimismo, el bando precisa quiénes y cuándo debían presentar los esclavos:

> Los propietarios que se comprenden desde el Arroyo de Maldonado hasta Barracas, presentaran los esclavos dentro del preciso término de ocho días, y los de la campaña hasta el Partido de Morón, Matanza, San Isidro y Conchas inclusibe dentro del término de quince días.

En calidad de coronel de los ejércitos del Estado, gobernador intendente y comandante general de armas Miguel de Azcuénaga firma la ordenanza que se publicó como bando solemne en la ciudad de Buenos Aires el 1 de junio de 1813. Tres días más tarde un nuevo bando, con la misma firma, fue publicado aclarando que el "Batallón o Regimiento de Esclavos" que se hallaba en formación no sólo se haría con los "morenos de esta ciudad", sino también con los pardos que se hallasen bajo la misma condición de esclavos. Se daba así comienzo a la incorporación a los ejércitos de la patria de la población negra que combatiría valerosamente por la independencia.

Los negros y los pardos reclutados por el bando mencionado fueron incorporados a los batallones de Infantería de Línea Nº 6 y Nº 8, totalizando unos 1.016 libertos provenientes de Buenos Aires y 81 provenientes de Mendoza, 14 de Córdoba y 10 de Santa Fe, todos acuartelados junto con el Cabildo porteño.

El Regimiento Nº 6 fue puesto bajo las órdenes del sargento mayor Juan José Viamonte y se incorporó a las fuerzas que sitiaban Montevideo, donde permaneció hasta finalizar la lucha. Por su parte, el Regimiento Nº 8 fue conducido por el teniente coronel Matías Balbastro y participó en el segundo sitio de la misma ciudad oriental, también hasta su rendición.

En enero de 1816, dos compañías del Regimiento Nº 8 al mando del teniente coronel José María Rodríguez fueron enviadas a Mendoza, con el objeto de sumarse al ejército del general José de San Martín. Al finalizar ese año la totalidad del regimiento, ahora comandado por el coronel Celestino Vidal, pasó a integrar el Ejército Libertador.

También en agosto de 1814 el director Gervasio Posadas decretó la formación de otro regimiento de pardos y morenos, el Nº 10. Este cuerpo fue organizado y conducido por el coronel Eduardo Kailitz, barón de Holmberg, quien reunió tres compañías de zapadores que habían servido en la Banda Oriental bajo su mando, junto con dos compañías del antiguo Regimiento de Pardos y Morenos, más otros provenientes de Santa Fe. Finalizada la lucha por Montevideo, el Regimiento Nº 10 permaneció en esa ciudad como guarnición hasta 1815, para luego incorporarse al Ejército del Norte. En 1819 se encontraba en Tucumán para trasladarse al año siguiente a la provincia de Córdoba, donde permaneció hasta la disolución del Ejército Nacional.

Bibliografía

Archivo Histórico del Ejército, Caja 2. Independencia.
–, Co1-D.158 - Título: Honores. Subtítulo: Tratamiento. B.
Archivo General de la Nación, Legajo y bandos. 1809 a 1813.

La Legión Eclesiástica Militar

Los ideales de la Revolución de Mayo de 1810 se propagaron a lo largo y a lo ancho de los antiguos virreinatos americanos. En todos ellos el accionar de los rioplatenses conllevó conceptos filosóficos y políticos que se contraponían con aquellos que habían sido los pilares de la América española.

Los avatares de la lucha por la independencia con sus secuelas produjeron cambios en usos y costumbres en las sociedades virreinales y enfrentaron a éstas a un estado de inseguridad común a todo proceso revolucionario. Así sus habitantes vieron peligrar sus vidas y haciendas, no sólo por el desarrollo de las guerras sino también por el accionar de desertores indios alzados y bandos armados indisciplinados.

Estos hechos marginales se hallaban más exacerbados cuando lo que se buscaba y por lo que se luchaba era un cambio total de las autoridades y leyes, que hasta entonces habían regido los destinos de las colonias.

El 25 de mayo de 1809 la ciudad de Chuquisaca se convulsionaba por un levantamiento popular contra el gobernador y presidente de la Audiencia, Román García y Pizarro, acusado de colaborar con las autoridades de Buenos Aires para entregar supuestamente el gobierno del virreinato a la Corte portuguesa encarnada en la figura de la infanta Carlota. El movimiento popular obtuvo armas de la guarnición y prolongó su accionar hasta fines de diciembre de ese año.

La prisión del gobernador y presidente, así como la del obispo de la ciudad, junto con desmanes por parte de la población indígena, dejaron temores e incertidumbre entre los pobladores, que persis-

tieron aún después de la recuperación de Chuquisaca y la represión que siguió por parte de las tropas del general José Manuel de Goyeneche, cuya fuerzas tomaron la plaza el 24 de octubre de 1809.

En enero de 1813, desde la ciudad de Tucumán, el general Manuel Belgrano puso en conocimiento del gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata un curioso documento que adjuntó y que había llegado a sus manos entre la correspondencia capturada al general Pío Tristán. Escribe el prócer:

> El papel adjunto es mui curioso y se me había traspapelado desde los primeros días que cayó en mis manos entre la correspondencia de Tristán; esa Legión Eclesiástica Militar merece que llegue a noticia de todos p.que sirva de ejemplo, quando se halla tan respetablemente autorizada.

En el documento se da cuenta de la formación en la ciudad de Chuquisaca de la Legión Eclesiástica Militar, con el objetivo de evitar los riesgos y las turbaciones que pudieran resultar de la ausencia de las tropas reales que, al mando del general Goyeneche, se dirigían sobre Cochabamba, dejando escaso número de tropas de guarnición en Chuquisaca y Potosí.

El 13 de mayo de 1812 el arzobispo Benito María Moxo y Francoli, junto con todos los miembros del clero, hizo llegar al general Goyeneche una carta con el proyecto para la "prevención del orden, la pública quietud y la subordinación a las autoridades legítimas", propuesta que el jefe español no tardó en aceptar. En ese mismo mes, entonces, las autoridades eclesiásticas formaron la Junta Pacífica y Conservadora de la Paz Pública por temor al accionar de "indios insurgentes" quienes, junto con soldados desertores de Cochabamba, pudiesen llegar a invadir la ciudad aprovechando la salida de los defensores.

La Junta Pacificadora contaba con un vicepresidente que era el deán de la Iglesia Metropolitana, Matías Terrazas, y entre sus miembros se hallaban "el Secretario de Cámara D. Ramón Pinto y Origuela, los doctores D. Vicente Berecoechea cura del sagrario de Guadalupe, D. Mariano Roncal, cura de San Miguel y en ausencia de éste el Licenciado D. Juan Manuel Grandidier cura de S. Sebastián; y los RR. Padres Prior de Sto. Domingo Fr. Juan Pablo Porras, y Guardián de S. Francisco, Fr. Claudio Capaz. Servirá a la misma de secretario el notario mayor de nuestra curia Melchor Higueras; y de portero el alguacil del provisorato Manuel Carrión". La Junta así integrada produjo y dio a conocer un reglamento de sus funciones y

objetivos, y estableció la necesidad de proveer "la más puntual observancia de sus funciones".

Pasaba luego a indicar cómo se compondría la fuerza pacificadora, decretando la formación de escuadrones de doce individuos: un cabo, un suplente, ocho sacerdotes y dos "minoristas". Debían salir cada noche dos escuadras por turno, una del clero secular y otra del regular, y cada una debería llevar un farol con dos velas encendidas "para que con esta distinción sea fácilmente reconocida".

El portero de la Junta estaba encargado de poner a las escuadras sobre aviso con una antelación de veinticuatro horas, que debían salir según sus turnos. El cabo era el responsable de citar a los eclesiásticos por medio de sus dos minoristas asistentes en forma personal "sin ser bastante dexarlos recado o esquela, avisando luego al cabo para su inteligencia".

Los escuadristas se reunirían en casa del cabo a las ocho y media de la noche, y ponerse en marcha "la ronda a las nueve en punto, llevando todos puesto su vestido talar o el hábito de su orden y permanecerán en continuo movimiento hasta las doce en punto, a cuya hora se retirarán".

Estaba también prohibida la concurrencia de ninguna otra persona ajena al fuero eclesiástico. El responsable del cumplimiento de esta orden era el cabo de cada escuadra.

Se prohibía asimismo llevar, bajo ningún pretexto, arma alguna "ya sea ofensiva o defensiva", pues el objetivo de estas rondas pacíficas era "disipar las gavillas, y evitar el desorden de la plebe, exhortándole amorosamente con palabras suaves, y con entereza paternal y haciéndole comprender con razones claras y populares, que la obediencia y subordinación a las leyes es el más firme apoyo de la verdadera libertad y uno de los deberes más sagrados que nos impone nuestra santa religión".

Para el supuesto caso de enfrentar "a alguna gavilla sospechosa y compuesta de gente atrevida y descarada a quien no pudiere absolutamente disipar y contener con los medios caritativos y suaves de que se ha hablado [...]; entonares a fin de que no prevalezca la maldad y con grande riesgo de la quietud pública, dará parte el cabo al comandante de guardia del vivac y al xefe militar de la plaza, para que ponga oportuno remedio".

La Junta Pacificadora ordenó también a todos los eclesiásticos que desde el 14 de mayo de 1812 todos los sacerdotes deberían recluirse en sus casas a las nueve de la noche sin que les fuera permitido salir de ellas hasta el amanecer del día siguiente, salvo que fuesen llamados para el ejercicio de algunas de las funciones de su

ministerio. Se les advertía que, en caso de ser hallados por una escuadra en la calle luego de esa hora, "le amonestarán con buen modo y darán cuenta del hecho".

En el caso de conmoción popular se debería reunir todo el clero, sin excepción alguna, en el palacio arzobispal para que "con su auxilio y presencia podamos atajar fácilmente el mal en sus principios".

Las escuadras deberían hacer llegar al comandante de armas de la plaza una lista de todos los integrantes de las mismas, quienes pondrían en conocimiento de ello a sus subordinados.

Finaliza el documento solicitando a todos los escuadristas el debido cumplimiento de las órdenes recibidas a pesar de las privaciones que su observancia pudiera producirles. Todo ello "redundará al mismo tiempo en servicio de Dios y el Rey". También menciona que si bien las "acciones virtuosas y beneficios" no necesitan recompensa alguna, la Junta informa que "nos tendremos muy presentes a los que se distinguieren en tan relevantes servicios, así para premiarlos en quanto pudiéremos, como para dar cuenta de ellos a Sr. General en Xefe, y elevarlos hasta el pie del Trono".

Bibliografía

Archivo General de la Nación, Guerra 1813. S 10 C 3 - A 10 Nº 5. Ejército Auxiliar del Perú.

Luqui Lagleyze, Julio M., *Historia y campañas del Ejército Realista*, t. 1: *1810-1820*, Rosario, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1997.

Los prisioneros del Regimiento Burgos en la guerra de la independencia americana

Como en todos los conflictos armados en los que la humanidad se ha visto sumergida, las guerras por la independencia de América del Sur no estuvieron ajenas a hechos dramáticos y sangrientos ocurridos más allá de los campos de combate.

En el transcurso de una investigación acerca de la actuación de los regimientos españoles en América, al consultar el tomo dedicado a la infantería de *Heráldica e historiales del Ejército*, obra editada por el Servicio Histórico Militar del Ejército Español, hallamos en la detallada y minuciosa crónica de los hechos de armas del afamado Regimiento Burgos la siguiente información, referida al Primer Batallón del Veterano Burgos:

> Las tropas chilenas que acaudilla su general San Martín acampan en las inmediaciones de Talca; forma el batallón en tres columnas, cae a cuchillo sobre los campamentos enemigos haciéndolos huir y refugiarse en Santiago. Reorganizado el ejército de San Martín, los generales Ordóñez y Osorio marchan sobre Santiago y el 5 de abril se avistan unos y otros combatientes en los llanos de Maipú. La fortuna es contraria al ejército español, que sucumbe al número y al doble esfuerzo del enemigo; pero el batallón, siguiendo su tradición, ni se dispersa ni se rinde, ya que la tercera parte de sus efectivos cubre el suelo con sus cadáveres, las otras dos son hechas prisioneras y una veintena de ellas rompe el estrecho círculo de hierro y llegan a Talcahuano para dar cuenta de su desdichada derrota. Los prisioneros son llevados a los territorios inhospitalarios de Buenos Aires y confinados en Punta de San Luis, en donde el tránsfuga francés

> Dupuy, que finge de gobernador, los manda asesinar alevosa y cobardemente.

La brevedad, lo categórico y el lapidario juicio consignado del hecho histórico relatado dio origen a una investigación, que desmiente lo mencionado en la fuente citada.

En 1819 gobernaba la Punta de San Luis, actual provincia de San Luis en la República Argentina, el coronel don Vicente Dupuy, nacido en Buenos Aires el 22 de enero de 1774, hijo de Luis Dupuy, distinguido caballero francés natural de Tirleche, y de Joaquina Celedonia Islas, criolla del Río de la Plata.

Dupuy tuvo su bautismo de fuego en la reconquista de su ciudad natal con motivo de la primera invasión inglesa al virreinato del Río de la Plata, como soldado del Batallón Voluntarios de Cantabria, batiéndose valientemente en la memorable jornada del 12 de agosto de 1806. Posteriormente intervino en la defensa de la misma ciudad, durante la segunda invasión de los ingleses, los días 5 y 6 de julio de 1807, cuando fue asaltada la ciudad por las fuerzas del general británico John Whitelocke. Durante esas jornadas, Dupuy revistó en el Escuadrón de Migueletes.

Como muchos de sus vecinos civiles y militares, influido por los acontecimientos que acaecían en España participó en la Revolución de Mayo, que depuso al por entonces virrey del Río de la Plata, Baltasar Hidalgo de Cisneros.

El 27 de junio del mismo año fue dado de alta como capitán del Regimiento América, unidad de caballería que tenía su asentamiento en Buenos Aires. El regimiento había sido organizado por el coronel Domingo French a fines de mayo, con plazas del Batallón de Andaluces, y según las disposiciones dadas en 1809 por el mencionado virrey.

Dupuy participó en el sitio de la ciudad de Montevideo que permanecía bajo el mando realista. Combatió durante dos años y sus servicios fueron recompensados con el nombramiento como teniente gobernador de la provincia de San Luis el 1 de marzo de 1814.

La ciudad de San Luis fue fundada por el español Luis Jufré, hijo de Juan Jufré, que era teniente gobernador y capitán general de Cuyo y Cariagasta, y que había sido enviado desde Chile por su entonces gobernador, el español Francisco de Villagra. La fundación se realizó el 25 de agosto de 1594, enarbolando el estandarte real en nombre del rey de España, bajo el nombre de San Luis de Loyola Nueva Mediana de Río Seco, y con el devenir de los años pasó a ser conocida como San Luis de la Punta o Punta de los Venados. La

ciudad fue desde sus comienzos un puesto de avanzada contra las tribus aborígenes que resistían la dominación española en algunas zonas del actual territorio sanluiseño o puntano, término que deriva del hecho de hallarse la ciudad de San Luis, capital de la provincia del mismo nombre, en la "punta" o ángulo formado por la unión de los extremos de las sierras de Alto Pencoso y de San Luis.

Desde su puesto, Dupuy contribuyó eficazmente en la formación del Ejército de los Andes, que en la provincia de Mendoza organizaba el general José de San Martín para terminar con el poder realista en Chile y Perú.

Los esfuerzos que bajo el mando de Vicente Dupuy efectuó el pueblo de San Luis dieron como resultado la recluta de más de 1.500 hombres y un gran acopio de ganado, mulas y equinos, logros que le fueron reconocidos al gobernador más tarde y por los que fue premiado con la medalla de la Legión del Mérito de Chile por las autoridades de ese país.

Merece destacarse que su desempeño al frente de la provincia produjo numerosos beneficios para la población en forma de numerosas obras públicas.

Efectuado el cruce de los Andes y librada la batalla de Chacabuco el 12 de diciembre de 1817 por el ejército sanmartiniano, a los pocos días de la victoria se recibió en San Luis el estandarte capturado del Cuerpo de Dragones de Chile, como expresión de agradecimiento por los esfuerzos que el pueblo y el gobierno de la provincia habían realizado en apoyo del Ejército Libertador.

El triunfo de Chacabuco produjo la captura de treinta y dos jefes y oficiales realistas junto con más de seiscientos hombres de tropa, como también la de algunos miembros del gobierno español en Chile, que fueron capturados días más tarde de la batalla. Entre ellos se encontraba el mariscal de campo y ex jefe de gobierno Casimiro Marcó del Pont, el jefe del estado mayor brigadier Raúl González Bermejo y el comandante general de artillería, entre otros. El gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, considerando peligrosa la permanencia en territorio chileno de este numeroso grupo de prisioneros, y dado que no era conveniente distraer fuerzas para su custodia pues aún existían tropas realistas no batidas en la ciudad de Concepción, ordenó al general San Martín con fecha 18 de marzo de 1817 que los hiciera trasladar a la ciudad de San Luis, confirmando que "igual destino tendrían los que en un futuro fueran capturados".

El fin de los esfuerzos realistas por impedir la libertad de Chile tendría lugar en los llanos de Maipú el 5 de abril de 1818, cuando

fueron ampliamente derrotados los ejércitos de la Corona española. Esta batalla decisiva para el proceso continental de emancipación enfrentó a las fuerzas libertadoras con algunos de los mejores regimientos de España en América. Entre ellos destacaremos la presencia de los regimientos Arequipa, Concepción y el invicto Burgos, el del grito desafiante: "¡Aquí está el Burgos, dieciocho batallas ganadas, ninguna perdida!".

El triunfo produjo una nueva masa de prisioneros de guerra, alrededor de 3.200, muchos de ellos pertenecientes al último de los regimientos mencionados.

La ciudad de San Luis era en esos años pequeña y pobre, como lo eran la mayoría de los pueblos centrales de la época colonial, y no contaba con edificios capaces de albergar al gran número de prisioneros que iban llegando de más allá de los Andes. Por esto el gobierno dispuso que el gobernador Dupuy enviase a la mayoría de los cautivos hacia la provincia de Buenos Aires, y organizó para ello un centro de detención llamado Las Bruscas, en el que residieron más de las tres cuartas partes de los prisioneros de la campaña chilena.

Vicente Dupuy, por entonces con el grado de sargento mayor, se hizo cargo entonces de un número menor de realistas, pero no por ello de menor importancia, porque allí permanecieron el ex presidente y capitán general de Chile mariscal de campo Francisco Marcó del Pont, el general José Ordóñez, los coroneles Joaquín Primo de Rivera, jefe de estado mayor, y Antonio Morgado, el teniente coronel Lorenzo Morla, el capitán Gregorio Carretero, así como otros jefes y oficiales, unos trescientos hombres en total.

El gobernador recibió precisas instrucciones del propio San Martín, ordenando que los prisioneros realistas fueran tratados con toda caballerosidad y tanto Dupuy como el pueblo de la provincia no sólo obedecieron la orden sino que abrieron sus casas para alojar a los prisioneros. El mismo teniente gobernador Dupuy alojó a algunos oficiales españoles en su domicilio, dando así claro ejemplo del trato que debía dispensarse a los españoles durante su cautiverio. Éstos, admirados de la benévola acogida recibida, manifestaron su reconocimiento sin reservas.

En carta a San Martín, de septiembre de 1818, Ordóñez le expresó:

> Debo inmensas atenciones a mi finísimo jefe, el Sr. D. Vicente Dupuy y no dudo que en la superficie de mi pequeño círculo, no cabe mayor grado. Mis compañeros de armas con

igual motivo así lo preconizan y todo refluye en mi satisfacción...

Otra interesante misiva es la de Morla, quien refirió:

Hoy he sido llamado del Teniente Gobernador D. Vicente Dupuy, el que ha tenido la bondad de alojarme en su casa.

Este hecho es más importante si recordamos que este oficial realista había sido tomado prisionero de guerra anteriormente, en ocasión del sitio de Montevideo (1814), y el entonces director supremo de las Provincias Unidas Gervasio Posadas le había permitido trasladarse a Río de Janeiro, bajo la expresa condición de no volver a tomar las armas contra los americanos. Sin embargo Morla, haciendo caso omiso de su juramento, había pasado a Chile y caído prisionero por segunda vez en la batalla de Maipú.

El gobierno central, al conocer la captura de este oficial, solicitó su pronto envío a Buenos Aires a los efectos de ser juzgado sumariamente. Dupuy demoró el cumplimiento de la requisitoria aduciendo que el estado de salud del prisionero desaconsejaba el largo viaje a que sería sometido, con lo que sin duda alguna buscaba evitar los rigores de la justicia militar a la cual se había hecho acreedor el oficial español.

Los cautivos españoles deambulaban libremente por la ciudad y algunos se ganaban la vida trabajando en tareas agrícolas y comerciando con los pobladores. Su vigilancia estaba a cargo de un reducido piquete de milicias locales al mando del comandante José Antonio Becerra, que también custodiaba el cuartel que guardaba el depósito de armas de los milicianos y, además de estas funciones, era responsable de la vigilancia de los presos por delitos comunes alojados en la cárcel local.

Más que esta exigua fuerza, era el inmenso desierto que los rodeaba y las enormes distancias que los separaban de sus compañeros de armas lo que mantenía realmente cautivo al contingente español. Al ser prácticamente toda la población una cárcel donde la fuga era casi imposible, los prisioneros vivían con desahogo en casas particulares.

Marcó vivía junto con González Bermejo, Primo de Rivera y Ordóñez y un sobrino de diecisiete años de este último, que había sido ayudante en el batallón Concepción. En otra casa propiedad de la familia Poblete se alojaban el capitán Carretero con los coroneles Morla, Arias y Morgado. Este domicilio era conocido por vecinos y

prisioneros como "la casa de los oficiales" y, por motivos fáciles de entender, era el sitio de reunión de todos.

Algunos de los oficiales, como Ordóñez y Primo de Rivera, habían sido autorizados a conservar sus ordenanzas. Los restantes oficiales residían en el cuartel cercano, disfrutando también ellos de libertad de movimientos.

A fines de 1818 llegaron a los prisioneros noticias sobre la expedición que en Cádiz se estaba organizando a las órdenes del general Enrique O'Donnell, para sofocar la independencia americana. Simultáneamente comenzaron a tener lugar en el territorio de las Provincias Unidas enfrentamientos armados entre diferentes facciones políticas que prolongarían la cruenta serie de guerras civiles que asoló el país durante más de cuarenta años. Ambas noticias conmovieron los ánimos de los cautivos.

A estos acontecimientos, ajenos a la población de San Luis, debe agregarse la llegada a esta ciudad en calidad de confinado político de Bernardo de Monteagudo, criollo, graduado en la Universidad de Chuquisaca en Sagrada Teología, idealista revolucionario y exaltado jacobino de escritorio. Su prosa vibrante y enérgica, así como su decidida actitud a favor de los ideales revolucionarios, lo harán participar en todos los enfrentamientos políticos que se originaron en la Revolución de Mayo. San Martín lo designó auditor de guerra del Ejército de los Andes, y en función de su cargo redactó el acta de la independencia de Chile, pero su vergonzosa fuga de ese país inmediatamente de ocurrida la derrota de Cancha Rayada lo malquistó con las autoridades. Refugiado en Mendoza, actuó como fiscal y casi juez de los hermanos Luis y Juan José Carreras, a quienes condenó a muerte por conspirar contra Bernardo O'Higgins. El año 1819 lo hallará, como ya mencionamos, en San Luis, acusado de intrigar contra los libertadores O'Higgins y San Martín. El historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna nos ha dejado una evaluación de este personaje:

> Por desgracia llegó para aquellos hombres a San Luis Bernardo de Monteagudo, proscripto como ellos, un personaje que no había sido vencido, que nunca llevó espada a su cinto, pero que hizo derramar sangre. Arrastraba tras de sí crueldades en Potosí y en Buenos Aires.

Rumores, trascendidos y noticias enrarecieron el ambiente provinciano y fueron exacerbando los ánimos de una población de cautivos en su mayor parte jóvenes, privados de su libertad, valientes,

diestros con las armas y sin porvenir, que comenzaron a cavilar soñando con su liberación.

Según algunas referencias Monteagudo entró en competencia con el sobrino de Ordóñez por los favores de una de las hijas de la familia Pringles y, aprovechando el malestar existente entre los prisioneros, influyó en Dupuy para que limitara las libertades que hasta ese entonces disfrutaban.

El 1 de febrero de 1819 el teniente gobernador prohibió por bando militar la libre circulación de los prisioneros, y expresamente las salidas nocturnas y las visitas a las familias locales con las que habían establecido lazos de amistad, fundando estas limitaciones en que "con su trato extraviaban a la opinión pública". Estas restricciones exacerbaron el ánimo de los prisioneros realistas entre los cuales se corrió el rumor de que iban a ser trasladados más al interior del país.

Gregorio Carretero, el capitán de infantería del Regimiento Burgos, planeó fugarse y buscar refugio entre las tribus indígenas del sur para luego intentar pasar a Chile. Con este propósito organizó una conjura que comprometía a cuarenta hombres y que se basaba en apresar al teniente gobernador Dupuy y a Monteagudo, capturar a la población e internarse en la inmensa pampa circundante con la ayuda de algunos baquianos.

Carretero adquirió en un comercio de la ciudad algunos puñales y cuchillos con los que armó a los complotados. Eligió el 8 de febrero de 1819 para el intento de copamiento y fuga. Ese día reunió en su casa, a las ocho de la noche, a veinte conjurados y luego de arengarlos se dirigió a los objetivos prefijados.

El ataque al cuartel de los milicianos estuvo comandado por el capitán Felipe Lamadrid, quien al frente de sus hombres consiguió desarmar al centinela y apoderarse de algunas de sus armas, que allí estaban en custodia, cumpliendo así con el primero de los dos objetivos que le habían sido asignados.

Al intentar alcanzar el segundo, liberar algunos presos políticos que estaban detenidos buscando que los mismos se uniesen a sus fuerzas, sus planes se vieron trastocados por los propios detenidos que atacaron a sus liberadores al grito de "¡Mueran los godos!". Entre ellos se destacaba la figura de Juan Facundo Quiroga, oriundo de la provincia de La Rioja, quien armado de las cadenas de las que había sido liberado atacó a los realistas con riesgo de su propia vida.

La lucha así entablada alarmó a los vecinos del cuartel que corrieron hacia el mismo y cercaron a los asaltantes. La sorpresa a todas luces había fracasado, los aliados esperados no se habían unido

y la población comenzaba a defenderse. El grupo destinado a atacar y ocupar la cárcel se vio rodeado por los vecinos que, al mando de un comandante de apellido Becerra, fueron dándoles muerte durante el encuentro. Entre los realistas que perdieron allí su vida, se hallaba el que los acaudillaba, el comandante Dámaso Salvador.

Los soldados realistas que se dirigían a tomar prisionero a Bernardo de Monteagudo no pudieron llegar hasta su casa por haber sido atacados por la población enardecida que los fue matando en distintos puntos de su recorrido.

Paralelamente a estos trágicos acontecimientos, el capitán Carretero, el teniente coronel Morla, el coronel Morgado y un teniente de apellido Burguillo habían logrado ser introducidos con engaños a la presencia del coronel Dupuy. Éste los recibió en su despacho, acompañado por el capitán de milicias Manuel Rivero y el doctor José María Gómez, médico español también confinado que tenía a su cargo la atención de los prisioneros de guerra.

Sin sospechar los motivos de la visita, el dueño de casa los invitó a tomar asiento. Entonces Carretero y Morla atacaron al gobernador Dupuy y se entabló una lucha cuerpo a cuerpo dentro del reducido ambiente en que se encontraban, intentando el atacado alcanzar su arma que había dejado depositada en el escritorio. Mientras tanto Primo de Rivera y Ordóñez, junto con sus acompañantes, había logrado reducir al centinela que guardaba la casa e introducirse en el despacho del gobernador, aumentando la confusión reinante. Esto fue aprovechado por el capitán Rivero para salir dando gritos de alarma y llamar la atención de los vecinos, que acudieron y rodearon la casa.

Al frente de éstos se hallaba el alférez criollo Pedro Pascual Pringles, que se encontraba de descanso en la ciudad. Él fue quien los condujo en el asalto de la vivienda a los efectos de salvar la vida del gobernador.

Los cabecillas de la intentona, viéndose perdidos, se entregaron a Dupuy, pero éste fue incapaz de frenar a la multitud enfurecida que terminó con la vida de los infortunados españoles. Se salvará por breves instantes Joaquín Primo de Rivera al huir hacia el interior de la casa, donde se refugió en la alcoba del teniente gobernador. Pero finalmente se quitó la vida con un arma de fuego que encontró allí, evitando así caer en manos de la enfurecida turba.

De los cincuenta soldados españoles que habían tomado parte en el intento de fuga, veinticuatro perdieron la vida durante la lucha. Los restantes complotados fueron reducidos y sometidos a juicio sumario por un tribunal presidido por el vengativo Monteagudo, nom-

brado por el gobernador Dupuy para la sustanciación del proceso "sumarísimamente y sin más trámites que los absolutamente precisos para descubrir la verdad".

Monteagudo, como era habitual en él, dio acertado cumplimiento a esta orden y con toda celeridad sustanció la causa, en la que actuó como fiscal. En calidad de tal, pidió la pena de muerte para todos los oficiales, incluyendo los heridos de todo tipo.

Tan sólo cuatro días más tarde veinticuatro oficiales españoles fueron fusilados. Sólo fue exceptuado el joven Ordóñez, no sin que el duro fiscal le hiciese firmar una declaración en la que abjuraba de su patria y familiares y se ofrecía a actuar como testigo de cargo contra sus hermanos de armas. Marcó del Pont y González de Bermejo fueron absueltos por haber sido totalmente ajenos a los sucesos.

San Martín, que regresaba a Buenos Aires desde Chile para conferenciar con las autoridades del gobierno, al arribar a San Luis aprobó lo resuelto e indultó al sobrino de Ordóñez por su corta edad.

Finalmente el supremo gobierno entregó en meses posteriores, a todos los que participaron contra la intentona, una medalla de plata con la inscripción: "A los que defendieron la patria".

Dupuy, que no supo o no quiso detener las ejecuciones, continuó con su carrera militar, pasando más tarde a servir en el Ejército Libertador. Intervino en la campaña peruana de Puertos Intermedios contra los realistas, a las órdenes del general Rudencido Alvarado. Regresó a Buenos Aires el 17 de abril de 1826, donde revalidó sus despachos de coronel de infantería, y se le confió la Inspección General de Armas. Falleció con el grado de coronel en Buenos Aires el 18 de enero de 1843.

El alférez Pringles por su parte, ya recuperado, fue a Chile y se reintegró al Cuerpo de Granaderos a Caballo, con el cual participó en la lucha por la independencia del Perú. Durante esa campaña, el 25 de noviembre de 1820, estando en una descubierta al mando de veinticinco granaderos en la región de Pescadores, en el paraje de Chancay, fue atacado por dos escuadrones españoles, uno perteneciente al Regimiento Dragones de la Unión, al mando del coronel Jerónimo Valdez, y el otro a los Dragones del Perú. Las fuerzas de Pringles fueron sobrepasadas en número, y tuvieron tres muertos y más de once heridos, entre los que se encontraba él mismo. Decide arrojarse con los sobrevivientes al embravecido mar, que se halla a su retaguardia, antes que ser tomado prisionero. El coronel Valdez le gritó que le garantizaba la vida, pero Pringles y sus hombres hicieron oídos sordos y cumplieron su propósito. Se afirma que el propio Valdez se arrojó al agua con su cabalgadura y logró rescatarlo.

Durante su prisión Pringles fue presentado a Joaquín de la Pezuela, a la sazón virrey en el Perú, que deseaba conocerlo desde que tuvo noticias de la desesperada acción del alférez. Luego de una breve estadía en la prisión de Casas Matas, en El Callao, el bravo oficial y sus hombres fueron canjeados por algunos oficiales realistas que se encontraban prisioneros del Ejército Libertador.

Los azares de las guerras civiles llevaron a que dos de los participantes de los acontecimientos de San Luis, Juan Pascual Pringles y Juan Facundo Quiroga, se enfrentaran más tarde en bandos opuestos en distintas acciones.

De los hechos relatados puede comprobarse que el intento de fuga protagonizado por los soldados realistas en 1819 en la provincia de San Luis fue reprimido por la población civil que actuó en defensa propia frente al sorpresivo ataque a que fue sometida. Los oficiales y la tropa española cumplían por su parte con el deber propio de todo hombre de armas de continuar la lucha en la que estaban empeñados, cuando planificaron y llevaron a cabo su plan de fuga.

El juicio y las duras penas impuestas se encontraban dentro de los códigos militares de la época.

Finalmente, el trato recibido por Pringles en su cautiverio en manos de las fuerzas realistas prueba que tanto las autoridades del gobierno español en Perú como los oficiales que lo trataron no vieron en él a uno de los verdugos de sus compañeros muertos en los trágicos sucesos de San Luis, sino a un adversario merecedor de todos los respetos por su valentía.

Monteagudo continuó su vida política en Perú, donde llegó a ocupar un cargo de ministro durante el gobierno de San Martín para colaborar más tarde con Simón Bolívar. En Lima, a los treinta y tres años, fue asesinado. Se ignoran la causa y el victimario.

El correcto conocimiento de los acontecido en la Punta Alta de San Luis en febrero de 1819 hace justicia a los participantes en esos sucesos: a los prisioneros realistas que cumplían con su obligación de tratar de huir para volver a tomar las armas en defensa de su rey y que supieron morir en el intento, y al pueblo de la provincia de San Luis que también cumplió la suya al impedir que aquellos que habían sido dejados a su custodia volvieran a las filas enemigas.

Tal vez si la represión hubiera estado en manos de fuerzas militares tradicionales y no de la masa enardecida por el ataque de quienes hasta ese momento compartían sus vidas, su epílogo no hubiese sido tan tremendo. De lo que no puede dudarse es de que nunca hubo un plan para maltratar, denigrar o aun matar en forma alevosa y premeditada a los oficiales y soldados españoles internados; prueba

de ello son sus propios testimonios y el hecho de que los castigos que se aplicaron alcanzaron sólo a los implicados y no a la numerosa colonia de prisioneros de guerra.

Bibliografía

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, documentos referentes a la guerra de la independencia.

DIEZ, Francisco Javier, *La batalla de Maipú*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1946.

ESPEJO, Jerónimo, *Coronel Juan Pascual Pringles*, Buenos Aires, Imprenta Europea, 1888.

GEZ, Wenceslao, *La tradición puntana*, Buenos Aires, Imprenta Weiss y Preusche, 3ª ed., 1911.

Heráldica e historiales del Ejército, t. 3: *Infantería*, Servicio Histórico Militar del Ejército Español.

MITRE, Bartolomé, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, Peuser, 1950.

NEWTON, Jorge, *Facundo Quiroga: aventura y leyenda*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1965.

ORNSTEIN, Leopoldo R., *La campaña de los Andes*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Instituto Geográfico Militar, 1931.

ROSA, José María, *Historia argentina*, t. 3, Buenos Aires, Editor Juan C. Granda, 1965.

TISSERA, José M., "La conjuración de San Luis", *Revista Nacional*, t. V, Buenos Aires, 1888.

URIEN, Carlos M., *La victoria de Maipú*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Arsenal Principal de Guerra, 1911.

VICUÑA MACKENNA, Benjamín, *El ostracismo de los Carrera. Memoria chilena*, Santiago de Chile, 1857.

[illegible]

El presente conocimiento de lo acontecido en la Punta (?) de San Luis en febrero de 1819 hace justicia a los participantes en esos sucesos: a los prisioneros realistas que cumplían con su obligación de tratar de huir para volver a tomar las armas en defensa de su rey y que supieron morir en el intento, y al pueblo de la provincia de San Luis que también cumplió la suya al impedir que aquellos que habían sido dejados a su custodia volvieran a las filas enemigas.

Tal vez si la represión hubiera estado en manos de fuerzas militares tradicionales y no de la masa enardecida por el ataque de quienes hasta ese momento consideraban sus vidas, su epílogo no hubiese sido tan cruento. De lo que no puede dudarse es de que nunca hubo un plan para asesinar, denigrar o mal [illegible] en forma alevosa y premeditada a los oficiales y soldados españoles internados, prueba



1. Anverso y reverso del pendón real obsequiado por Hernando de Vargas y Machuca en enero de 1605 a la ciudad de Buenos Aires. Museo del Cabildo y de la Revolución de Mayo de Buenos Aires.



4. Bandera española tomada en Montevideo. Museo de los Royal Fusiliers de Armagh, Irlanda.



5. George Coleman De Kay.



6. *Attaque et prise des batteries de Pont Obligado*. Litografía coloreada. Grabado de Chavanne sobre pintura de Barry. Museo Colonial e Histórico Enrique Udaondo, Luján, provincia de Buenos Aires.



7. Cañón usado en la campaña del Paraná. Museo Histórico del Ejército Argentino, Ciudadela, provincia de Buenos Aires.



8. Cañón usado en la campaña del Paraná. Museo Colonial e Histórico Enrique Udaondo, Luján, provincia de Buenos Aires.



9. Cañón denominado "Egipcio" perteneciente primero a las baterías *Libertad e Independencia* en 1812, y en 1845 a la batería Restaurador Rosas. Fue manufacturado en la Real Fábrica de Artillería de Sevilla, España, en 1795. Museo Histórico del Ejército Argentino, Ciudadela, provincia de Buenos Aires.



10. Bandera de la nación Muñiban. Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.



11. Anverso y reverso de la bandera de la nación Mora. Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.



12. Bandera de la nación Mora. Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.



13. Bandera de la nación Venguela o Benguela.



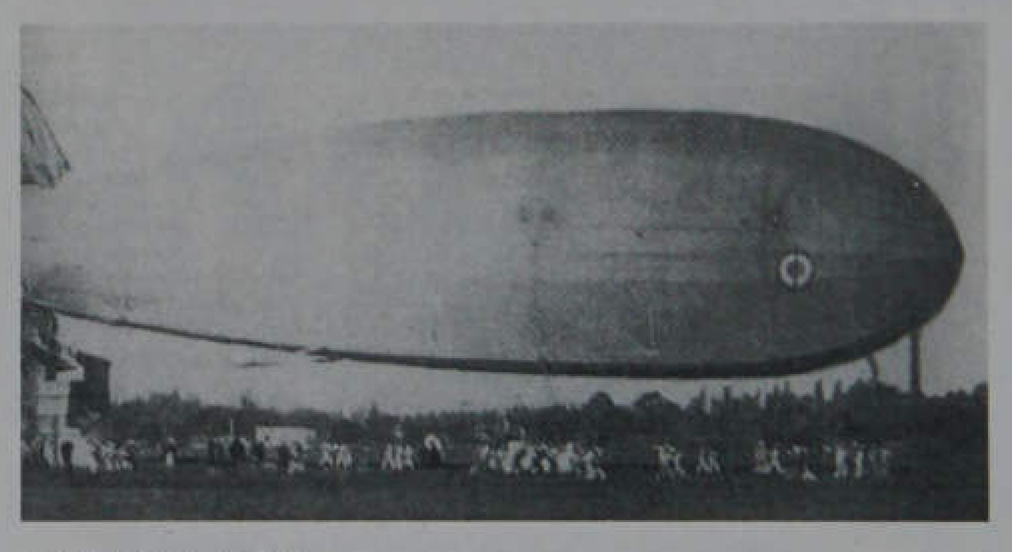
14. Bandera de la Legión Italiana. Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.



15. El coronel Palleja, muerto en el Boquerón. Foto de 1866.



16. Bandera argentina presente en la Primera Guerra Mundial. Museo de Armas de la Nación, Buenos Aires.



17. El dirigible *El Plata*.

Precisiones históricas acerca del combate naval de San Nicolás

La derrota del ejército de las Provincias Unidas del Río de la Plata en Paraguay en enero de 1813 llevó a que su jefe, el general Manuel Belgrano, solicitara el urgente envío de refuerzos de hombres y vituallas al gobierno que residía en Buenos Aires. En ésta, la llamada Junta Grande se vio obligada a no satisfacer la demanda por hallarse ocupada la región oriental de Entre Ríos por las fuerzas españolas leales al gobernador español de Montevideo, representado en la figura y en el cargo por el general Gaspar de Vigodet, acérrimo defensor de la causa realista en la Banda Oriental, quien desde el puerto de Montevideo y haciendo uso de la escuadra española surta allí haría peligrar la libertad de la región.

El gobierno de Buenos Aires se vio entonces en la necesidad de finalizar apresuradamente el armado de tres navíos que pasarían a constituir la primera fuerza naval de las Provincias Unidas. Estos barcos, una goleta, un bergantín y una balandra, recibieron los nombres de *Invencible*, *25 de Mayo* y *América* respectivamente. Fueron puestos al mando del por entonces teniente coronel Juan Bautista Azopardo, quien fijó su enseña en el primero de ellos. Los otros dos navíos quedaron al mando de Hipólito Bouchard y de Ángel Hubac.

El primero de los nombrados, Azopardo, había nacido en febrero de 1772 en la isla de Malta, en la ciudad de Senglea. Luego se estableció en Tolón, donde intervino en la construcción de navíos en el gran arsenal naval de la ciudad. A principios del siglo XIX se dirigió al Río de la Plata, donde obtuvo patente de corso contra la navegación de mercantes ingleses, revistando como segundo jefe a bordo del *Dromedario* que navegaba a las órdenes del legendario Francisco Hipólito Mordeille.

Durante la primera invasión inglesa participó junto con su jefe en la reconquista y luego del triunfo pasó a estar a cargo de la artillería de la ciudad virreinal.

En los combates que tuvieron lugar durante la segunda invasión inglesa, Azopardo logró retirar y salvar los cañones puestos a sus órdenes, luego de la derrota de las tropas de la defensa de Buenos Aires, a los que llevó hasta la Plaza Mayor de la ciudad. En ella y en las calles adyacentes emplazó sus piezas batiendo exitosamente al enemigo en las gloriosas jornadas que dieron fin a las aspiraciones del gobierno británico en el Plata y mereció por su desempeño el cargo de teniente coronel graduado de las milicias urbanas de Buenos Aires.

Años más tarde y por orden del virrey Baltasar de Cisneros, cesó en su cargo. En las jornadas de mayo de 1810 abrazó decididamente la causa de la revolución y el 27 de ese mes fue destinado con su grado en el cuerpo de granaderos de Fernando VII.

Las necesidades bélicas lo llevarían un año después a ser nombrado jefe de la escuadrilla naval del gobierno de Buenos Aires. Si bien Azopardo tenía un prestigio bien ganado como valiente hombre de mar, también era conocido por su verborragia. Se ufanaba de despreciar a los marinos españoles y según algún cronista de la época "habría abrazado la causa revolucionaria con bandera negra", en clara referencia a su actividad pirata.

El mando del bergantín *25 de Mayo* recayó en el marsellés Hipólito Bouchard, nacido en 1783, que había servido a bordo de barcos mercantes de su país y que según historias de la época habría llegado a ser segundo de abordo de un corsario francés durante el primer imperio napoleónico, llevando la guerra al comercio naval inglés. En 1809 se hallaba en Buenos Aires y durante los sucesos de mayo de 1810 ofreció sus servicios al nuevo gobierno, que no dudó en aceptarlos y en otorgarle el mando de un barco en la novel escuadrilla.

Ángel Hubac, también francés, había llegado al Río de la Plata a comienzos del siglo XIX. El 24 de mayo de 1807, en calidad de alférez urbano, fue comisionado en la artillería de la plaza y participó en la defensa de la ciudad. Fue ascendido al grado de teniente urbano al alcanzarse la victoria sobre los ingleses. Con este grado revistió en las milicias urbanas de Buenos Aires y en agosto de 1809 obtuvo el nombramiento de teniente del Cuerpo de Patriotas de la Unión. Su adhesión a la Revolución de Mayo y su experiencia naval llevaron a que la Junta de Gobierno lo designara para comandar la balandra *América*.

El 10 de febrero de 1811 el diputado salteño Francisco de Gurruchaga se entrevistó con el teniente coronel Azopardo en calidad

de portador de instrucciones secretas provenientes de la Junta. La designación de Gurruchaga para tal misión no fue un hecho del azar sino que se basó en sus actuaciones en años anteriores, que es necesario conocer aunque sea brevemente.

Como era de práctica en las familias españolas de la época, Gurruchaga había sido enviado al Colegio de Nobles de Madrid. Continuó sus estudios en la Universidad de Granada. Al estallar la guerra entre la Corona española e Inglaterra abandonó el cargo de correo de gabinete que desempeñaba y se embarcó como oficial ayudante del por entonces capitán de navío Baltasar de Cisneros, a bordo de la *Santísima Trinidad*, y combatió junto con aquel en la batalla de Trafalgar.

Tomado prisionero y luego de obtener su libertad sobornando a un capitán inglés, logró llegar a Buenos Aires en enero de 1809. Desde Salta, Gurruchaga encabezará luego de 1810 el movimiento emancipador que era amenazado por la "realista" Córdoba.

Su ciudad natal lo nombró diputado a la Primera Junta y se incorporó a fines de ese año a la Junta Provisional del gobierno del Río de la Plata.

Su experiencia naval motivó que le fuera confiada la difícil comisión de organizar la que sería la primera fuerza naval del gobierno, una obra titánica dada la carencia absoluta de astilleros, enseres navales y tripulaciones experimentadas. La tarea había sido cumplida y así en febrero de 1811 Gurruchaga se dirigió a llevar las órdenes que hemos mencionado, firmadas por Cornelio Saavedra, Domingo Matheu, José Ignacio Gorriti, Hipólito Vieytes y Miguel de Azcuénaga. Estas instrucciones imponían estrictamente la necesidad del mayor secreto y obligaban a Azopardo a abrir el pliego que las contenía al llegar a la altura de la isla Martín García y en presencia de los comandantes de la fuerza naval. Exigían cumplimiento "puntual y riguroso" y detallaban que a la llegada a la ciudad de Santa Fe debía presentarse a su gobernador, para luego continuar el derrotero ordenado.

Dado que los dos bandos en guerra lo hacían bajo las mismas banderas, la enseña naval española, se indicaba que "para que los pueblos que se hallan en la costa no duden ser buques de Buenos Aires, pondrán bandera inglesa al cabo trinquete y la española en el pico de la mayor y la balandra izará bandera española solamente".

Así, y como una paradoja, los que habían desarrollado sus carreras navales en Europa y en el Río de la Plata combatiendo a la Marina inglesa se vieron obligados a navegar con la enseña de los enemigos de ayer.

Las instrucciones indicaban claramente que la escuadrilla debería hacer presa a todo buque procedente de Montevideo y a su llegada a la ciudad de Corrientes debería descargar la "galleta" que llevaba y que estaba destinada a las fuerzas de Belgrano.

Así también se ponía en conocimiento de Azopardo que, habiéndose recibido en la Junta noticias que de Paraguay venían algunos barcos, debía elegir el lugar más conveniente para "irremisiblemente" asegurar su presa.

El gobierno también notificaba que tenía noticia cierta de que el bergantín *Cisne* y "otro más de guerra" habían salido de Montevideo llevando un convoy de lanchas cargados de armas y municiones en auxilio de las fuerzas realistas de Paraguay, indicando al comandante Azopardo que "no debía atacarlos hasta que ellos hubiesen penetrado en el río Paraná", para evitar así que se pudiesen retirar al puerto de la Colonia u otros puertos de la costa.

El combate con los barcos enemigos, se recomendaba, debería ser llevado hasta hacerlos presos y su carga desembarcada en la costa "poniéndola a cargo de los alcaldes o jueces" que se encontraren, resaltando que si los navíos enemigos no eran hallados donde se esperaba, deberían "continuar su persecución aunque sea hasta el mismo Paraguay".

Finalmente, las instrucciones recordaban la importancia que la captura de los mismos tenía para el gobierno de Buenos Aires y ordenaban que se procediera "procurando antes perecer que permitir que se les escapen o caer en sus manos prisioneros".

Azopardo levó anclas del puerto de Buenos Aires en horas de la noche del 21 de febrero de 1811 para mantener en secreto la salida y remontó el Paraná de las Palmas. Dos días más tarde el jefe de la escuadrilla patriota tomó conocimiento de que era perseguido por una fuerza española que se estimó en unos siete navíos y, debido a las desfavorables condiciones meteorológicas, decidió defenderse en el puerto de San Nicolás.

El 27 de febrero se levantó una batería que Azopardo puso al mando del capitán Hubac, con piezas sacadas del *25 de Mayo* y de la *Invencible*, con una guarnición de marineros y unos cincuenta milicianos de San Nicolás. La decisión de Azopardo de adoptar una actitud defensiva fue objetada por Bouchard, quien propuso junto con Hubac atacar a los barcos españoles, basándose en la falta de calidad de sus tripulaciones y el temor de que la cercanía de la costa los llevase a desertar, como veremos que ocurrió según lo relata el parte del vizcaíno Jacinto Romarate al abordar el *25 de Mayo* sin lucha por abandono de su tripulación.

Romarate se hallaba al mando de la escuadra española que navegaba en persecución de las fuerzas de las Provincias Unidas. Contaba con acreditada y larga experiencia marítima que lo había llevado a tomar parte del asalto el puerto de Tolón en manos de la Francia revolucionaria de 1793. En 1802, con el grado de alférez de navío, realizó su primer viaje a América, a las Antillas. De vuelta a España, fue enviado al apostadero naval de Montevideo, donde arribó en febrero de 1806. Fue ascendido a teniente de fragata recibiendo el mando de la cañonera *La vizcaína* y a su bordo intervino en la reconquista de Buenos Aires, donde fue herido. Mereció el ascenso a teniente de navío, cargo con el cual participó en las jornadas de defensa de la ciudad virreinal el 5 y el 6 de julio de 1807. Enfrentado a los sucesos de mayo de 1810, se opuso firmemente, fiel a sus principios monárquicos por sospechar, no sin razón, que escondían fines emancipadores.

En su calidad de jefe del apostadero naval, Romarate navegaba en febrero de 1811 al encuentro de Azopardo. La misión tan celosamente guardada de la flotilla naval patriota finalizará con la derrota en el fondeadero de San Nicolás. Interesa conocer el parte del combate que hizo llegar el capitán de fragata Romarate, al mando de la "expedición del Paraná", al virrey Francisco Javier de Elío una vez finalizada la batalla. En el número extraordinario de la *Gaceta de Montevideo* el marino español informa:

> Tengo el honor de cumplir mi palabra poniendo a las órdenes de V.E. la goleta *Invencible* del porte de doce cañones, ocho de ellos de a ocho y los restantes de a doce, el bergantín *25 de Mayo* con catorce carronadas de a doce, dos cañones de ídem a proa y dos de a ocho a popa y la balandra *Americana* [¿América?] con un cañón de a seis giratorio y dos de a tres en las bandas, que acabo de dar fondo en este puerto con los demás buques de mi división.

Romarate hace un detallado informe dando cuenta de que había avistado estos navíos de la Junta al amanecer del 28 de abril y que "se hallaban acadenados en el canal que forma la Isla de San Nicolás con sus barrancas", por lo que decidió llamar a consejo de guerra a los comandantes de su fuerza para decidir si era conveniente atacar a favor o en contra de la corriente. De común acuerdo decidieron que debería hacerse en contra para poder emplear con mayor ventaja y durante más tiempo la artillería de sus dos bergantines, el *Cisne* y el *Belén*.

A las ocho horas dobló la isla de Tonelero con proa al sudoeste con dificultad por la falta de viento, pese a lo cual cuatro horas

más tarde amarró en la parte oeste de la isla a una "distancia de dos tiros de pistola" de los barcos adversarios. Luego de un disparo sin bala a modo de aviso envió al alférez de navío José Aldana en calidad de parlamentario con un oficio dirigido a Azopardo que le indicaba:

> Incluyo a Vmd. el adjunto manifiesto del Exmo. Señor Virrey de estas Provincias D. Xavier de Elío, por el cual son declarados traydores todos los que defienden la causa de la subversiva Junta de Buenos Aires.
>
> Si Vmd. quiere ser tratado como tal, solo le queda el medio de entregarme las fuerzas de su mando, antes que con la superioridad de las mías, me ponga en posición de atacarlos.
>
> La humanidad y el pabellón que Vmd. arbola exigen de mi este paso, así como la contestación de Vmd. que espero en el perentorio término de dos horas.

El parlamentario no fue recibido, por lo que a su regreso el marino español decidió el ataque y abordaje según se presentaran las condiciones meteorológicas. Al amanecer del día siguiente refiere Romarate:

> Largaron los bajeles de la Junta una bandera roja al tope del trinquete, asegurándola con un cañonazo a toda bala, indicándonos no dar cuartel.

Los navíos españoles permanecieron en su posición hasta las ocho horas de la mañana siguiente, inmovilizados por la falta de viento. A esa hora, con viento al sur, se dio orden a los comandantes españoles de batirse hasta llegar al abordaje.

Los vigías de las cofas advirtieron a Romarate que por tierra se aproximaba un numeroso grupo de caballería con dos cañones, por lo que se ordenó al *Belén* que con sus faluchos observase al nuevo enemigo, mientras los bravos españoles se alejaban de las barrancas a una "distancia de cable y medio" mientras hacían fuego contra el adversario, recibiendo también disparos por parte de los barcos enemigos y de las piezas de artillería emplazadas en las mencionadas barrancas.

El primer disparo lo realizó el *América* comandado por Hubac, correspondiéndole el honor de haber disparado el primer cañonazo efectuado por una fuerza naval en la historia de la patria.

Los virajes que efectuaban el *Cisne* y el *Belén* los acercaron peligrosamente a tierra y ambos vararon durante tres horas. El último

de los nombrados sufrió cuatro impactos de a ocho provenientes de las baterías de tierra.

Esta oportunidad llevó a Bouchard a llegarse al barco de Azopardo para proponerle un ataque a los navíos españoles inmovilizados, pero el jefe de la escuadrilla no aceptó los argumentos del marino francés.

Luego de retirarse hasta la punta noreste de la isla, libres de su varadura, Romarate ordenó al comandante del *Belén*, José M. Rubián, que diese un breve reposo a la tripulación para luego dirigirse al abordaje de la goleta *Invencible*, mientras que el *Cisne* hacía lo mismo con el bergantín *25 de Mayo* "sin caso de los fuegos de tierra y la balandra".

El ataque español comenzó a las 15 horas. Desde ambos navíos se efectuó un intenso fuego sobre los barcos y los cañones en tierra. La mayor velocidad de la goleta española la llevó a abordar el *Invencible* antes de que hiciese lo mismo el *Cisne* sobre el bergantín *25 de Mayo*.

El combate por el *25 de Mayo* fue breve por haber sido abandonado por su tripulación que se arrojó por la borda y se dirigió a tierra. Las fuerzas realistas sólo contaron cuatro heridos. La lucha por la goleta *Invencible* continuaba mientras tanto y se prolongó hasta que el comandante Rubián, al frente de sus hombres, completó su rendición. Azopardo, según relató sus memorias, intentó volar la santabárbara sin éxito.

Este episodio no se halla consignado en el exhaustivo relato del combate que hizo Romarate. El parte de guerra que le enviara al virrey Francisco de Elío, firmado a bordo del *Cisne* el 10 de marzo, sólo dice:

> Tengo al capitán D.J.B. Azopardo, prisionero de guerra en este buque y no lo están los demás por haberse tirado al agua en el acto de abordaje.

El 23 de marzo el marino español hace llegar a Montevideo un relato más extenso: "Rendidos los tres buques mandé a tierra al Alférez de Mando D. José Aldana". Y continúa diciendo que, "junto con otros oficiales para capturar los cuatro cañones que desde la barranca", les habían disparado.

A la mañana siguiente al combate, fue enviado "a tierra el Teniente de Artillería de Milicias de Buenos Aires Sebastián Riera", quien desembarcó en la isla de San Pedro, donde habían buscado refugio los prófugos de la escuadrilla patriota. Las órdenes de Riera

expresaban que "no debían tener [los prisioneros] ninguna clase de violencia o de mal trato", y así lo confirma en su parte el comandante español al expresar: "Y así se ha cumplido en todas sus partes a los 62 individuos que V.E. puede disponer".

La valerosa defensa de la goleta criolla produjo treinta y seis bajas entre muertos y heridos, mientras que los realistas contabilizaron once muertos y dieciséis de distinta gravedad.

Finalizada la acción, la flotilla española con sus prisioneros se dirigió y fondeó en el puerto de Colonia, donde Romarate dictó y firmó el 13 de mayo el parte de su victoria naval, que hizo llegar a Montevideo. El virrey de Elío dio a conocer una proclama congratulando a los habitantes de Montevideo por la victoria obtenida y que entre otros conceptos decía: "Obrando como sois, no necesita Fernando de otros auxilios para limpiar sus dilatados dominios de gente infame".

Azopardo fue llevado prisionero a esa ciudad donde se le inició un sumario por traición. Durante el juicio se le preguntó por qué se había batido contra el pabellón español y con qué licencia navegaba, a lo que respondió justificándose:

> Que se batió contra el pabellón porqué éstas eran las órdenes de la Junta de Buenos Aires; y que esta misma decía que en dicha capital, solo se defendía la causa del Rey, y que Montevideo era del partido de Napoleón, y que navegar era con licencia de la expresada Junta.

El piloto, de apellido Estigarribia, buscó excusarse diciendo que había sido llevado por la fuerza a bordo del *Invencible*. Por su parte, la declaración efectuada por el marinero Francisco José Belem fue más vergonzosa pues no sólo aseguró su enrolamiento por la fuerza, sino que además refirió que había intentado arriar la bandera de guerra.

Azopardo fue condenado por traición y el 9 de abril, en calidad de reo de Estado, enviado a España. Allí comenzó a purgar su condena en compañía de prisioneros franceses en el castillo de San Sebastián, en Cádiz, para ser trasladado ese mismo año a Ceuta.

Mientras estos sucesos tenían lugar, la Junta en Buenos Aires tomó declaración a los sobrevivientes. La responsabilidad de la derrota recayó sobre Azopardo y el 20 de mayo de 1811 el Consejo de Guerra presidido por Cornelio Saavedra lo condenó "a no poder ser empleado jamás en mando alguno". Todos los demás encausados fueron exculpados.

Hipólito Bouchard y Ángel Hubec fueron absueltos y se los constituyó en sus cargos "con la declaración de haber desempeñado sus deberes con valor, celo y actividad, no habiendo dejado sus buques sino en los últimos momentos en que se vieron totalmente desamparados por su gente y para no caer prisioneros".

* * *

Veamos ahora cuál fue el destino de varios de los protagonistas de los episodios narrados en este capítulo.

Juan Bautista Azopardo fue sentenciado a muerte tres veces, y tres veces le fue pospuesta la condena durante un cautiverio que se prolongó por nueve años. Fue finalmente liberado el 1 de abril de 1820, luego del triunfo de las fuerzas liberales en España. Retornó a Buenos Aires, donde le fue reconocido el grado de teniente coronel del Ejército y posteriormente fue designado capitán del puerto de Buenos Aires.

Al estallar la guerra con el Imperio de Brasil, Azopardo era comandante del bergantín *General Belgrano* y tomó parte de la flota que al mando de Guillermo Brown luchó en la batalla de Los Pozos.

El comportamiento del marino maltés en esa oportunidad, como la de otros marinos de Buenos Aires, mereció una dura y lacónica censura por parte del almirante Brown por haber permanecido los mismos alejados del combate aduciendo problemas con el viento.

Azopardo fue sumariado por un consejo de guerra presidido por Mariano Balcarce. Por fallas en el proceso no se dictó resolución alguna, pero el hecho lo llevó a pedir su retiro el 3 de febrero de 1827. Falleció pobre y olvidado en 1848.

Bouchard desarrollaría una larga y exitosa carrera militar bajo la bandera de su patria adoptiva. Con el grado de teniente del Cuerpo de Granaderos a Caballo participó del combate de San Lorenzo donde capturó una bandera enemiga, por lo que recibió la ciudadanía y el cargo de capitán. Al mando de la corbeta *Halcón* llevó una larga e intensa campaña corsaria contra los navíos y establecimientos de España por los mares del mundo. A años de su partida y llegado al puerto chileno de Valparaíso, sus navíos y bienes fueron requisados y fue hecho prisionero por orden del almirante Thomas Cochrane.

La decidida acción del gobierno de las Provincias Unidas obtuvo su liberación junto con sus naves, y retornó a Buenos Aires. El 20 de octubre se embarcó para la expedición a Perú en el navío *Consecuencia*, que transportaba tropas de los regimientos de Granaderos

a Caballo y de Cazadores a Caballo, junto con sus jefes y oficiales, e intervino en la campaña libertadora de Perú y en la de Guayaquil. Retirado a su hacienda peruana, sería asesinado por un peón en 1843.

Ángel Hubac continuó sirviendo bajo las órdenes de Brown y luchó en los combates de la isla Martín García y del Arroyo de la China. Fue ascendido al grado de capitán, al servicio de la Marina, en 1814. En carácter de tal y al comando de la sumaca *Santísima Trinidad*, junto con otros navíos condujo como escolta a la rendida escuadrilla de Romarate hasta llegar a las balizas exteriores el 22 de julio de 1814. Así, el derrotado de ayer custodió al vencido de hoy.

Durante el Directorio de Carlos María de Alvear intervino en el bloqueo de Santa Fe y en 1829, ya como coronel graduado, tomó el mando de la escuadrilla de Buenos Aires durante el conflicto entre la ciudad y los gobiernos federales de Estanislao López y de Francisco Ramírez, poniendo sitio a la capital santafesina. Durante el mismo sus fuerzas fueron atacadas por la escuadra que al mando de Pedro Campbell había sido enviada por José Gervasio Artigas en ayuda de Santa Fe. Su nave *Ananzazer* fue abordada por fuerzas superiores pero luego de duro combate logró rechazarlas. Hubac quedó con ambas piernas destrozadas. Llevado a Buenos Aires, falleció como consecuencia de sus lesiones.

Francisco de Gurruchaga se apersonó el mismo día de conocerse la derrota de San Nicolás a la Junta diciendo: "Vengo a ofrecer otra escuadra", y en agosto de 1811 hizo entrega al gobierno de siete unidades adquiridas y equipadas por él mismo y armadas con treinta piezas de artillería de diferentes calibres. Durante 1812 y 1813 manejó los intereses del Ejército durante la campaña del Alto Perú. Su celo y sus generosos aportes ayudaron a paliar en muchas ocasiones las necesidades económicas de la campaña.

En 1813 fue nombrado diputado a la Asamblea General Constituyente y de su fortuna personal se pagaron los gastos para uniformar las huestes de Martín Miguel de Güemes.

Intervino continuamente en la política de la época de la guerra civil que había estallado en 1831, participando en la salvación de Salta de la agresión de las tropas de Facundo Quiroga.

Abatido por el infortunio económico originado en sus gastos a favor de su país, falleció en Salta en noviembre de 1846.

Jacinto Romarate, al retornar victorioso a Montevideo, fue ascendido a capitán de navío y recibió la Cruz Laureada de Marina. Durante el sitio de la ciudad por el Ejército de las Provincias Unidas participó en la defensa, al mando de un batallón de marinos.

En 1813 se le dio el mando de un convoy que transportaba tropas veteranas del sitio y que tenía la misión de desembarcar en Entre Ríos. Esta flota de diecinueve barcos, de los cuales cuatro eran de guerra, no tuvo el éxito esperado. Luego de varios intentos frustrados de desembarco, finalmente ocupó el puerto de Landa en Entre Ríos, pero las fuerzas locales la rechazó rápidamente.

Dejando una guarnición en la isla Martín García, Romarate retornó a puerto el 7 de febrero de 1814. Con el objetivo de atacar Buenos Aires zarpó con seis barcos de poco calado el 17 de ese mes, navegando hacia la fortificada isla. Pero la fuerza española fue embestida por los navíos de Brown y el 10 de marzo Romarate se retiró del combate no sin antes reembarcar la guarnición de Martín García. El capitán de navío español dirigió las proas de sus barcos hacia el río Uruguay, perseguido y alcanzado por los navíos de Buenos Aires enviados en su busca.

El encuentro favorable a las fuerzas españolas permitió que éstas regresasen a Montevideo. La rendición de esta ciudad, el 23 de junio de 1814, marcará el fin de la carrera naval de Romarate en el Río de la Plata. Retornado a España al año siguiente, fue promovido al rango de brigadier de la Armada.

Larga será su carrera militar. Fue comandante naval de Santander y de Cádiz sucesivamente, y llegó a ser comandante general y jefe político de esa provincia. Alcanzó el nombramiento de ministro de Marina de España en 1822, pero renunció junto con todo el gabinete por problemas políticos. En 1830 fue electo procurador a Cortes y promovido a jefe de escuadra. Se mantuvo siempre fiel a sus ideales monárquicos absolutistas. Falleció en Madrid en agosto de ese mismo año.

Bibliografía

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1946.

AZOPARDO, Mercedes, *Lugar del primer combate naval argentino*, Buenos Aires, Departamento de Estudios Históricos Navales, 1966.

CAILLET-BOIS, Teodoro, *Historia naval argentina*, Buenos Aires, Emecé.

PICCIRILLI, Ricardo, *Lecciones de historia naval argentina*, Buenos Aires, Secretaría de Marina, 1967.

RATTO, Héctor R., *Hombres de mar en la historia argentina*, Buenos Aires, Taller Gráfico Bernard, 1936.

YABEN, Jacinto, *Biografías argentinas y sudamericanas*, Buenos Aires, 1938.

En 1812 se le dio el mando de un cuerpo que transportaba tropas [illegible] y que tenía la misión de desembarcar en Entre Ríos. Esta flota de diecinueve barcos, de los cuales cuatro eran de guerra, no tuvo el éxito esperado. Luego de varios intentos frustrados de desembarcos, finalmente ocupó el puerto de Landa en Entre Ríos para las fuerzas leales a la corona metropolitana.

Dejando una guarnición en la isla Martín García, Romarate regresó a puerto el 7 de febrero de 1814. Con el objetivo de atacar Buenos Aires zarpó con esta fuerza de guerra [illegible] el 17 de ese mes, navegando hacia la fortificada isla. Pero la fuerza española fue embestida por los navíos de Brown y el 10 de marzo Romarate se retiró del combate sin antes abandonar la guarnición de Martín García. El capitán de navío español dirigió las proas de sus barcos hacia el río Uruguay, permaneciendo bloqueado por los buques de Buenos Aires anclados en su lugar.

El encuentro favorable a las fuerzas españolas permitió que éstas regresaran a Montevideo. La pérdida de esta ciudad, el 23 de junio de 1814, marcará el fin de la presencia naval de España en el Río de la Plata. Retornado a España el año siguiente, fue promovido al rango de brigadier de la Armada.

Luego siguió su carrera militar, fue comandante naval de Santander y de Cádiz sucesivamente, y llegó a ser comandante general y jefe político de esa provincia. Alcanzó el nombramiento de ministro de Marina de España en 1822, pero renunció junto con todo el gabinete por problemas políticos. En 1830 fue electo procurador a Cortes y promovido a jefe de escuadra. Se mantuvo siempre fiel a sus ideales monárquicos absolutistas. Falleció en Madrid en agosto de ese mismo año.

Bibliografía

Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1948.

[illegible], Buenos Aires, [illegible].

Carranza, [illegible], *[illegible] naval argentino*, Buenos Aires, [illegible].

[illegible], Buenos Aires, Secretaría de Marina, [illegible].

Ratto, Héctor R., [illegible], Buenos Aires, Taller Gráfico [illegible].

Yaben, Jacinto, *Biografías argentinas y sudamericanas*, Buenos Aires, 1938.

Vicisitudes de un corsario, George de Kay

Desde siempre los pueblos y las naciones en guerra han procurado vencer a sus adversarios privándolos de sus fuentes de riqueza o cortando sus intercambios comerciales tanto por tierra como por mar.

Las grandes flotas eran demasiado caras de construir y mantener como para destinarlas a peinar los mares en busca de los barcos mercantes del enemigo, por lo que a lo largo de la historia naval muchas naciones acudieron en forma solapada al empleo de embarcaciones que en forma individual o en conjunto llevaban a cabo la antigua práctica de la piratería atacando sólo en busca de botín como único fin, indiferentes a las leyes del mar y de la guerra.

Con el paso de los años esta actividad bélica pasó a ser regulada por diferentes gobiernos que la encuadraron dentro de las leyes vigentes. Estas fuerzas navales pasaron a ser conocidas como corsarias y su empleo llegará hasta la primera mitad del siglo XIX.

Recordemos que las naves corsarias eran barcos de propiedad privada cuyos armadores, en forma individual o conformando sociedades comerciales, financiaban los gastos de avituallarlos así como los sueldos de la totalidad de los tripulantes. Tenían el derecho de elegir a los comandantes, quienes se obligaban junto con sus hombres a llevar la guerra al ocasional enemigo. La posesión de la patente de corso obligaba a los armadores, los comandantes y las tripulaciones al estricto cumplimiento de las ordenanzas y leyes que regían la guerra naval dado que se los consideraba al servicio de la marina de guerra del gobierno durante la duración de la contienda o campaña.

Por lo general, los gobiernos eran los responsables de dotar a los barcos del armamento y las municiones de guerra necesarios y los que autorizaban el izamiento de las banderas oficiales que los identifi-

carían. Las presas y los bienes capturados eran entregados al finalizar la misión al gobierno representado por el tribunal de presas que realizaba la evaluación, remate público de los bienes capturados y el reparto de lo obtenido entre armadores, gobierno y tripulación según porcentajes prefijados.

No siempre los participantes de acontecimientos de nuestro pasado han dejado testimonio de los sucesos de los que fueron actores. En esta oportunidad analizaremos uno de estos casos.

En el Archivo General de la Nación se halla el informe elevado oportunamente por el comandante del corsario *General Brandsen* "del crucero llevado a cabo durante la guerra contra el Imperio de Brasil". Este comandante nos ha dejado una clara imagen de las luchas navales de su época.

El 5 de marzo de 1802 nacía en un hogar de marinos de Nueva York George Coleman De Kay quien, habiendo tenido la desgracia de la orfandad a temprana edad, fue criado y educado por diversos tutores (imagen 5). Su vocación náutica lo llevó a contrariar los deseos de sus educadores, que querían apartarlo de la tradición familiar, y se enroló como grumete en el navío norteamericano *Ajax*, dando comienzo así a una prolongada e intensa vida en el mar.

Su primer viaje en 1823 lo llevó a estar presente en el sitio francés realizado a la ciudad española de Tarragona y, más tarde, en el bombardeo de San Juan de Ulloa en el territorio mexicano. Reembarcado en la corbeta *General Brown* en calidad de segundo oficial, el destino lo llevó al puerto de El Callao, donde asistió a la defensa que de la fortaleza hacía el general José Rodil y Galloso, sitiado por las fuerzas americanas que daban así los últimos golpes al decaído virreinato del Perú. La captura y el embargo del navío en que navegaba a manos de las fuerzas realistas lo llevó a enrolarse como voluntario junto a los sitiadores, con los que compartió muchos meses de duros combates.

Retornó a su patria a través del istmo de Panamá, para luego embarcar en un navío inglés a bordo del cual, llegando a Jamaica, comenzó a padecer ataques de malaria, adquirida en su travesía a través de las infectadas selvas panameñas.

De regreso a su ciudad natal y recuperado de su afección, se le otorgó el alistamiento de una fragata construida por encargo del gobierno colombiano, que condujo hasta Cartagena. Su desempeño lo hizo merecedor de una comisión similar en la fragata *Colombia*, mandada a construir por el gobierno de Brasil, y en 1825 se dirigió con ella hacia Río de Janeiro.

Llevado a la presencia del emperador Pedro I, recibió un trato descortés hacia sí y hacia su patria, por lo que, profundamente ofen-

dido, se embarcó en una goleta inglesa que lo llevó hasta el puerto de Montevideo, desde donde, impedido su desembarco por el bloqueo brasileño en el estuario, se dirigió por tierra hacia Buenos Aires y su destino.

En Buenos Aires se puso en contacto con el almirante Guillermo Brown y ofreció sus servicios al gobierno nacional. Brown vio en él las condiciones necesarias para ponerlo al mando de un bergantín mercante de 220 toneladas, el *Sylph*. Este barco había sido comprado y armado por la firma Vicente Casares y Cía. para dedicarlo a la guerra de corso contra el Imperio de Brasil, y De Kay se comprometió a cumplir las "instrucciones reservadas" que el gobierno de las Provincias Unidas había emitido en enero de 1826 y que debían ser cumplimentadas por todos los corsarios.

En este documento, muy rico en cuanto a detalles marítimos e incluso políticos, se establecía:

> Se confiere el gobierno encargado del Poder Ejecutivo Nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata a. D... como armador de corsario nombrado... para hacer el corso contra el Imperio del Brasil.
>
> 1. Todo buque brasilero mercante o de guerra, será considerado como enemigo de esta República, por lo tanto podrá hostilizarlo, apresarlo o incendiarlo si fuese posible a menos que condujere a su bordo alguna persona de rango con carácter público del gobierno del Brasil en cuyo caso le permitirá libremente su viaje.
> 2. Si se trabase algún combate se tremolará el pabellón nacional de la República, Blanco y Celeste con un sol en el centro.
> 3. Deberá remitir diario exacto de sus operaciones siempre que hubiera proporción, al menos mensualmente, con las notificaciones que adquiera sobre el estado del enemigo, y cualquier otra que interesen llegar al conocimiento del gobierno de la República.
> 4. Si tuviere noticia que se dirige a estos puertos alguna expedición militar, dedicará su primera y principal atención en seguir sus aguas con el objeto de cortar transporte, apresar, incendiar o destruir cuantas embarcaciones le fuere posible del convoy enemigo, consagrando este servicio como el más interesante a la República a cuyo efecto se le recomienda la atención de los artículos 11, 12, 13 y 14 de la ordenanza de Corso de 15 de mayo de 1817.
> 5. Si la escuadra brasilera llegare a bloquear algún puerto del territorio de la República procurará hostilizarla cuanto le

permitan sus fuerzas, sin comprometer el pabellón nacional, con los demás corsarios según los medios permitidos por el derecho de guerra y represalias generales.

6. Considerará en estado de bloqueo todo puerto perteneciente al Imperio del Brasil, por consiguiente, los comestibles de cualquier especie que se conduzcan a ellos son géneros prohibidos, de los que previene la citada ordenanza.

7. Procurará siempre adquirir noticias ciertas del estado de las provincias pertenecientes al Imperio, las ideas y opiniones que en ellas hayan, el disgusto a su gobierno, los sujetos de juicio y carácter que se juzguen en ellas disgustados, cuyas exposiciones insertará en un cuadro reservado el que remitirá a éste Ministerio de Guerra y Marina en primera oportunidad.

8. Como debe considerarse principal objeto del corso del enunciado buque corsario, y de los demás de esta clase cruzar sobre los puertos donde se hallaren buques brasileros, toda vez que estuviere a la boca de alguno de ellos redoblará su vigilancia haciendo las preguntas correspondientes a los buques neutrales que entraren o salieren de ellos o con el decoro y circunspección propia de un oficial de la Marina de esta República, sin cometer la menor extorsión ni violar ninguna de las leyes establecidas entre las Naciones cultas, consultando en cualquiera duda a la citada ordenanza para que no se dé motivo de queja fundada por imprudencia del comandante.

9. Entonces si fuere posible averiguará valiéndose de los mismos buques para con alguna persona de confianza en el territorio del Brasil, averiguará su estado político, fuerzas de mar y tierra, y los proyectos que más se generalicen o desenvuelvan contra la República.

10. Por este si otro arbitrio procurará sacar los papeles públicos, enviándolos en primera oportunidad a este Ministerio.

11. El oficial primer comandante queda severamente responsable ante la República de la disciplina de sus subalternos en cualquier rango, del orden y economía del buque, del buen comportamiento con los prisioneros según sus clases, y de la generosa acogida a los extranjeros o súbditos del Brasil que quieran emigrar al territorio de estas provincias.

12. Siempre que en cualquiera altura encuentre algún buque neutral o amigo que se dirija a puerto de América, le entregará una copia del diario y demás noticias que se le han prevenido en estas instrucciones, recomendando a su capitán que a la llegada a su destino les dé pronta y segura dirección.

13. Se recomienda del modo más terminante a la prudencia y honor al Comandante y oficiales del expresado buque corsario el mayor pulso y delicadeza en el lleno de estas instrucciones, la mejor armonía con los bajeles de los poderes amigos o

> neutrales y cuanto sea conforme al derecho de guerra; sin perjuicio de las represalias, dejando siempre en opinión honrosa y decoroso al Gobierno de la República a cuyo fin se le encarga la puntual observancia de cuanto se previene en la Ordenanza de Corso que se le acompaña a que queda ligada en los términos que con esta fecha se ha pactado solemnemente con dicho Armador, según se registra en el despacho general de marina de este Apostadero.
>
> 14. Como el sistema del gabinete del Brasil en la presente guerra ni ha respetado ni respeta las propiedades de los súbditos de esa República, todas las de individuos de aquella Nación que se hallen a bordo de buques enemigos o neutrales mercantes, serán y deberán reputarse buena presa, previa la más detenida justificación, a cuyo fin será extraída, franqueándosele pro el apresador al Capitán Comandante del buque conductor, los documentos correspondientes expresivos de las especies y cantidades tomadas por dicha razón, siendo de la obligación del apresador transcribir a su diario esta ocurrencia, y dar cuenta al Gobierno o a sus cónsules donde los haya. Buenos Aires a cuatro días del mes de enero de 1826.

Rebautizada la nave *General Brandsen* con una tripulación de siete oficiales y ciento tres tripulantes y armada con cuatro carronadas de a 8 y dos de a 12 junto con dos cañones de a 12, el 24 de junio de 1827 zarpó el corsario George C. De Kay ostentando el grado de sargento mayor de marina otorgado por el gobierno de las Provincias Unidas. Contaba entonces veinticinco años. Puso proa hacia la ciudad de Colonia, enarbolando la bandera imperial para evadir el bloqueo brasileño, en procura de aguas abiertas.

Daba así comienzo a un viaje que dio origen a unos de los cruceros más exitosos llevados a cabo por las fuerzas navales del gobierno nacional.

Al día siguiente de su partida fueron avistados dos navíos enemigos de guerra, una goleta de tres palos llamada *Príncipe Imperial* y otro similar de dos cabos, que enarbolaban la bandera argentina. De Kay relata en su diario de abordo que, "estando todavía distantes, enarbolamos bandera de la patria, al mismo tiempo aproximándonos a ellos hasta llegar a tiro de cañón. Entonces comenzaron a abrir fuego izando la bandera del Brasil". El *General Brandsen* cambió también su bandera izando la enseña argentina y se aproximó hasta distancia de tiro de fusil. El combate comenzó a las 15.30.

La decidida acción del navío corsario produjo la huida de los barcos enemigos. De Kay refirió:

> Hice la tentativa de abordar al buque mayor pero no pude conseguirlo por ser el *Príncipe Imperial* más veloz. Dos veces después quise hacerlo habiendo silenciado el fuego enemigo, pero todo fue en vano. Entonces caímos sobre dicha goleta la que se rindió y enseguida nos dirigimos en busca de la goleta de tres palos, pero infructuosamente por sobrevenir la noche.

La presa obtenida era la *Isabella*, que estaba artillada con un cañón de a 24 y cuatro de a 12. Se hicieron de abundante munición de guerra, pólvora y fusiles. El diario de a bordo del corsario enumera también la captura de treinta y siete marineros brasileños junto con el comandante suizo y la oficialidad de origen francés.

La batalla librada contra fuerzas superiores da claro ejemplo de la audacia y habilidad de De Kay. Un fuerte temporal que persistió hasta el 4 de julio produjo la pérdida del navío capturado, que no pudo ser hallado al amainar.

Ese mismo día el *General Brandsen* halló una goleta de guerra que al ser cañoneada se alejó rumbo a la costa. A las 18 horas el navío argentino logró alcanzarla y comenzó el ataque que se prolongaría durante una hora, hasta cesar de hacer fuego al navío brasileño, que arrió su bandera. Las malas condiciones del tiempo impidieron acercarse al navío enemigo, que los corsarios consideraron que se hallaba encallado.

El temporal persistió por otras cuarenta y ocho horas, impidiendo la búsqueda del adversario que tampoco pudo ser hallado al mejorar el tiempo. Su desaparición fue tomada por toda la oficialidad corsaria como "que debía haberse hecho pedazos contra las piedras" y que "sería infructuosa nuestra vuelta en busca de la goleta y en un paraje tan sumamente peligroso".

En los días subsiguientes De Kay halló el navío de guerra *Beagle*, de bandera inglesa, al cual transbordó algunos prisioneros "haciéndolos primeramente obligado por escrito y bajo palabra de honor a no volver a tomar armas en la escuadra imperial durante la actual guerra".

Durante treinta y cinco días de navegación logró capturar algunos barcos mercantes brasileños cuya artillería arrojó al mar, arribando el 11 de agosto a las islas Abullos, Filipinas. En esas aguas avistaron dos bergantines, cada uno de catorce cañones, que escoltaban un mercante navegando en línea. El primer barco adversario era el bergantín de guerra *Flor de verdad*, seguido por el *Princesa*. El mercante resultó ser el *Aurora*. Nuevamente, a pesar de la superioridad enemiga, De Kay se lanzó al combate.

Hacia las 16 horas, alcanzado el enemigo, éste izó la bandera del Imperio. El *General Brandsen* respondió haciendo lo propio con la bandera "de la patria". En su parte de guerra el corsario relata:

> Luego de haber recibido varios cañonazos [...] a combatirme con el bergantín *Flor de verdad* a las 4 y 45 minutos y bien pronto quiso huirse, entonces me dirigí aprontando todo para ir al abordaje, pero antes de efectuado le descargué una batería entera que hizo tan terribles estragos que al instante el bergantín arrió su bandera.

Los daños producidos hacían pensar que no podría huir, por lo que decidió desistir del abordaje y dirigió su proa hacia el primer bergantín que mientras tanto se había alejado. Continúa el diario de abordo refiriendo que "en hora y diez minutos lo alcancé, entonces arreó la bandera y tomé posesión". Mientras esto sucedía, el *Princesa* "logró componer sus daños y se hizo la vela [...] siendo ya obscuro fui en persecución del bergantín pero no obstante que continúa en campaña con la *Flor de verdad* hasta el otro día no volví a verlo. El buque mercante se escapó durante la acción". El parte del combate describe las características de los navíos brasileños y da cuenta de la captura de sesenta y dos prisioneros. Brinda el nombre de tres heridos entre la tripulación corsaria, dos de ellos graves.

El 18 de agosto el *General Brandsen* entró al puerto de Camomú, Brasil, destruyendo previamente la batería de cinco piezas que lo protegía y procediendo luego a reabastecerse de agua y reparar algunos de los daños sufridos en el combate. El comandante corsario abonó a los pobladores los abastecimientos obtenidos en un gesto no habitual, expresando que "esta línea de conducta redundaría en honor a la causa de la patria".

En conocimiento de que dos navíos de guerra habían salido de Bahía en su persecución, el barco patriota se alejó de las costas de Brasil poniendo proa al norte y en su derrotero apresó algunos buques mercantes cuya artillería arrojó al mar.

Por la escasez de víveres, el comandante corsario desembarcó en el puerto que había dejado atrás y envió a tierra algunos de sus prisioneros, que no tardaron en advertir al gobierno imperial de la peligrosidad de De Kay. A la vista de Pernambuco salió al encuentro del *General Brandsen* el bergantín de guerra *Cacique*, de dieciocho cañones, que fue identificado por los prisioneros que aún se hallaban a bordo del navío argentino.

La situación de De Kay distaba mucho de ser satisfactoria, como el mismo señalaba: "Aunque ya no tenía oficiales ninguno y solamente cuarenta y cinco hombres, emprendí el combate". El bergantín brasileño se dirigió hacia la zumaca *Valeroso*, una de las piezas obtenidas por De Kay, y logró liberarla.

El *General Brandsen* envío por señales las palabras "muerte o gloria" y atacó al barco brasileño. Fue recibido con una descarga de bala y metralla que no le ocasionó daños significativos, disparando el corsario a su vez su artillería. Al intentar abordarlo, el *Cacique* viró descargando su otra batería, lo que no impidió que fuese enganchado por su adversario. Relata De Kay estos sucesos:

> Viendo que al número de su gente era demasiado para poder abordarle, tuve que valerme de la mosquetería, con la que en media hora logré hacer tanto destrozo que el enemigo tuvo que abandonar la popa de su buque dejándola cubierta de muertos.

La resistencia opuesta por la tripulación del *Cacique* no sólo no cedió, sino que llevó a cabo un intento de abordaje al *General Brandsen* que fue rechazado. Tres intentos de abordaje más, ahora por parte de los corsarios, fueron a su vez rechazados por los tripulantes del navío brasileño, en su mayoría alemanes. Viendo que el caos reinaba entre la tripulación adversaria, De Kay junto con el carpintero de a bordo saltó a la cubierta enemiga exigiendo y obteniendo la rendición del capitán adversario. Diez hombres se unieron al comandante corsario y avanzaron hacia la proa enemiga, donde aún se les hacia fuego a pesar de haberse arriado la bandera imperial. Finalmente, "asegurado el capitán y sus oficiales de encima de la cubierta no hallé más de 7 muertos pero me dijeron que habían echado cuatro al agua antes de concluirse el combate. Aseguré a los prisioneros así como los oficiales y sus sirvientes y mandé seguir a la zumaca, no pudiendo hacerlo en el *Cacique* por tener el palo dañado". De Kay resultó herido en la lucha, y así lo refiere: "Empecé a sentir mis heridas y la pérdida de sangre; ya no me quedaban fuerzas y me envolvieron en la bandera del *Cacique* y me llevaron a la cámara".

El diario de a bordo nos ha dejado una precisa descripción del bergantín que tan duramente había combatido, dando cuenta de que había estado tripulado por 122 hombres y artillado con 18 cañones, 16 carronadas, 2 de hierro de a 24, y 2 cañones largos de bronce de a 12. También menciona el parte médico, firmado por el ciruja-

no Juan Casbell, de los heridos a bordo del *General Brandsen*: dio cuenta de dos contusos, dos cuyas heridas obligaron a ser amputados, cinco heridos por arma de fuego y metralla e igual número de heridos por arma blanca. El comandante corsario se hallaba "herido malamente en las espaldas con metralla, bala de fusil en el scrotum, sablazo en el pie y bala de pistola en la pierna".

La persecución de la zumaca había continuado mientras tanto sin poder evitar que entrara al puerto de Pernambuco, donde frente a la amenaza de ser atacada aceptó salir de su refugio y se rindió, pasando nuevamente a ser presa del corsario.

Durante la noche el *General Brandsen* navegaba junto con sus presas cuando el palo del *Cacique* cayó arrastrando parte de la arboladura y un bote. Este percance y el estado de los barcos obligaron a enfilar hacia las Antillas británicas.

El 16 de septiembre se produjo un motín a bordo del bergantín *Cacique* entre los miembros de la tripulación de presa, pero fue reprimido con dureza por el cabo de presa Juan Garay. Con sólo veinticinco tripulantes y custodiando ciento once prisioneros, De Kay llevó a cabo una investigación sobre los sucesos y llegó a la conclusión de que la conducta manifestada en la represión había sido la correcta, así como justificada la muerte de dos de los cabecillas.

Pero un nuevo episodio alteraría el viaje del corsario:

> En la tarde del mismo día gritaron a bordo del *Cacique* que el cabo de presa se ahogaba, mandé mi bote, viendo yo algunos hombres en la mar viré y los recogí.
>
> Volviéndose el bote me doy cuenta que el cabo de presa había muerto a quince hombres prisioneros y que en el acto había caído el agua, esta relación fue confirmada por las declaraciones de todos los que se hallaban a bordo con presencia del antiguo comandante del *Cacique*, los originales firmados por él.

Con las tripulaciones a media ración de agua y alimentos, llegaron finalmente los barcos de De Kay a la isla inglesa de Barbados, donde obtuvo las vituallas que buscaba para dirigirse hacia la isla sueca de San Bartolomé. Allí procedió a pagar de su bolsillo las reparaciones que sus barcos tanto necesitaban.

Continuó su viaje hacia Estados Unidos donde logró finalizar el reabastecimiento para dirigirse luego a las islas Canarias y del Cabo Verde. Exitosamente capturó tres mercantes artillados, retuvo doce piezas de artillería a bordo del *General Brandsen* y arrojó el resto al mar, para seguir luego viaje hacia las costas de Brasil.

En las cercanías de Bahía, capturó al bergantín *El príncipe*, de diez cañones. La nueva presa fue puesta al mando del segundo de a bordo con órdenes de dirigirse hacia Buenos Aires si se diese al caso de separarse del *General Brandsen*, hecho que ocurrió el 4 de mayo por el mal tiempo reinante.

Ya con destino hacia el Río de la Plata y llegando a la entrada de Santa Catalina, halló un navío de guerra inglés que le advirtió de la cercanía de la corbeta brasileña *Isabella*. Pero, escaso de víveres y de agua, no pudo salir en su búsqueda; por ello, los corsarios debieron continuar su marcha rumbo al sur.

Frente a Montevideo, a la altura del banco de arena llamado "Inglés", el primer teniente Guillermo Cunningham fue puesto al mando del *Cacique*. Con una tripulación de cuarenta y cinco hombres se separó del *General Brandsen* y se dirigió hacia el puerto de Carmen de Patagones. Quedaba ahora para el *General Brandsen* la difícil y peligrosa empresa de atravesar el cerco que la Marina imperial imponía al puerto de Buenos Aires.

Durante la noche del 13 de mayo su presencia fue descubierta por la numerosa flota brasileña: "Trece de los buques enemigos me rodearon: levanté el ancla y quise pasar. Habiendo poco tiempo, los enemigos quedaron inmediatos y persiguiéndome". A las ocho de la mañana fue alcanzado por el bergantín *Nieger*, de once cañones, y una goleta. Dio comienzo así un nuevo combate contra fuerzas superiores, a pesar de lo cual la decisión y el arrojo de De Kay y su tripulación dieron sus frutos:

> Y logré hacer al *Nieger* arriar su bandera, habiéndole muerto 35 hombres y el segundo comandante perdido el brazo [en realidad era el comandante Norton]. No pude posesionarme del *Nieger* por los muchos buques enemigos que se aproximaron.

El corsario argentino advirtió el peligro que lo amenazaba y, viendo fracasado el intento de llegar a Buenos Aires, puso proa hacia la ensenada de Barragán en búsqueda de la protección que le otorgarían las tres bocas de fuego de a 24 de la batería *Bravo Almirante Brown* "que la guarnecía, a pesar de desconocer las características de sus aguas". Como confirma en su diario:

> Aunque jamás había estado hice el atentado de entrar; no obstante el estar combatiéndome 13 enemigos y hallándose el velamen y cabuyería de mi buque en el peor estado. Tal era la condición en que se hallaba que no pude maniobrar mi vajel y vare.

Además de los daños relatados, la falta de proyectiles había obligado a los corsarios a partir la cadena para hacer metralla.

La batería se hallaba al mando de Ignacio Anazza, quien en su informe oficial a la Comandancia General de Marina ha dejado un fiel relato de los sucesos:

> A las seis de la mañana se divisó frente al Palo Blanco del Monte Santiago un bergantín con bandera de la patria perseguido por tres goletas enemigas, el bergantín *Nieger* se vino encima del patriota. El combate duró tres horas pues los dos buques vinieron a tiro de cañón de la batería *Bravo Almirante Brown* donde se hallaba varado el bergantín *Brandsen*, cuyos disparos produjeron graves daños a los atacantes.

Los fuegos de la batería fueron tan efectivos, que los enemigos debieron retirarse con importantes daños. Con ocho muertos a bordo, varado y ya casi sin municiones, el navío corsario fue atacado nuevamente en esta oportunidad por una corbeta, dos bergantines y cuatro goletas. Frente a la imposibilidad de continuar la lucha, De Kay dio orden de abandonar el barco, cosa que hizo toda la tripulación. Quedaron a bordo sólo los prisioneros.

Mientras sus órdenes eran obedecidas, se dirigió hacía el interior del navío donde procedió a disparar un cañonazo en el fondo de bergantín, abriéndole una importante brecha en el casco. De este modo impido así su captura por el enemigo.

Como hemos dicho, las bajas fatales del navío patriota fueron ocho y los heridos, doce; según relato de los adversarios, ellos habían tenido ciento veinte hombres fuera de combate.

En horas de la noche los brasileños abordaron los restos del solitario bergantín e intentaron remolcarlo, pero todo esfuerzo fue inútil; el importante daño producido por el último disparo de De Kay tornó vanos todos los intentos y debieron conformarse con incendiarlo.

La tripulación corsaria fue acogida por los pobladores de la punta de Lara, que se afanaron para asistirlos.

Daba así fin la campaña del corsario argentino *General Brandsen*. En reconocimiento por las acciones llevadas a cabo por De Kay le fue otorgado el grado de teniente coronel graduado.

Justo es transcribir las palabras finales del informe que el corsario elevó al gobierno de la patria:

> El crucero que hemos hecho [...] en el término de un año (aunque sin provecho ninguno, al contrario con pérdida de dinero, tanto a nosotros como a los armadores) hemos logrado

> hacer perjuicios enormes a la causa enemiga. Tomándole 130 piezas de artillería, 5.000 fusiles, muchos sables y demás pertrechos de guerra.

La actividad de los corsarios que atacaron el gobierno del Imperio de Brasil fue intensa y produjo a éste graves pérdidas.

El periódico inglés *The British Packet*, vidriera de la actividad naval de la época, informaba a sus lectores en 1827 que más de mil hombres navegaban bajo la bandera argentina y que sus acciones habían producido graves quebrantos a la economía imperial.

En total, se estima en más de 20 millones de pesos las pérdidas ocasionadas en mercaderías y barcos mercantes, a los que se debería agregar la captura o destrucción de unos cincuenta navíos de guerra de diferentes tonelajes.

Finalizada la guerra contra el Imperio de Brasil, De Kay solicitó y obtuvo una licencia por dos años. Se dirigió hacia el Mediterráneo con el fin de enrolarse para combatir en la flota aliada anglo-franco-rusa, que luchaba en 1827 por la independencia de Grecia contra el imperio turco.

En 1830 regresó a su patria, donde revalidó su grado y contrajo enlace. Pero su carrera no estaba terminada, pues aún llevaría a cabo otra misión.

El desastre de la gran hambruna que asoló Irlanda a partir de 1840 ocasionó la muerte por hambre de 1.500.000 personas y el éxodo, verdadera diáspora, de otros tantos. Estos sucesos tuvieron honda repercusión en todo el mundo. Así varios países, instituciones privadas y numerosos particulares reunieron fondos para intentar paliar la agonía de los irlandeses.

En 1847 el por entonces comodoro De Kay obtuvo en préstamo del Congreso de Estados Unidos, en guerra con México, la fragata *Macedonian*, de 44 cañones y 220 hombres de tripulación, a la cual avitualló y fletó de su propio bolsillo, haciéndose también cargo de los salarios de los tripulantes.

Con el apoyo de los habitantes de Boston, Nueva York y la Corporación de Nueva Jersey, embarcó granos por valor de 60.000 dólares con destino a la desgraciada Irlanda. Viajó junto con su esposa y, luego de veintisiete días de navegación, arribó a Cove con su humanitaria carga el 16 de julio de 1847.

Dos años más tarde, a los cuarenta y siete años, falleció en la ciudad de Washington. Dejó a su mujer y sus siete hijos en situación tan precaria que la viuda, invocando los servicios prestados, solicitó la ayuda del gobierno argentino.

Teodoro Caillet-Bois en su obra *Historia naval argentina* hace saber que el pedido fue en vano. Ruin comportamiento para la memoria del comodoro George De- Kay, que supo poner su vida y sus bienes al servicio de la patria.

Bibliografía

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, Diario de Navegación del Bergantín *General Brandsen* 1827-1828, S-7 c. 1-A.4, Nº 27.

BALDRICH, Amadeo, *Historia de la guerra del Brasil*, Buenos Aires, Imprenta La Harlem, 1905.

CAILLET-BOIS, Teodoro, *Los marinos durante la dictadura 1841-1851*, Buenos Aires Aires, 1935.

–, *Historia naval argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1944.

CARRANZA, J. Ángel, *Campañas navales de la República Argentina*, Buenos Aires, Ministerio de Marina, 1914.

DE MARCO, Miguel A., *Corsarios argentinos*, Buenos Aires, Planeta, 2002.

RATTO, Héctor, *Hombres de mar en la historia argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1938.

YABEN, Jacinto, *Biografías argentinas y sudamericanas*, Buenos Aires, Metrópolis, 1939.

[illegible]

La actividad de los corsarios que atacaron el gobierno del Imperio de Brasil fue intensa y produjo a éste graves pérdidas.

El periódico inglés *The British Packet*, vidriera de [illegible] naval de la época, informaba a sus lectores en 1827 que más de mil [illegible] y que sus [illegible] habían producido graves quebrantos a la economía imperial.

En total, se estima en más de 20 millones de [illegible] ocasionadas en mercaderías y barcos mercantes, a lo que se debería agregar la captura o destrucción de unos cincuenta [illegible] de diferentes tonelajes.

[illegible] y obtuvo una licencia por dos años [illegible] imperio turco.

En 1830 regresó a su patria, donde [illegible] y contrajo enlace. Pero su carrera no estaba terminada, pues aún llevaría a cabo otra misión.

El desastre de la gran hambruna que asoló Irlanda a partir de 1840 ocasionó la muerte por hambre de 1.500.000 personas y el éxodo, verdadera diáspora, de otros tantos. Estos sucesos tuvieron honda repercusión en todo el mundo. Así varios países, instituciones privadas y numerosos particulares reunieron fondos para intentar paliar la miseria de los irlandeses.

En 1847 el por entonces comodoro De Kay obtuvo en préstamo del Congreso de Estados Unidos, en guerra con México, la fragata *Macedonian*, de 44 cañones y 220 hombres de tripulación, a la cual avitualló y fletó de su propio bolsillo, haciéndose también cargo de los salarios de los tripulantes.

Con el apoyo de los habitantes de Boston, Nueva York y la Corporación de Nueva Jersey, embarcó granos por valor de 60.000 dólares con destino a la desgraciada Irlanda. Viajó junto con su esposa y, luego de veintisiete días de navegación, arribó a Cove con su humanitaria carga el 16 de julio de 1847.

Dos años más tarde, a los cuarenta y siete años, falleció en la ciudad de Washington. Dejó a su mujer y sus siete hijos en situación tan precaria que la viuda, invocando los servicios prestados, solicitó la ayuda del gobierno argentino.

Apostillas sobre el combate de Vuelta de Obligado

Aprestos y necesidades antes y después de la batalla

El general Lucio Norberto Mansilla, nombrado por Juan Manuel de Rosas a cargo accidentalmente de las fuerzas de la División Norte, mandó organizar sus tropas desde el campamento de la costa en la Vuelta de Obligado (imagen 6).

El combate contra la flota anglo-francesa se desarrolló el 20 de noviembre de 1845 y su resultado fue adverso a los argentinos, si bien la campaña no terminó allí. El general Mansilla continuó persiguiendo por la costa a los buques enemigos a la ida y a la vuelta por el Paraná, sufriendo los invasores la derrota de la Punta del Quebracho, lugar costero a la altura de Santa Fe, verdadero hito de la soberanía, donde se hundieron varios buques enemigos.

La consecuencia de esta batalla y la persecución de Mansilla a los invasores determinaron que se firmara el tratado de paz por el cual Inglaterra y Francia terminaron devolviendo los buques argentinos capturados, desagraviaron la bandera nacional en el puerto de Buenos Aires y reconocieron que los ríos interiores no podían navegarse sin el permiso correspondiente de la Confederación.

Cartas desconocidas referentes a este hecho de armas y que hemos tenido la oportunidad de estudiar detenidamente remiten a los antecedentes del conflicto y a las necesidades de las tropas acantonadas en los lugares elegidos primero por Mansilla para acampar. Es de hacer notar que las cartas que Mansilla remitía y recibía meses antes del combate a los efectos de preparar su ejército para el enfrentamiento con el enemigo demuestran su profesionalidad como jefe y la minuciosidad del trabajo que realizó, más allá del aspecto

burocrático que puede desprenderse de algunas de ellas. También hay cartas y notas que refieren a las necesidades posteriores al combate.

Una misiva que el capitán Juan José Obligado remitió al juez de paz de San Nicolás de los Arroyos, Manuel José Vita, fechada el 15 de julio de 1845, dice: "Por expresa resolución del Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia Brigadier Don Juan Manuel de Rosas, reconocerá Ud. y hará conocer en su distrito por Comandante Accidental en Jefe de este departamento al Señor Gral. Don Lucio Mancilla [sic], a quien en lo sucesivo se dirigirá Ud. como si tal Comandante Accidental de este Departamento. Dios Guarde a Ud. muchos años. Juan José Obligado". Éste es el informe de la designación de Mansilla como comandante de la División Norte del Ejército Federal en Obligado.

Otra misiva, firmada el 4 de agosto de 1845 por el coronel Juan Antonio Garretón en Tonelero, dice que la milicia activa del partido se encuentre lista por si fuera necesario "su uso en defensa de la Libertad, la Independencia que la Confederación Argentina sostendrá con todo su poder tanto de los traidores y Salvages Unitarios, sus más encarnizados enemigos, como de cualesquiera que osase profanar nuestras tierras y esclavizarnos".

Las cartas de Mansilla y sus oficiales referidas a la manutención del ejército son numerosas (más de ochenta misivas). Las sintetizamos a continuación en forma cronológica:

17 de julio de 1845. San Nicolás. Carta dirigida al juez de paz de San Nicolás donde se le informa que ha nombrado "al coronel Juan Antonio Garretón, jefe del Detalle en la División" y que se ha comenzado a organizar el campamento del Tonelero.

24 de julio de 1845. Tonelero. Carta al juez de paz de San Nicolás solicitando yunta de yeguas para el consumo de la División.

4 de agosto de 1845. Tonelero. Nota firmada por Garretón, por indicación de Mansilla, solicitando "dos arrobas de estopa y los fierros necesarios para un sepo [sic] de cuyas dimensiones ya nos vamos encargando el Capitán Don Juan de Dios Silva".

18 de agosto de 1845. Dirigida al juez de paz de San Nicolás por orden de Mansilla, solicitando "seis pares de tijeras como para cortar el pelo, igual número de peines batidores, y que haciéndolos buscar tenga todo pronto, para remitir cuando se le presentará

recibirlos, los peluqueros y barberos que se han pedido al Comandante Militar".

24 de agosto de 1845. Baterías costa del Paraná. Carta de Mansilla al juez de paz de San Nicolás solicitando "urgente la remisión de la fragua y el herrero que se le tiene pedido".

25 de agosto de 1845. Baterías costa del Paraná. Mansilla acepta la nota del juez en que se exponen las razones de la tardanza respecto del "herrero, fragua y demás útiles".

31 de agosto de 1845. Baterías costa del Paraná. Carta dirigida al juez de paz de San Nicolás con relación a la reorganización del Regimiento N° 4 disponiendo que el batallón 3° de ese Regimiento "queda a disposición de Ud., por ahora, para poder ocupar en todos los casos que le sean necesarios al Servicio Público" y órdenes para poder actuar este tercer escuadrón cuando se lo necesite.

4 de septiembre de 1845. Baterías del Paraná. Nota firmada por José Salvatierra donde se hace "relación de los útiles de hospital que se precisan para la atención de los enfermos: 1 olla de fierro para 20 hombres, 4 escupideras de lata, 2 palanganas, l piezas de liencillo, 6 jarros de lata, 6 plato medianos. 2 ollas chicas de fierro, 2 pavas regulares. No se incluyen Las medicinas por no saber las que puedan proporcionarme en San Nicolás".

14 de septiembre de 1845. Baterías en la costa del Paraná. Carta al juez de paz de San Nicolás. Mansilla dice en esta carta que todavía no se han completado los ciento cincuenta hombres "que le cupieron al partido del cargo de Ud. en el contingente para la organización de la División en el Tonelero" y que verifique esto.

14 de septiembre de 1845. Baterías en la costa del Paraná. Nota dirigida al juez de paz de San Nicolás Mansilla solicitando cuarenta pipas.

15 de septiembre de 1845. Baterías en la costa del Paraná. Nota al juez de paz de San Nicolás solicitando "doce tacuaras".

24 de septiembre de 1845. Baterías Vuelta de Obligado. Carta al juez de paz de San Nicolás notificándolo del nombramiento del alférez Luis Cáceres "para que al cargo de una partida fuerte, recorra y

vijile [sic] todo el territorio que le corresponde, y que pueda llevar los deberes detallados en las instrucciones que se les dan".

4 de octubre de 1845. Tonelero. Carta dirigida al juez de paz de San Nicolás a los efectos de que ponga a disposición del juez de paz de Arrecifes de ocho a diez carretas con sus peones y boyada "para conducir armamento y vestuario a este punto, siendo prevención que las carretas sean toldadas.

6 de octubre de 1845. Tonelero. Nota al juez de paz de San Nicolás para que se le remita "una carretilla de caballos en buen estado, para conducir un armamento a los soldados".

15 de octubre de 1845. Tonelero. Nota al juez de San Nicolás ordenando que no bien reciba esa comunicación "saldrá Ud. personalmente a colectar todos los caballos de ese vecindario y jurisdicción, que se hallen en estado de servicio, y dirigirlos sobre la costa del Arroyo del Medio para juntarlos en la posta de don Prudencio González".

16 de octubre de 1845. Tonelero. Nota al juez de paz de San Nicolás dándole órdenes de cómo remitir casi doscientos caballos y los correspondientes arreadores.

26 de octubre de 1845. Baterías Vuelta de Obligado. Nombramiento del ciudadano federal Felipe Botell como ayudante de órdenes de Mansilla.

26 de octubre de 1845. Baterías Vuelta de Obligado. Nota al juez de paz con órdenes para remisión de la madera solicitada en carretas al campamento en las bajadas al mando de Juan Antonio Garretón.

7 de noviembre de 1845. Baterías Vuelta de Obligado. Carta de Felipe Botell al juez de paz de San Nicolás informando que ha habido dificultadas para nombrar a cuatro postulantes para el servicio de posta (dos milicianos y dos muchachos). Por lo tanto el comandante ordenó que se le diga a Simón Sánchez "que si tiene el dicho Sánchez el correspondiente despacho de estas suministrando material de correos, se le reconozca para tal maestro de posta y se le faciliten los postillones conforme está prevenido".

17 de noviembre de 1845. San Nicolás. Carta de Obligado al juez de paz de San Nicolás.

Le pide para su comandancia "los siguientes artículos que son de urgente necesidad su remisión. 4 palas, 6 achas encabadas, 2 arados, 2 serruchos de trosar, 1 hoja de sierra de seis pulgadas, ½ docena de limas, ½ docena de media caña para afilar, 2 anchas".

Después del combate:

21 de noviembre de 1845. San Nicolás. Carta de Obligado al juez de paz diciendo: "Se han preciso que repita Ud. las órdenes convenientes a los alcaldes y tenientes de campaña para que vigilen y celen que los individuos dispersos de las Baterías en la Vuelta de Obligado sean remitidos a esta Comandancia con las armas y municiones que se encontrasen del mismo modo con los de igual clase que no se hubiesen presentado en esta Comandancia y existiesen en esta ciudad".

22 de noviembre de 1845. San Nicolás. Carta de Obligado al juez de paz de San Nicolás solicitando para el servicio del hospital de oficiales y soldados enfermos y heridos pertenecientes a la fuerza al mando del comandante accidental en jefe del departamento, Lucio Mansilla, los artículos siguientes: "Una acha [sic], dos calderos, dos ollas usadas, seis candeleros de lata, una soga y balde, media docena tazas de loza para caldo, una docena tazas de lata para caldo, una docena platos del hondos de lata, dos fuentes de lata, una pieza liencillo para vendar, una arroba de arroz".

22 de noviembre de 1845. Pergamino. Carta de Lorenzo Amor al juez de paz de San Nicolás: "El que suscribe se dirige a Ud. a fin de tener en conocimiento de saber lo ocurrido de nuestro ejército y Confederados Patriotas pues estoy deseoso de adquirir algunas noticias para mi gobierno así es que se estimase a Ud. me instruye de cuanto Ud. sepa respecto a lo sucedido de nuestros fieles soldados, y nuestro digo General. Igualmente aviso a Ud. que se me han presentado varios individuos dispersos algunos armados".

27 de noviembre de 1845. San Nicolás. Carta de Mansilla al juez de paz de San Nicolás informándole: "Los vecinos de ese pueblo Don José Sánchez y Don Marcelo Olmos son encargados del cuidado del Hospital Militar, en que se hallan actualmente los beneméritos heridos de la jornada del día 20 de este y a los mencionados vecinos se servirá entregar lo que este generoso vecindario ha donado par la asistencia de los denodados soldados, que sosteniendo los derechos de la Patria han recibido gloriosas heridas".

18 de moviembre de 1845. San Nicolás. Carta de Obligado al juez de paz interino Teodoro Basaldúa, solicitando una cerradura de puerta de una mano "para servicio del Cuartel que fue de Defensores".

10 de diciembre de 1845. Tonelero. Carta de Mansilla al juez de paz de San Nicolás. Se solicitan "a la mayor brevedad, seis masos de hilo de acarreo del mas olgado que encuentre en ese punto" [sic].

12 de diciembre de 1845. San Nicolás. Carta de Francisco Crespo al juez de paz interino de San Nicolás. Solicita Crespo por orden de Mansilla "varios artículos de medicina, y como para el completo a su pedido, faltan dos votellas de alcohol y cuatro barqueros. Los que no hay en el Botiquín del estado, Ud. se servirá proporcionarlos a la posible brevedad".

13 de diciembre de 1845. San Nicolás. Nota de Francisco Crespo al juez de paz interino. Dice la nota que, por necesidad del herrero, se le hace saber proporcione lo más pronto posible "dos docenas de limas surtidas para atender a la recomposición de las Armas del Estado".

15 de diciembre de 1845. Tonelero. Carta de Mansilla al juez de paz de San Nicolás: "Remitirá Ud. a este campo seis docenas de frenos ordinarios, seis docenas de estribos de hierro, seis libras de hilo de acarreto para coser velas, una docena de ahujas mitad de coser velas y mitad de relingar, y media libra de hilo de sastre de cualquier color".

17 de diciembre de 1845. San Nicolás. Carta de Francisco Crespo al juez sustituto. Se encontró necesitado de "ocho cuernos de carnero para el repuesto de la pólvora, y alguna tinta de escribir para el Servicio de Oficina de esta Comandancia".

21 de diciembre de 1845. San Nicolás. Carta de Francisco Crespo al juez de paz Basaldúa: "Con motivo de haber fallecido, después de una larga enfermedad, la respetable señora Doña Agustina López de Osornio de Rosas, digna Madre de s.e. el Exmo. Señor Gobernador y Cap. Gral. de la Prov. Brigadier Don Juan Manuel de Rosas y siendo justo tributar en homenaje de profundo pesar por la pérdida de tan virtuosa matrona, Ud. se servirá invitar a todos los ciudadanos de esta ciudad para que desde este día usen en el brazo izquierdo el luto de costumbre".

22 de diciembre de 1845. Tonelero. Nota de Lucio Mansilla al juez de paz de San Nicolás Solicita la remisión "a este campo, cinco docenas de argollas de fierro para cinchas".

26 de diciembre de 1845. San Nicolás. Nota de Francisco Crespo al juez de paz Basaldúa, solicitando "varios útiles que se necesitan para la construcción y montaje de cañones, objeto a que Ud. los proporcione a la posible brevedad".

26 de diciembre de 1845. San Nicolás. Nota de Francisco Crespo al juez de paz Basaldúa: "Necesitando a la posible brevedad dos pernos para el servicio de la Artillería Volante al mando del Teniente Don Álvaro José Alzogaray, el infrascrito le avisa a Ud. para que los proporcione".

29 de diciembre de 1845. San Nicolás. Carta de Francisco Crespo al juez de paz Basaldúa: "Siendo preciso pintarse y repararse las cureñas y el armazón de la Artillería Volante al mando del Teniente Alzogaray, se necesitan para estos un cuñete, pintura colorada, medio litro blanca, una libra de pintura negra, cuatro galones aceyte linasa, y un litro agua ras como igualmente cuatro varas de lona gruesa, y una libra tachuelas de tres cuartos de pulgada. Lo que se le avisa a Ud. para que lo proporciones a la posible brevedad. Como igualmente dos pinceles".

30 de diciembre de 1845. San Nicolás. Nota de Francisco Crespo al juez de paz Basaldúa. Solicita "dos formones, uno grande y otro chico, una achuela, una garlopa, dos barrenas, un compás, un martillo, seis libras clavos de dos pulgadas, cuatro más, mas grandes, una regla".

30 de diciembre de 1845. San Nicolás. Nota de Francisco Crespo al juez de paz Basaldúa: "Necesitándose para el servicio de la Artillería Volante diez varas lanilla para cartuchos, doce ovillos hilo de sastre para cocerlos y un madejón hilo de a carrete para atarlos, el infrascrito le avisa a Ud,. para que a la posible brevedad proporcione dichos artículos".

Los cañones de Obligado

En nuestras investigaciones recientes sobre la campaña del Paraná, que comprendió las batallas de Vuelta de Obligado y Punta del Quebracho, y los combates de San Lorenzo, Tonelero y otro menor,

Acevedo, encontramos tres cañones, verdaderas reliquias históricas, que estuvieron en la mencionada batalla de Obligado, el 20 de noviembre de 1845. Hoy dos de ellos se encuentran exhibidos en el portal de entrada del Museo del Ejército Argentino de Ciudadela, y el otro en el Complejo Histórico y Museográfico "Enrique Udaondo" de Luján, ambos repositorios ubicados en la provincia de Buenos Aires (imágenes 7, 8 y 9).

Los custodiados en el Museo del Ejército son dos cañones españoles que estuvieron en febrero de 1812 en las baterías Libertad e Independencia, ubicadas en el río Paraná a la altura de Rosario, aproximadamente donde hoy se encuentra el Monumento Nacional a la Bandera, cuando el general Manuel Belgrano procedió a la jura de nuestra enseña frente a sus tropas. Así se explica en el cartel del museo que los exhibe en forma conjunta.

Son de bronce, se encuentran en perfecto estado de conservación y fueron fabricados en la Real Fábrica de Artillería de Sevilla a fines del siglo XIX. Ostentan grabados, como todos los cañones españoles de la época, además de los datos pertinentes, un nombre que la Real Fábrica le atribuía a cada cañón, en este caso el Avisador y el Egipcio.

Cañones de manufactura española similares se encuentran en la plaza frente al Monumento a la Bandera en Rosario. Tienen también nombre grabado, pero son imposibles de relacionar con otros hechos históricos, dada la falta de documentación fehaciente.

En Obligado, es conocido que el general Lucio Mansilla, jefe de la División Norte, emplazó su artillería que dividió en cuatro baterías dispuestas de sur a norte. La primera, a la que se llamó Restaurador Rosas, se componía de dos cañones de a 24 y cuatro de a 16, se encontraba ubicada en lo alto de la barranca y era comandada por el sargento mayor de Marina Álvaro Alzogaray. Las cuatro baterías se habían colocado allí, entre otras medidas defensivas, para hacer frente a la flota anglo-francesa, invasora del río Paraná y, en consecuencia, del territorio de la Confederación Argentina.

En sus memorias de Obligado, Alzogaray escribió años después: "Disparé mis últimos cartuchos con mi cañón el Egipcio". Esto reafirma el hecho de que los cañones de a 24 y sus nombres, en particular el Egipcio, son los protagonistas de la última y heroica defensa de Obligado.

Es indudable que estos cañones, tomados a los españoles en algún momento de la guerra de la independencia, recorrieron el Paraná en los diversos movimientos de tropas que se hicieron allí. Por ello constituyen un elemento histórico y, por la solidez de su estructura, superaron el paso del tiempo. Las memorias de Alzogaray terminan

por confirmar su vigencia en la batalla de Vuelta de Obligado; si no hubiera mencionado el nombre del cañón, hubiera sido casi imposible su reconocimiento.

Lo único que puede recabarse en el museo donde están depositados hoy los dos cañones españoles es que fueron remitidos allí desde la Dirección de Arsenales del Ejército, aunque aparentemente no existe ningún otro documento que pueda avalar lo que afirmamos.

El otro cañón, que se encuentra en el Museo Histórico de Luján, fue donado por la señora Elvira Soto de Castro. Fue encontrado, de acuerdo con lo manifestado en el legajo respectivo que hemos podido analizar, en campos cercanos al lugar "llamado Vuelta de Obligado".

Es un cañón de *avant-carga*, de 14 mm, pesa 500 kilos y tiene una longitud de 1,85 metros. Fue remitido al Museo de Luján en 1927, con cinco proyectiles y una nota. En la nota se manifestaba que el cañón había sido guardado durante años en la estancia del ex gobernador de la provincia Emilio Castro, en el cuartel 8° del partido de San Pedro, partido por otra parte al que pertenece Obligado.

Bibliografía

ARCHIVO DE SAN NICOLÁS, cartas originales, numeradas del 1 al 86, partido de San Pedro, provincia de Buenos Aires (hoy en Archivo de San Pedro).

OYARZÁBAL, Guillermo, *Guillermo Brown*, Buenos Aires, Librería Editorial Histórica Emilio J. Perrot, 2006.

PEÑA, Juan Manuel y José Luis ALONSO, *La Vuelta de Obligado y la victoria de la campaña del Paraná*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

UZAL, Francisco Hipólito, *Obligado, la batalla de la soberanía*, Buenos Aires, Moharra, 1970.

[illegible] viembre de 1845. Hoy desde allí se [illegible]

[illegible]

[illegible] de la época. Además de los datos pertinentes, un nombre que la Real Fábrica le otorgaba a cada cañón, en este caso el Arlanzón y el Egipcio.

Cañones de manufactura española similares se conservan en la plaza frente al Monumento a la Bandera en Rosario. Tienen tam- [illegible]

En Obligado, es sabido que el [illegible] encontraba ubicado en lo alto de la barranca [illegible] por el sargento mayor de Marina Álvaro Alzogaray. Las cuatro baterías se habían colocado allí, entre otras medidas defensivas, para hacer frente a la flota anglo-francesa, invasora del río Paraná y, en consecuencia, del territorio de la Confederación Argentina.

En sus memorias de Obligado, Alzogaray escribió años después: "Disparé mis últimos cartuchos con mi cañón el Egipcio". Esto confirma el hecho de que los cañones de a 24 y sus nombres, en particular el Egipcio, son los protagonistas de la última y heroica defensa de Obligado.

Es indudable que estos cañones tomados a los españoles en algún momento de la guerra de la Independencia, recorrieron el Paraná en los diversos movimientos de tropas que se hicieron allí. Por ello constituyen un elemento histórico y, por la solidez de su estructura, superaron el paso del tiempo. Las memorias de Alzogaray terminan

La traición de John Halstead Coe

En 1806, en la ciudad norteña de Springfield, Estados Unidos, en el seno de una distinguida familia local nació John Halstead Coe. Su vocación por la aventura y el mar lo estimuló para emprender un prolongado periplo que lo llevó primero desde su país natal hasta las costas del Pacífico para arribar finalmente a América del sur.

Conocedor y admirador de la extraordinaria carrera del almirante Alexander Cochrane, logró finalmente dar con él en las costas de Perú donde su héroe combatía en favor de la independencia americana. Logró ser aceptado en la escuadra y sentó plaza de oficial en el bergantín *Protector*, dando así comienzo a una prolongada carrera naval no exenta de importantes logros.

Su capacidad de mando y su valentía, que se acrecentaban en los momentos de mayor peligro, lo hicieron merecedor de numerosas citaciones en los partes de almirantes ingleses, de la medalla del Callao y del diploma de la Orden del Sol por parte del gobierno peruano.

En 1826, en tránsito por Buenos Aires hacia su país natal, el gobierno argentino, siempre a la búsqueda de buenos oficiales para completar la tripulación de sus buques próximos a combatir al Imperio de Brasil, le ofreció el cargo de teniente de navío, empleo que el por entonces desocupado Coe aceptó. Comenzó así su vida en esta ciudad, donde desarrollaría toda su restante carrera naval; se casaría con una hija del general Juan R. Balcarce y criaría a su numerosa descendencia.

El 4 de septiembre de ese año embarcó en la nave *25 de Mayo*, que comandaba Tomás Espora. Durante la batalla de Los Pozos contra los navíos imperiales el 30 de julio de 1826 se ofreció volunta-

riamente para reemplazar, en el puesto de mayor responsabilidad y peligro junto al almirante Brown, al bravo Espora que, herido, no pudo continuar en su puesto.

El desempeño de Coe en la lucha le valdrá el reconocimiento del mismo Brown, quien lo nombró capitán de navío dándole el mando de su primera embarcación bajo bandera argentina: la goleta *Sarandí* armada con siete piezas de artillería.

El 28 de diciembre de 1826 el almirante Brown llevó su flota al río Uruguay y, divisada la flota brasileña, envió a Coe como parlamentario. La inmunidad que su cargo le otorgaba, como era y es de práctica, no fue respetada y se lo tomó prisionero. Su decisión de continuar la lucha contra el enemigo lo llevó a fugarse y logró alcanzar a los barcos de la patria en las vísperas de la batalla de Juncal, en la cual participó.

Reintegrado al mando de la *Sarandí*, entró en combate el 7 y el 8 de abril de 1827 en la batalla de Monte Santiago, donde el valiente mayor Francisco Drummond fuera herido mortalmente y, agonizante, pidió la presencia de Coe, con el que lo unía una estrecha amistad.

Drummond lo hizo depositario de su última voluntad, en la gloriosa derrota de los tres navíos argentinos que por 48 horas enfrentaron a diecisiete navíos del Imperio. Allí la actuación de Coe fue descollante, haciéndose merecedor del reconocimiento de sus compañeros de lucha.

Continuó su carrera como corsario a bordo de la *Sarandí* a lo largo de las extensas costas patagónicas y, de regreso al Plata, llevó a cabo una feliz operación contra la isla de Santa Catalina. Durante la misma, su nunca discutido arrojo lo llevó a ser capturado nuevamente, pero otra vez logró fugarse para continuar a las órdenes del almirante Brown hasta el fin de la guerra.

Reconociendo sus méritos, el gobierno argentino le otorgó el mando de una escuadrilla el 8 de marzo de 1831. Con ella arribó a Gualeguaychú para combatir a las fuerzas de Juan Lavalle y Ricardo López Jordán.

Nunca fueron bien conocidas las desavenencias con el gobierno de Juan Manuel de Rosas, que lo llevaron a ser dado de baja en 1835. Como tantos otros se exilió en Montevideo, donde no tardó en enrolarse en la marina riverista compuesta por cinco barcos. Enarbolando la insignia de comandante de puerto, se enfrentó a los buques que realizaban el bloqueo naval de Montevideo. Las naves a su mando rechazaran con éxito el ataque argentino llevado a cabo por ocho navíos, quedando así dueño del Río de la Plata por unos tres meses.

Las fuerzas del gobierno de Buenos Aires al mando de Brown retornaron a la lucha y el 9 de marzo se produjo otro encuentro donde Coe, habiendo perdido uno de sus barcos, debió retirarse, buscando en la huida su salvación. Ambos adversarios volvieron a combatir a fines del mismo año, sin que ninguno de ellos pudiese reclamar la victoria.

El pronunciamiento del general Justo José de Urquiza contra el gobierno de Rosas llevó a este último a la necesidad de formar una escuadra y, para sorpresa de muchos, ofreció el mando de la misma a Coe, quien no dudó en aceptar tal vez para sorpresa de otros tantos. Así el 31 de mayo de 1851 recibió el mando de la fuerza naval rosista.

Durante la revolución del 11 de septiembre de 1852, su actitud prescindente llevó a las autoridades de Buenos Aires a ordenar su arresto luego de finalizado el sitio de la ciudad. Pero el ubicuo marino logró evitarlo. Buscó al general Urquiza y le ofreció sus servicios.

Coe cambió así otra vez de bando, sin el menor pudor y otra vez con éxito, pues logró ser nombrado jefe de la escuadrilla de la Confederación que se componía de los vapores *Correo* y *Merced* y los bergantines *Maipú* y *Americano*. De todos ellos el más poderoso era el primero.

La rebelde Buenos Aires había logrado adquirir una escuadra que se componía de un bergantín, el *11 de Septiembre*, armado con doce piezas de a 24; un lugre, el *Mayo*, con nueve cañones de igual calibre; una goleta, la *Santa Clara*, con cinco piezas de diversos calibres, y el pailebote *9 de Julio*, con tres cañones. Esta fuerza, numéricamente superior, fue puesta al mando del coronel Floriano Zurowsky, desconocido marino extranjero cuyo comando y dirección de las operaciones resultaron desastrosos frente a la probada capacidad de Coe.

Por fortuna, las actividades de ambas flotas se encuentran muy bien registradas en las memorias del cirujano naval norteamericano Jonathan M. Foltz, tripulante del navío de su país *Jameston*, que han sido rescatadas por el historiador Guillermo Gallardo. El médico naval se hallaba en Buenos Aires desde 1851 contribuyendo con su actividad al cumplimiento de la misión que había traído su barco: proteger los intereses de su país en Buenos Aires.

Durante su permanencia asistió a importantes sucesos históricos que marcaron la historia de nuestra patria. No le fueron ajenas las figura de Rosas y su entorno familiar y político, asistió a las vísperas de Caseros y a los acontecimientos que se sucedieron en los siguientes meses hasta la secesión y el sitio de Buenos Aires.

Foltz relató en sus memorias que el 12 de abril de 1853 arribó a Montevideo el vapor norteamericano *Utah*, con varias piezas de artillería para las fuerzas de la Confederación, que guarnecían la isla Martín García. La escuadra porteña zarpó con órdenes de impedir la entrega, pero arribó luego de que la misma se hubiese concretado.

El 18 de abril el sonido de un fuerte cañoneo proveniente del Río de la Plata despertó a la población sitiada con gran sobresalto: ambas escuadras combatían en las cercanías de la isla.

El encuentro naval dio la victoria a los barcos de Coe y nuestro testigo, a bordo de su barco, vio al *Chacabuco* dirigirse hacia el puerto de Buenos Aires con grandes daños en su obra muerta y sus cubiertas llenas de muertos y heridos.

La noticia de la derrota sufrida se extendió rápidamente por las calles y defensas de la cercada Buenos Aires y, a medida que transcurrían las horas, los detalles del desastre aumentaban los temores de la población.

Coe había capturado dos navíos, el *Enigma* y el *11 de Septiembre*, haciendo un gran número de prisioneros, mientras el comandante vencido se había fugado en otro de sus barcos según hizo conocer Coe a su compatriota, que acudió a bordo para ayudar en el tratamiento de los dieciocho heridos que habían tenido los confederados.

Buenos Aires se hallaba totalmente rodeada. Por tierra lo hacían catorce mil hombres del ejercito urquicista y por el río los barcos de la Confederación lograron cerrar el círculo que comenzaba a ahogar a la ciudad.

La reacción de la prensa porteña fue lapidaria para el gobierno presidido por el gobernador Manuel Pinto, y los periódicos *El Nacional* y *El Progreso*, en sus ediciones del 24 y el 25 de abril, no escatimaron duras críticas sobre la conducción de la guerra.

Fortalecido con la victoria alcanzada, Coe hizo saber el estado de bloqueo a los comandantes de los barcos extranjeros anclados en las cercanías del puerto, concediéndoles un plazo de siete días a contar desde el 23 de abril para salir de las balizas interiores.

La colonia de comerciantes ingleses en Buenos Aires hizo llegar al ministro inglés en Buenos Aires, Robert Gore, así como también al jefe de las fuerzas navales de Inglaterra en el Río de la Plata, una solicitud para evitar la expulsión de sus barcos mercantes. A pesar de llevar sus propuestas en una manifestación pública y numerosa, sólo obtuvieron del representante inglés la confirmación de que lo que había sido resuelto al declararse el estado de sitio se ajustaba a las leyes internacionales vigentes.

Mientras los combates proseguían en la periferia, el aprovisionamiento de la ciudad comenzó a entrar en crisis. El general Urquiza hizo llegar a los sitiados una proclama ofreciendo la salida de mujeres, niños y pobres a través de sus filas para evitarles mayores padecimientos. La misma fue rechazada por las autoridades de la ciudad, que confiaron en que la permanencia de esos habitantes evitaría el bombardeo naval.

Desesperados, los gobernantes porteños quisieron atentar contra la vida de Coe enviando a su barco dos baúles con pólvora, bajo el subterfugio de ser parte de los bienes de un ciudadano que en busca de refugio abordaría el barco horas más tarde. La conjura, según relato de la proyectada víctima, fue descubierta y abortada.

Por entonces aparece la figura de Mariano Billinghurst, argentino nacido en 1810 de padre inglés, de profesión comerciante, y a quien su militancia política lo había llevado al exilio durante el gobierno rosista. Por entonces había tomado las armas en defensa de Buenos Aires. Se desempeñó como comandante en el cantón Palacio, ubicado en la calle Santa Rosa (actual avenida Córdoba).

Billinghurst recordó una conversación que había tenido con su hermano Roberto, que por haber tenido tratos con Coe estaba al tanto de sus dispendiosos hábitos y marcado interés por el dinero, y logró entrevistarse con el ministro Lorenzo Torres, a quien propuso intentar el soborno del norteamericano y se ofreció como intermediario.

El gobernador de la ciudad, el general Pinto, al ser puesto en conocimiento del plan, lo comunicó a los ministros de Hacienda, Francisco de las Carreras, y de Guerra, general José María Paz, quienes en pleno conocimiento de la gravedad del momento discutieron el monto del ofrecimiento a realizar y se comprometieron a llevarlo a cabo con la mayor premura y dentro del más absoluto secreto.

El 26 de abril de 1853, Billinghurst hace llegar a manos del jefe enemigo una misiva en inglés, idioma en el que se harán todas las comunicaciones entre ambos, con la firma M.B., en los siguientes términos: "Tengo un asunto muy importante y urgente para comunicarle de Roberto en Corrientes de una naturaleza confidencial...", y pasa a proponerle una entrevista en alguno de los barcos neutrales, destacándole que el tema a tratar "interesa altamente a V. y a su familia".

Dos días más tarde llega la respuesta aceptando la entrevista y dando como punto de reunión la barca *Mistrel*, surta en balizas exteriores.

El contacto entre ambas partes estaba hecho.

El concertado encuentro se vio dificultado al modificar Coe el barco donde se llevaría a cabo, sin que el cambio llegara a conocimiento de Billinghurst con la suficiente antelación. Finalmente, luego de varias horas de espera y desencuentros en medio del río, el agente porteño es anoticiado por el norteamericano que lo espera a bordo del navío inglés *Margarita Elisa*. Hacia allí se dirigió y una vez a bordo ambos se encerraron en la cabina del capitán Adams.

Las memorias de Billinghurst dan cuenta que de común acuerdo optaron por hablar sólo en español para evitar ser entendidos por la tripulación. El enviado de Buenos Aires comenzó haciendo una defensa de la ciudad y recordándole que era la patria de su mujer e hijos, y que su vida había estado dedicada a la lucha por la libertad. Coe respondió con una larga y encendida diatriba contra el partido unitario y sus defensores, vaticinando que pronto José María Paz, Manuel Hornos y otros serían "colgados de las vergas de su barco". Finalizó con una encendida defensa del general Urquiza como político y como militar.

Billinghurst respondió diciendo que la victoria de la Confederación, en caso de lograrse, sería sumamente costosa pues Buenos Aires estaba decidida a luchar sacrificando todo por su libertad, y que de la cruenta lucha, aun saliendo victorioso, no sacaría provecho alguno. Destacó que "tal vez obtendría una nota oficial dándole las gracias y acompañada de un regalo de 50.000 pesos en papel moneda". Aprovechando el momentáneo silencio de su interlocutor, el enviado porteño presentó su oferta: "Yo tengo en mi poder la suma de 200.000 patacones con la que el coronel asegurará el futuro de su familia y el descanso de su vejez".

Coe no vaciló y aceptó el cohecho, indicando que el arreglo para la entrega del dinero se efectuaría a través de su yerno Genaro Elías.

De regreso a la ciudad, Billinghurst dio cuenta de su misión al gobierno, que la recibió con regocijo. El 30 de abril el coronel Coe comunicó la llegada de su yerno para llevar a cabo lo pactado y efectuar algunas modificaciones al arreglo convenido.

Billinghurst se entrevistó con Elías el 1 de mayo en un mercante inglés y convino agregar 150.000 patacones más para los jefes y los subalternos dispuestos a entregar la flota.

Las autoridades de Buenos Aires acudieron a un rico comerciante local, Ambrosio Plácido Lezica, quien ayudó a reunir las 22.000 onzas de oro, que empaquetaron en la casa de Lezica, según él mismo recuerda en una nota aparecida en *El Nacional* en 1857, donde asegura:

> Fui llamado para que por mi conducto se requiriese a algunos señores comerciantes y entregasen éstos en garantía del oro que anticipaban que sería como de 5.000 y más onzas.

El ministro de Hacienda confirmó el suceso diciendo que "poco antes del 20 de junio por intermedio del señor Lezica se recibió la suma de 3.000 onzas de oro facilitadas por varios amigos". Y continúa:

> El señor Lezica [...] reunió en su casa y encajonó esa enorme suma de oro, que no alteró el mercado por haberse realizado con gran secreto.

Billinghurst fue informado de que se contaba con la suma acordada pero su respuesta fue terminante: se negaba a ser el portador del oro por considerarlo tan deshonroso como el individuo que lo había aceptado, y procedió a retirarse de la negociación en curso. El gobierno porteño acudió entonces a José Balcarce, Samuel Botla y Jorge Bell para hacer efectivo el pago, los que se trasladaron con su carga al *Jamestown*, donde la suma quedó depositada.

Del arribo del oro da cuenta el cirujano de a bordo, el doctor Foltz, quien refiere:

> La suma pagada es de 25.000 onzas –cuatrocientos mil dólares– de los que Coe había recibido trece mil onzas –doscientos ocho mil dólares–. De estos depósitos el capitán Downing [del *Jamestown*] recibió un porcentaje.

No es difícil de apreciar que esta actitud hizo al mencionado capitán cómplice del soborno. La onza equivalía a 17 pesos plata o pesos fuertes.

Las negociaciones se prolongaron hasta el 20 de de junio, día en que la escuadra de la Confederación comenzó a pasarse al enemigo. Componían la flota veintitrés buques, a saber: los vapores *Buenos Aires*, *Constitución*, *Correo* y *Merced*; el bergantín *Enigma*, los bergantines-goleta *Maipú*, *Chacabuco*, *Mayo*, *General Belgrano* e *Isabel*; las goletas *Santa Clara*, *9 de Julio*, *Veterana* y *Romualda*; el lugre *11 de Septiembre*, los pailebotes *Aníbal*, *Julio*, *Guardia Nacional*, los queches *Porteño*, *Rayo* y *Carnaval*, más un bergantín sin nombre. En primer lugar arribó el bergantín *Enigma* entre el clamor de la multitud que lo esperaba.

Al día siguiente, Buenos Aires festejaría con campanas el fin del bloqueo naval, no sin que comenzaran a oírse voces criticando la in-

moralidad del sobornado, acusándolo de traidor, y también aquellos que le habían dado cobijo.

Coe había abordado el *Jamestown* y se había instalado en él. Allí lo encontró el cirujano naval Foltz, quien le negó el saludo dándole la espalda y le hizo saber a su capitán las duras críticas que había merecido al darle pasaje al traidor, comprometiendo el honor de su bandera. Por su parte, el encargado de negocios de Estados Unidos hizo llegar a Downing una nota indicándole lo desairado de su posición y el desprestigio que había arrojado sobre su nación. Coe se vio obligado a transbordar a la goleta inglesa *Barling* con destino a Montevideo, rico sin duda, pero deshonrado.

Llegado a su destino, el cónsul inglés dio órdenes para que Coe fuese desembarcado del vapor de bandera inglesa *Prince*, que había abordado apenas arribado con un pasaporte falso a nombre de John Smith.

Finalmente, el traidor embarcó nuevamente con su botín en el *Jamestown* dirigiéndose a Río de Janeiro, donde intentó tomar pasaje en un barco mercante inglés cuyo destino era Inglaterra, pero su capitán al reconocerlo lo expulsó. Recién el 14 de enero de 1854, Coe y su familia lograron embarcar hacia Estados Unidos.

Mientras estos hechos tenían lugar, el 14 de julio se habían desbandado los ejércitos que sitiaban Buenos Aires y el general Urquiza se retiraba de la provincia rebelde.

Juan Halstead Coe permaneció varios años en su país natal pero, por razones que ignoramos, retornó a la Argentina, donde falleció en noviembre de 1864, rodeado del olvido de su nombre pero no de su traición.

Bibliografía

BILLINGHURST, Mariano, *Confidencias de la traición del coronel Coe*, Buenos Aires, 1853.

FITTE, Ernesto J., "La escuadra de la Confederación Argentina y el bloqueo de Buenos Aires en 1853", *Historia*, N° 17, Buenos Aires, 1959.

GALLARDO, Guillermo, *La caída de Rosas y la traición de Coe, en el relato de un testigo*, Buenos Aires, Teoría, 1960.

GONZÁLEZ CALDERÓN, Juan A., *El general Urquiza y la Organización Nacional*, Buenos Aires, 1940.

YABÉN, Jacinto R., *Biografías argentinas y sudamericanas*, Buenos Aires, Metrópolis, 1938.

Las banderas de los negros en la época de Rosas

En 1812 las Provincias Unidas del Río de la Plata prohibieron la introducción de esclavos a su territorio, de acuerdo con los ideales sustentados por la Revolución de Mayo de 1810. Un año después, bajo el gobierno de la Asamblea General Constituyente, se decretó la libertad de vientres, que brindó un nuevo horizonte a los hijos de aquellos que aun eran esclavos.

La paulatina inclusión de negros libertados o libertos, a partir de la manumisión en la sociedad argentina, fue gradual ya por nacimiento o por su participación en las guerras de la independencia. Formaron parte de diversas actividades, entre ellas las militares, donde se terminaba su esclavitud. La manumisión era una institución que provenía del derecho romano por la cual un esclavo se transformaba en liberto. Estos libertos adquirían su entera libertad prestando su servicio al Estado, por ejemplo, mediante la integración en el Ejército.

En esta ocasión nos ocuparemos del aporte de la comunidad negra a nuestra constitución como Estado. Este aporte en los ejércitos de Mayo fue numeroso y, si bien no siempre voluntario, cumplió holgadamente con los deberes para la incipiente nación. Antes de entrar en la cuestión particular, reseñaremos brevemente la actuación de los negros en favor de la Argentina.

En el curso de las invasiones inglesas, muchos esclavos formaron parte del Batallón de Costas con las Compañías de Pardos, de Morenos, de Negros Libres de Buenos Aires y del Cuerpo de Esclavos. Acompañaron a Manuel Belgrano en su campaña al Alto Perú y a José de San Martín en el Ejército Libertador.

José Luis Lanuza informa que dieciséis negros cedidos por el mendocino Pedro Vargas integraron la primera banda de música

del ejército patriota, revistando esos negros como Cazadores de los Andes.

También constituyeron totalmente el Regimiento de Cívicos Negros en Mendoza. Los negros libertos de Cuyo formaron el Regimiento Nº 8 de Infantería en el Ejército de los Andes. Lucharon en la guerra contra el Imperio de Brasil, formaron el cuerpo de "defensores de Buenos Aires", luego Batallón Restaurador, y pelearon en las tropas enfrentadas en La Tablada y Oncativo, al mando del general José María Paz.

Más tarde participaron en el sitio de Montevideo y también en las tropas defensoras de la ciudad sitiada. Estos negros orientales, a diferencia de los de Buenos Aires, eran de tendencia antirrosista. Muchos de ellos murieron en los combates del sitio y, en los momentos de no batallar, entretenían con sus bandas de música a los pobladores. El poeta Hilario Ascasubi los menciona en el "Cielito a la salud del coronel don Melchor Pacheco y Obes".

En su momento, Juan Manuel de Rosas incorporó negros a sus tropas y formó con ellos el llamado Cuarto Batallón y luego el Batallón Libertos de Buenos Aires. Cambió la denominación del Batallón Defensores de Buenos Aires por la de Batallón Restaurador; a cuyo frente estaba un negro, el capitán José Antonio Barbarín. Rosas también se divirtió con ellos empleándolos como bufones. Fue el caso de los negros Eusebio de la Santa Federación, Biguá y Marcelino, quienes –a una seña de su amo– se burlaban de los visitantes del caserón de Palermo.

Los negros mandaron compañías y batallones sin ascender más allá de tenientes o capitanes. Hubo una excepción, la del negro Barcala, al que Sarmiento llamaba "el caballero negro", que llegó al grado de coronel. Había sido integrante del Batallón de Cívicos Pardos de Mendoza y combatido en Las Leñas, La Tablada, Oncativo, en la guerra contra Brasil y en combates de las guerras civiles.

La comunidad negra, siguiendo su instinto de asociarse, ya desde antes de 1820 había ido agrupándose en sociedades, o asociaciones, que recibieron el nombre de "naciones" como Congo, Mozambique, Mora, Lubolos, Muñanche, Cabinga, Maringa, Portuguesa, Mondongo, Camundá, Angunga, Barno, Mumboma, Benguela y muchas otras. Estas naciones agrupaban a las distintas comunidades traídas de África durante la práctica esclavista, si bien no era extraño que el sentido de pertenencia a una de estas asociaciones no fuera exclusivo para los provenientes de una sola región. Las asociaciones estaban dirigidas por sus propias autoridades, pero se hallaban supervisadas y controladas por el Estado. Tenían como fin los socorros

mutuos y reunir fondos para comprar la libertad de aquellos que aún no la habían obtenido.

El gobierno de Juan Manuel de Rosas las utilizó políticamente, y se manifestaban a su favor en los actos públicos con su música y sus bailes. El Restaurador llevó a un primer plano a los negros, que pasaron de sometidos a inspirar miedo sobre todo a la población unitaria, miedo que era utilizado astutamente por Rosas.

Los negros vivían mayoritariamente en un barrio conocido como "del tambor", en el actual Monserrat, en casas propias construidas en terrenos donados por sus antiguos amos. El tambor era el instrumento que habitualmente utilizaban en sus bailes o candombes.

Como es bien sabido, gustaban de la música y los bailes. Ya desde el barco que los llevaba a sus inciertos destinos seguían sus costumbres al respecto, que mantuvieron de generación en generación. Incluso asimilaron del mundo de los blancos otros instrumentos, como trompas, clarines y también pianos, que sumaron a los propios.

El rumor permanente de sus tambores durante los domingos y días festivos repercutía en la ciudad, sobre todo en la época de Rosas, cuando Manuelita y el propio Restaurador acudían en ocasiones a sus fiestas. Participaban todos los años en las celebraciones públicas del Carnaval con sus naciones.

Había otros que se reunían en naciones con advocación de los santos, como las naciones San Baltasar o San Pedro, y en cofradías, como la de San Benito y la de la Virgen Negra del Rosario.

En 1841, en el cuadro de D. De Plot titulado *Las esclavas de Buenos Aires demuestran ser libres y gratas a su noble libertador*, aparecen las negras levantando banderas con leyendas alusivas a Rosas (ver la imagen de tapa de este libro). Ilustra el cuadro el siguiente verso del que Lanuza dice "que bien podrían ser la letra de la canción de las esclavas manifestantes":

> Ya no gemirá en el Plata
> en cadenas ni un esclavo.
> Su amargo llanto cesó
> desde que Rosas, humano,
> de su libertad ufano,
> compasivo y generoso,
> prodigó este don precioso
> al infeliz africano.

En ese cuadro de De Plot aparecen tres banderas de los negros de Buenos Aires, que en este caso ponderan la figura de Rosas sin mencionar el origen de sus naciones.

En el ejemplar de *La Gaceta Mercantil* del 25 de junio de 1842 se deja constancia de la adhesión de las naciones negras al Restaurador, y se enuncia un listado de más de treinta y cinco asociaciones con el nombre de sus presidentes.

Debe tenerse en cuenta que los esclavos llegados al Plata procedían de tres zonas diferentes del África y esto definió la conformación de las diversas naciones: las que provenían del Congo, Angola y de la costa este del continente africano, en general pueblos agricultores, y que son los grupos más numerosos en Buenos Aires con un origen lingüístico común, el bantú. Los otros dos grupos eran originarios de Guinea-Sudán y de Sudán. Pertenecían a ellos los yoruba, los mina y los mandinga. Al primer grupo pertenece la bandera de la nación Muñiban. Los otros dos profesaban el islamismo y a él se adscribe la sociedad mencionada. Compartían el local de la sociedad con los benguela, y luego adquirieron un local en Monserrat, en la calle Chile.

A continuación describiremos las tres banderas encontradas, correspondientes a los negros del Buenos Aires rosista. La primera de la izquierda es de forma cuadrangular, de color rojo fuerte o punzó, como se decía en la época, y letras de color blanco que componen una leyenda que dice: "Mueran los Salbajes unitarios". Posiblemente haya pertenecido a los esclavos libertos, llamados antes manumitados. La bandera más próxima a la figura de Rosas es de color totalmente rojo y lleva la leyenda "Viva la libertad" en letras de imprenta de color blanco. La tercera tiene tres franjas horizontales de color rojo en la parte superior, blanco en la franja central y rojo en la inferior. Exhibe la leyenda "Viva el Restaurador de la Leyes" en letras de imprenta mayúsculas distribuidas en las tres franjas de la enseña, en caracteres de color negro en la parte superior e inferior y de color rojo en la franja central.

En el Museo Histórico Nacional de la Ciudad de Buenos Aires se encuentran guardadas estas tres banderas de las asociaciones de los negros de Buenos Aires: la de la nación Muñiban (imagen 10) y dos de la nación Mora. No hay mayores antecedentes sobre ellas salvo su registro en el inventario que alrededor de 1950 hizo el entonces director del Museo, José Luis Trenti Rocamora, quien trabajó sobre la obra de un director anterior, el famoso coleccionista Alejo González Garaño. De la observación de estas piezas surgen otras características. La bandera de la nación Muñiban está confeccionada con tres franjas horizontales de colores rojo, blanco y rojo. Lleva letras mayúsculas de color rojo en la franja central blanca y un poco descolorida, que dicen: "¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran

los unitarios!", leyenda común en la época, y "Viva la nación Muñiban", en el mismo tipo de letras y color rojo. En esta franja central, de una medida tres veces superior a las franjas rojas, lleva figuras bordadas; también en color rojo en la parte inferior y en los costados, las letras de la leyenda mencionada, sin tocar en absoluto las franjas rojas. Mide 2,61 metros de largo por 1,83 metros de ancho y está muy bien conservada.

La bandera de la nación Mora es también de gran dimensión pero se encuentra deteriorada (imagen 11). El anverso es todo de color rojo punzó, con dos franjas horizontales de color blanco, de aproximadamente 10 centímetros de ancho en la parte superior y en la inferior. Contiene una figura de forma circular, que lleva adentro del círculo, bordados, motivos alegóricos confeccionados en tela blanca y dibujos en color azul. Esta forma circular está colocada bien a la izquierda de la bandera, sobre el lado del asta. El reverso, que está descolorido, es de color amarillento y ostenta un escudo de la misma forma que en el anverso, es decir, bien sobre el lado del asta de la enseña, de curiosas características: la mitad es un triángulo de color azul negro que contiene tres flores de lis, con borde de mostacillas doradas.

La otra mitad del escudo, separada por una banda blanca, es de color dorado. Este escudo está ribeteado todo en oro, con la figura de una cimitarra, contenida en la segunda mitad del escudo en forma de media luna del mismo color, en clara alusión al origen islámico de los integrantes de la nación Mora. Ostenta, además, la figura de una hoja de planta, debajo del escudo ya descripto. Enmarca el escudo dentro de la bandera una guarda de color blanco. No lleva ningún tipo de leyenda.

La otra bandera de la nación Mora mide 2 metros de largo por 1,38 metros de ancho (imagen 12), y es de color predominantemente rojo. Tiene una leyenda alusiva que dice "¡Viva la Confederación Argentina!" en letras de color dorado, de tipo imprenta mayúsculas. Debajo de la leyenda y sobre el centro de la enseña ostenta un sol todo bordado en color dorado (volcado hacia la derecha), y por debajo del mismo se encuentra la leyenda típica del período rosista: "¡Mueran los salvages unitarios! Sosiedad de la Nación Mora", también en letras de tipo de imprenta mayúsculas. Se encuentra muy bien conservada.

En 1902, en un reportaje efectuado en la afamada revista *Caras y Caretas* a cuatro mujeres negras de avanzada edad, se publicó una foto donde se muestra la sala de reuniones y los instrumentos de percusión de la nación Venguela o Benguela, junto con una bandera de dicha nación (imagen 13). La sede de esta sociedad estaba ubicada en la calle México al 1200, a la vuelta del local de la nación Ca-

mundá, sito en una casa de la calle Chile 1253. El reportaje brinda los recuerdos de las ancianas con respecto a los bailes del Carnaval y los desfiles que efectuaban mucho antes. Las entrevistadas se autotitulan las últimas representantes de esa nación.

Una de ellas recordaba que, antes de la "peste grande" –refiriéndose seguramente a la epidemia de fiebre amarilla de 1871–, los jóvenes bien de la época se vestían de negros e imitaban su habla. Consignaba también que los compadritos inventaron la milonga a partir de la música de los negros. Ellas candombeaban por las calles principales de la ciudad "acompañadas por los mozos".

En la foto mencionada aparece, junto a los instrumentos de percusión y colgada de la pared, una bandera. Tiene tres franjas horizontales iguales en el largo. La franja superior y la inferior son iguales y presumiblemente de color azul turquí, y la franja del medio es de color blanco, de medidas aproximadas equivalentes al doble de las otras dos. En el centro de la franja blanca aparece el dibujo de un negro, tocado con sobrero, llevando de una cuerda una vaca y un ternero. Puede leerse debajo de este dibujo las palabras en letras de imprenta "Sociedad Venguela". Se ignora actualmente el paradero de esa bandera.

Bibliografía

BEVERINA, Juan, *El virreinato de las Provincias del Río de la Plata. Su organización militar*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1992.

DONADÍO, Marisa, "Aluvión de tangos", *Documentos e Investigaciones sobre la Historia del Tango*, año II, Nº 2, Buenos Aires, 1995.

IBARGUREN, Carlos, *Manuelita Rosas*, Buenos Aires, Manuel Gleyzer Editor, 1925.

LANUZA, José Luis, *Morenada*, Buenos Aires, Emecé, 1946.

ORTIZ ODERIGO, Néstor, "Las naciones africanas", *Todo es Historia*, Nº 162, Buenos Aires, noviembre de 1980.

PICOTTI, Dina V. (comp.), *El negro en la Argentina. Presencia y negación*, Buenos Aires, Editores de América Latina, 2001.

RODRÍGUEZ MOLAS, Ricardo, "Presencia de África negra en la Argentina. Etnias, religión y esclavitud", *Desmemoria. Revista de Historia*, Nº 21-22, Buenos Aires, enero-junio de 1999.

ROSASCO, Eugenio, *Color de Rosas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

SOLER CAÑAS, Luis, *Negros, gauchos y compadres en el cancionero de la Federación*, Buenos Aires, Teoría, 1958.

TORRES, Juan Lucio, *El soldado negro en la epopeya libertadora argentina*, Buenos Aires, Instituto de Historia Militar Argentina, 2003.

Las legiones italianas en la República Argentina

Las largas luchas que la Nación Argentina enfrentó durante el siglo XIX produjeron acciones humanas que el tiempo ha ido relegando al castigo del olvido o a una escueta referencia en los libros de historia. En este caso rescataremos la actuación de las distintas legiones italianas que operaron en el país en la segunda mitad del siglo XIX.

El 5 de febrero de 1856, 352 soldados italianos bajo el mando del coronel Silvino Olivieri llegaban por vía marítima a la actual ciudad de Bahía Blanca, al sur de estado de Buenos Aires. En ésa época la ciudad era un pobre caserío que rodeaba a un viejo fuerte llamado Argentino que enfrentaba la inmensidad de la pampa y el peligro de los indios.

El entusiasta recibimiento brindado por los escasos pobladores obligó al coronel Olivieri a responder con una proclama impresa donde "rogaba a los habitantes de Bahía Blanca que viesen en los legionarios tan sólo a hermanos que querían ayudarlos a continuar la gran obra de la población de aquella rica y extensa parte sur del estado de Buenos Aires".

¿Quiénes eran estos extranjeros que así se presentaban? ¿De dónde venían? ¿Quién era Silvino Olivieri?

El largo sitio de la ciudad de Montevideo, ocurrido entre 1843 y 1851, había contado entre sus defensores con numerosos italianos de ideas liberales y masónicas. Derrotados en la guerra de la independencia italiana y de la República Romana, fugitivos influenciados por el libro de Alejandro Dumas *La Nueva Troya*, que había descripto el sitio de Montevideo como otra guerra más contra la tiranía y a favor de la libertad, estos italianos eran en su mayoría ligures, piamonteses y saboyanos que al mando de Giuseppe Garibaldi habían

extendido las luchas por sus ideales hasta las orillas del Río de la Plata, constituyendo una legión.

El tiempo compartido, los peligros corridos y la comunidad de ideales habían creado fuertes vínculos entre estos exiliados europeos y sus compañeros de luchas uruguayos y argentinos. Estos lazos se vieron reforzados por la estrecha amistad que se estableció entre el general Garibaldi y Bartolomé Mitre, por entonces militar y posteriormente presidente de la Argentina.

Finalizado el sitio y arribados muchos de ellos a Buenos Aires, será Mitre quien no sólo actuará como su mejor amigo sino también como hermano de causas y principios, título que él mismo daba a los mazzinianos, llamados así por el pensador italiano Giuseppe Mazzini, y a los garibaldinos.

El 9 de diciembre de 1852 el gobierno del estado de Buenos Aires se enfrenta a las fuerzas que al mando del general Hilario Lagos ponen cerco a la ciudad. Las autoridades emiten un decreto autorizando a los extranjeros a tomar las armas con "el exclusivo objeto de mantener el orden público".

Los voluntarios fueron numerosos, y dieron origen a las legiones alemana, española y suiza. Los italianos no sólo se destacaron por el mayor número, sino por ser los únicos que no estuvieron satisfechos con cumplir funciones policiales; además, solicitaron –y obtuvieron por sus antecedentes militares– el privilegio de actuar activamente en las trincheras que defendían la ciudad.

La organización de la fuerza estuvo a cargo de dos oficiales italianos presentes en Buenos Aires. Uno era el mencionado coronel Silvino Olivieri, nacido en los Bruscios en 1820 y ex alumno de la Academia Militar de Nápoles, "la Nunziatella". Pertenecía al arma de ingenieros y por su participación en la guerra de unificación de su país había sido expulsado del ejército napolitano y obligado a exiliarse.

El mayor Eduardo Clerici era el otro oficial a cargo. De origen milanés, había nacido en 1826 y estudiado en la Academia Militar de Milán, de la cual egresó con el grado de teniente del ejército austríaco. Intervino en el alzamiento de esa ciudad contra las fuerzas de ocupación del general de las tropas austríacas Joseph Radetzky, y posteriormente con los *bersaglieri* de Luciano Menana luchó en la defensa de la ciudad de Roma. La derrota lo llevó también a él al exilio, primero a Cuba y luego a la Argentina, en busca de su amigo Olivieri.

Ambos militares, el primero como comandante y el segundo como mayor, reunieron a unos trescientos connacionales que vivían y tra-

bajaban en la ciudad de Buenos Aires y los organizaron en un batallón que recibió el nombre de Legión Italiana.

Esta fuerza compartió la suerte de los defensores del estado de Buenos Aires y luchó brillantemente, haciendo honor a sus antecedentes militares. Su primera baja la sufrieron el 9 de enero de 1853 en la persona del teniente Erba, honrado por el gobierno de Buenos Aires, que autorizó su entierro en la iglesia catedral de la ciudad.

Durante el transcurso de la lucha la Legión Italiana se destacó por sus desempeños en los combates de la plaza Lorea y los desarrollados en el cementerio inglés (ubicado en la actual Hipólito Yrigoyen entre Pasco y Pichincha, donde hoy está la plaza 1 de Mayo), y se hizo merecedora de los elogios del general en jefe del ejército Manuel Hornos.

El valiente desempeño militar de la Legión Italiana la hizo acreedora de una bandera del estado de Buenos Aires, el 21 de abril de 1853. Era de colores azul y blanco y medía 0,64 x 0,86 centímetros; las armas del escudo de la ciudad de Buenos Aires estaban bordados en plata y oro. Tenía una corbata de seda azul que llevaba en letras de oro el lema "Con questa bandiera vincemi - Buenos Aires 16 aprile 1853". Fue acompañada por una tarjeta firmada por "unas porteñas", para el jefe legionario, que decía: "Ofrecemos esta bandera invicta a la Legión Italiana". Esta gloriosa enseña es conservada como una reliquia en el Museo Histórico Nacional de la ciudad que ayudaron a defender (imagen 14).

No fue por cierto éste el único reconocimiento al valor que recibiría el cuerpo italiano, sino que además el 30 de mayo de 1853, por decreto del gobierno del estado de Buenos Aires, se le otorgó para lo sucesivo el nombre Legión Valiente y además se le dio el uso de cordones de honor a sus miembros, desde los oficiales a la tropa, según la usanza de la época.

En julio de 1853, finalizada la fratricida lucha, la fuerza italiana es licenciada a pedido del comandante Olivieri, quien devolvió la bandera de la Legión al gobierno y partió rumbo a Italia. En su país, este oficial intervendrá en nuevas actividades revolucionarias; finalmente, es apresado y condenado a muerte. Las autoridades del gobierno de Buenos Aires intervendrán exitosamente para obtener la conmutación de fa pena. Olivieri retornará a Buenos Aires el 31 de octubre de 1855, "en calidad de desterrado de por vida de los Estados Pontificios".

El obligado retorno de Silvino Olivieri coincidió con nuevos planes del gobierno para proteger sus fronteras internas del peligro que los ataques indios representaban para las poblaciones del sur de la

provincia. Con este objetivo planificó la creación de colonias militarizadas que, a cambio de tierras para sus integrantes, actuarían poblando y defendiendo los asentamientos.

Bahía Blanca, fundada en 1828 y cuyas características ya han sido señaladas, fue el sitio elegido para experimentar el proyecto. El 18 de noviembre de 1855 se decretó el establecimiento de una colonia agrícola-militar compuesta por seiscientos hombres sujetos a las ordenanzas del ejército del gobierno de Buenos Aires. Se establecieron en un primer momento en Bahía Blanca, pero podían ser destinadas a cualquier otro punto del sur.

Por sus antecedentes militares y estudios de ingeniería Olivieri fue designado jefe de la fuerza, y como segundo jefe lo fue Clerici. Ciento cincuenta ex combatientes de la Legión Italiana se agruparon junto con sus antiguos oficiales. Uno de ellos, Juan Bautista Cúneo, que tenía un pasado como militar y periodista, editó un diario. Éste fue el primer diario en italiano editado en la Argentina y recibió el mismo nombre que la fuerza militar creada, *La Legión Agrícola-Militar*, del que se editaron trece números.

La Legión Agrícola-Militar adoptó como uniforme el que usaron los suabos franceses durante la guerra de Crimea. Llevaban como cubrecabeza un kepí a la francesa pero, a diferencia del azul que llevaba el ejército de Buenos Aires, era de color rojo para recordar el origen garibaldino de sus integrantes.

Dado que esta Legión era la continuación de la antigua llamada Valiente, el gobernador del estado de Buenos Aires, Pastor Obligado, y el ministro de Guerra y Marina, Bartolomé Mitre, entregaron la antigua bandera a la nueva formación italiana el 11 de enero de 1856.

El 5 de febrero de ese año llega a Bahía Blanca la Legión Agrícola-Militar donde revisten unos trescientos hombres, no todos con antecedentes militares, que habían sido elegidos por sus conocimientos de las tareas agrícolas. En Buenos Aires queda encargado de la organización de la fuerza restante el capitán Felipe Cavanti, quien también había sido condenado, indultado y expulsado por los Estados Pontificios, y había acompañado al comandante Olivieri en su retorno a Buenos Aires.

De febrero a julio de 1856 y luego de soportar un brote de fiebre amarilla la Legión explora el territorio y se divide en tres armas: la infantería, con seis compañías, y la batería de la artillería de campaña, al mando del capitán Juan Penna, de origen milanés, nacido en 1830 y con una prolongada actuación en las luchas italianas de 1848 y 1849, y que en la Argentina realizaría una dilatada y reconocida

carrera militar. Finalmente estaba la caballería, a cargo de un oficial de la Guardia Real, revolucionario y también exilado: el capitán Mariano Barilan, oriundo de Rímini.

El 1 de julio de 1856 se echan los cimientos de la colonia Nueva Roma a 25 kilómetros al oeste de Bahía Blanca sobre el río Sauce Chico, para cumplir con los objetivos para los cuales había sido creada la Legión Agrícola.

Dos hechos destacados acompañaron el desarrollo de la colonia Nueva Roma. El primero es que el mayor Clerici debió alejarse por enfermedad y falleció en octubre de 1856, luego de haber establecido cordiales relaciones con el más temido y poderoso de los jefes indígenas, el cacique Calfucurá. El segundo fue el asesinato de Olivieri, el 28 de septiembre, a manos de algunos de sus hombres amotinados por los duros castigos a que eran sometidos. Los sublevados desertaron y su crimen quedó impune.

La llegada del capitán Felipe Caronti, meses después, serenará los ánimos y asegurará la continuación de la obra emprendida.

El gobierno finalmente nombrará jefe de la Legión Agrícola al teniente coronel Antonio Susini, milanés y marino que había navegado y combatido junto con Garibadli en los ríos de la Argentina. Había sido fundador de la Legión Italiana, durante el sitio de Montevideo.

En 1853 Susini llegó a Bahía Blanca llevando como segundo jefe al mayor Juan Bautista Charlone, de valiente y sacrificada actuación en la guerra contra Paraguay que tendría lugar unos años después, y a los capitanes Sagani, Zonza y Valerga junto con cuarenta soldados. Todos esos oficiales y tropa eran veteranos en las luchas de las legiones Italiana y Valiente. Con el objeto de transformar la Legión Agrícola-Militar en un cuerpo del ejército, el nuevo jefe llevará a cabo una profunda reorganización: la fuerza se llamará en el futuro Legión Militar, dará de baja a los menos aptos y por su conducción recuperará su glorioso prestigio.

Sus acciones contra los indios en las campañas de Salinas Grandes y en la batalla de Pigüé, en febrero de 1859, enfrentando las fuerzas del cacique Calfucurá, merecerán los elogios del general Wenceslao Paunero, quien estaba al comando de la división Bahía Blanca. En mayo de 1859 la Legión acude en defensa de Bahía Blanca, atacada por 2.500 indios a los que vence y de los que rescata parte del botín robado. Gracias a esta acción, se libera a gran número de cautivos. La actuación del teniente coronel Susini será reconocida con su ascenso al grado de coronel en julio de 1859 por el estado de Buenos Aires.

El desempeño de la Legión Militar trascendió el plano castrense pues uno de sus oficiales, el capitán Caronti, tuvo a su cargo el desa-

rrollo de importantes proyectos en la región bahiense: construyó el primer muelle del puerto, las dos primeras escuelas, la primera iglesia, fabricó municiones y reparó armas, levantó planos topográficos y efectuó estudios meteorológicos. Bien se puede decir que Caronti, que no pudo terminar en Italia sus estudios de ingeniería por sus ideales políticos, vio más que logrados sus sueños en el país que lo adoptó.

Luego de cuatro años de lucha contra las tribus del sur, el Superior Gobierno del Estado dispone el regreso de la Legión Militar para combatir al ejército del general Justo José de Urquiza en una nueva contienda entre la ciudad de Buenos Aires y el resto del país.

Los legionarios lucharon en la batalla de Pavón con la valentía y gallardía que les eran características y donde continuará agigantándose el prestigio y valor del en ese momento coronel Charlone, premiado con un ascenso y una espada de honor.

El desempeño de la Legión Militar llegará a conocimiento de Garibaldi quien, desde Caprera, hará llegar el 15 de noviembre de 1861 una carta a sus antiguos compañeros. Allí decía:

> Alla Legione Italiana de Buenos Aires. Avete combattuto valorosamente per la libertà della Reppublica Argentina, che è un popolo caro, honesto e generoso. Vi invio una parola in omaggio, d'affette di gratitudine, in nome della Italia intera e del vostro vecchio compagno d'armi G. Garibaldi.

Una emotiva ceremonia tuvo lugar en la ciudad de Rosario, provincia de Santa Fe, que era el nuevo destino de la Legión Militar. En esa ciudad, el 4 de febrero de 1864, recibieron los legionarios una nueva bandera argentina, pues la antigua estaba casi totalmente destruida luego de tantas campañas y combates.

A comienzos de 1865 la Legión retorna a Buenos Aires donde completará sus cuadros con oficialidad y tropa argentina, para finalmente fusionarse con el 8° Regimiento de Infantería de Línea en abril de ese mismo año. Así encuadrado, marchará hacia la guerra contra Paraguay, iniciada el 25 de mayo de 1865.

En esa fecha, el ejército del Paraguay al mando del mariscal Francisco Solano López, ya en guerra contra el Imperio de Brasil, invadirá sorpresivamente el territorio de la República Argentina. Así se inicia la llamada guerra de la Triple Alianza, donde los ejércitos de Brasil, Uruguay y Argentina enfrentaron al paraguayo en la más cruenta de todas las guerras que han tenido lugar en América del Sur. Ingentes masas de hombres fueron sacrificadas contra las

fortalezas paraguayas defendidas con un valor sobrehumano en medio de densas selvas.

Ambos bandos dieron pruebas de coraje lindantes con la insania. Baste mencionar que, agotados sus hombres en prolongadas batallas, el gobierno paraguayo llegará a formar batallones de niños y de mujeres, continuando la lucha hasta la muerte de los últimos mil hombres del ejército de Francisco Solano López, quien murió junto con ellos.

En esta sangrienta y prolongada guerra, los hombres de la Legión Militar dieron pruebas de su valentía, destacándose en todos los combates en los que intervinieron. Lucharon en la ciudad de Corrientes y en las batallas de Yatay, Uruguayana y en la cruel carnicería de Curupayti, donde junto a miles dejó su vida el coronel Charlone mientras trataba infructuosamente de alcanzar las trincheras enemigas en cargas de infantería similares a las que más tarde espantarían al mundo durante el desarrollo de la Primera Guerra Mundial.

La pérdida de Charlone llevó a que el mando de las fuerzas italianas recayera en el oficial argentino coronel Baldomero Sotelo, con quien estuvieron presentes en las batallas de Lomas Valentinas y Paso Hondo; donde el 21 de octubre de 1869 tomaron a la bayoneta una batería de ocho cañones.

Luego de estas acciones la Legión Militar pasó a formar parte del ejército de ocupación, con destino en Asunción, la capital paraguaya, hasta enero de 1871. Durante toda la guerra de la Triple Alianza la Legión usó su uniforme distintivo, que obviamente fue haciéndose menos completo con la adaptación a las necesidades y carencias de la campaña. Los restos de la gloriosa Legión retornaron a la ciudad de Corrientes y permanecieron como parte del primer batallón del Regimiento N° 8 de Infantería.

La Legión Militar no fue la única fuerza de origen italiano creada para servir junto con el Ejército Argentino, pues otras dos agrupaciones de ese origen se agregaron a ella.

Una fue la Legión 1ª de Voluntarios o Voluntarios de la Libertad, fuerza organizada por el comandante José Giribone, nacido en 1823 en la ciudad de Génova y también emigrado por razones políticas. Arribó a Montevideo en 1843, donde luchó en forma destacada junto a Giuseppe Garibaldi y Francisco Anzani en el sitio de la capital uruguaya. Con una gran capacidad musical y con su ejemplo de valentía y sacrificio, demostrada en el combate de El Tala, dejó al Ejército Argentino una marcha militar, “La marcha del Tala”.

El 10 de agosto de 1861 se nombró a Giribone comandante de una fuerza que debía organizar y que llevaría el nombre de Volun-

tarios de la Libertad. Fue destinada a proteger la ciudad de Rosario, Santa Fe, pero a los pocos meses fue disuelta para que con sus efectivos se organizara una llamada Legión Extranjera, a la que se sumaron voluntarios de diferentes nacionalidades pero siempre con mayoría de italianos.

Esta fuerza se comprometió a servir bajo contrato por el término de tres años y fue destinada a reforzar el III Regimiento de Infantería de Línea que protegía a la población de Azul, en el sur de la provincia de Buenos Aires, de los ataques de los indios. Su nombre es modificado por el de I Legión de Voluntarios y bajo esta denominación combatió en la guerra de la Triple Alianza, formando parte del ejército de operaciones aliado.

El 17 de febrero de 1868 el comandante Giribone caería víctima de dieciocho heridas, "todas de frente", como refiere el parte militar de ese momento, al enfrentarse a fuerzas superiores. Desaparecía con él la segunda figura heroica de los italianos en esta guerra.

La otra fuerza es la II Legión de Voluntarios. El antes mencionado coronel Antonio Susini, reorganizador de la Legión Agrícola-Militar, había delegado el mando al entonces teniente coronel Charlone, por haber sido designado jefe de la escuadra del gobierno del estado de Buenos Aires, en 1857. Pero Susini no podía estar ajeno a la lucha que tenía lugar en Paraguay, por lo que retomó el servicio en tierra y organizó otro cuerpo que recibió el nombre de II Legión de Voluntarios, con la que marchó con el ejército de operaciones y participó en toda la campaña.

Desde el primer momento Susini fue designado al mando de una brigada de la que formaba parte su legión y finalmente ocupó el elevado cargo de comandante del I Cuerpo del Ejército Argentino.

Al dar fin la guerra contra Paraguay, restos de las fuerzas italianas intervinieron en algunas acciones de nuevas guerras civiles en la Argentina, para ser luego licenciados luego de sus extensas campañas.

Ya no habría más legiones italianas en el Ejército Argentino, pero muchos de sus hombres, tanto soldados como oficiales, solicitaron y fueron incorporados al Ejército nacional y llegaron a desempeñar altos e importantes cargos, colaborando en las luchas finales contra el indio y en la organización definitiva de un ejército al cual habían pertenecido desde siempre por el derecho que da la sangre derramada.

Bibliografía

Álbum de la Guerra del Paraguay, Buenos Aires, Imprenta Jacobo Peuser, 1893-1894.

Best, Félix, *Historia de las guerras argentinas*, t. II, Buenos Aires, Peuser, 1960.

Caronti, C. Luis, *Legiones italianas*, Buenos Aires, 1907.

Comando en Jefe del Ejército, *Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1972.

De Marco, Miguel Ángel, *La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

Ferracutti, Enrique, *Las expediciones militares en los orígenes de Bahía Blanca*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1962.

Granienigo, Gaio, *Italianos entre Rosas y Mitre*, Buenos Aires, Sediliba, 1987.

Walther, Juan Carlos, *La conquista del desierto*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1964.

Un carlista en el Río de la Plata

Todas las contiendas bélicas dejan entre sus secuelas el doloroso exilio al que se ven obligados muchos de sus participantes, buscando en nuevas tierras la posibilidad de rehacer sus vidas. Las guerras carlistas que dividieron la sociedad española en el siglo XIX también dieron lugar al peregrinaje forzado de aquellos a los que la victoria les había sido negada.

El 22 de octubre de 1840 a bordo de la nave *Henri*, procedente del puerto francés de Poimboeuf, llegaba a la ciudad de Montevideo un hombre de origen español de veintitrés años, registrado con el nombre de León Sánchez de Palleja, buscando rehacer su vida no por corta menos agitada. Nacido en Sevilla en 1817, era hijo de don Manuel Pons, de profesión médico, y fue inscripto como José Pons de Ojeda, nombre que, como veremos, cambió. Con el correr de los años ingresaría en la Academia de Artillería, buscando concretar su vocación por la milicia.

En 1817, ya con diecisiete años, lo sorprende el estallido de la después primera guerra carlista, desatada en torno a la sucesión al trono de Fernando VII, entre los partidarios del infante Don Carlos y los liberales de la reina María Cristina. El joven soldado participó bajo las banderas del primero de los nombrados sirviendo en el Ejército del Norte, en el que alcanzó el grado de teniente en 1838 y pasó a ser ayudante de conde de Negri.

Al llegarse al convenio de Vergara, el teniente –ahora de veintidós años cumplidos–, viendo perdida su causa, emprendió el duro camino del exilio. Se dirigió a Francia en agosto de 1839 y como tantos otros disidentes políticos adoptó un nuevo nombre: León Sánchez de Palleja.

Como ya hemos mencionado, Montevideo será un año más tarde su destino. Allí arribó portando cartas de presentación para un comerciante de esa ciudad, Federico de Brosses, quien lo llevó a trabajar en una barraca de frutos del país. Al año de vivir en la capital se instaló al frente de un almacén en la localidad rural de Paysandú, en el interior del territorio uruguayo.

La guerra civil entre unitarios y federales que se desarrollaba en la vecina República Argentina se extendió a Uruguay, donde un gran número de sus hijos combatía en uno u otro de los bandos en pugna, buscando y obteniendo el respaldo político y militar para los partidos políticos colorado y blanco de la Banda Oriental.

El avance de las tropas argentinas del bando federal en el territorio uruguayo, al mando del coronel también uruguayo Manuel Oribe, obligó a León Sánchez de Palleja a abandonar sus bienes y alejarse de Paysandú en dirección a Montevideo, donde halló refugio antes de que se produjese el dilatado asedio llevado a cabo por las fuerzas federales argentinas y los simpatizantes del partido blanco oriental, que se prolongó desde 1842 hasta 1851.

En 1843, en una misiva dirigida a su padre, le dio cuenta de sus peripecias en el Río de la Plata y le informó de su ingreso en el ejército, respondiendo al llamado que a los residentes extranjeros hicieran llegar las autoridades de la sitiada población.

Palleja, simpatizante del partido colorado, entró como soldado al Batallón 1º de Guardias Nacionales, perteneciendo a la Compañía de Cazadores que se encontraba al mando del capitán Francisco Martínez. Su capacidad organizativa fue pronto reconocida por el jefe de su batallón y participó en numerosos hechos de armas donde se mostró como intrépido y valiente combatiente.

Se desconocen los motivos que lo impulsaron a incorporarse como simple soldado durante el primer año del asedio, pero lo cierto es que durante el transcurso del siguiente año se presentó ante el general argentino José María Paz, que comandaba la defensa de la ciudad, ante quien revalidó los despachos que lo acreditaban como ex ayudante mayor del ejército carlista.

Así reconocido, fue nombrado segundo jefe de la Escucha Española, cuerpo cuyos miembros actuaban como vigías adelantados en la primera línea de trincheras, y eran los ojos y oídos de los defensores. Sus valientes intervenciones se prolongaron durante todo el conflicto, y se destacó no solamente en acciones de carácter defensivo, sino efectuando salidas ofensivas sobre las fuerzas sitiadoras.

El general Oribe fue obligado a capitular el 8 de octubre de 1851, al ser sus fuerzas cercadas y derrotadas por las que comandaba el

general argentino Justo José de Urquiza, quien al frente de un gran ejército comenzaba a batir a las fuerzas rosistas. Así daba a su fin el sitio de Montevideo, pero no la guerra entre las facciones políticas en el Río de la Plata.

León Sánchez de Palleja, ya teniente coronel, recibió el mando del Batallón Voltigeros, compuesto por alrededor de quinientos hombres de tropa, y con ellos formó la División Oriental que, a las órdenes del general uruguayo César Díaz, se unió al Ejército Grande, conformado hasta ese momento por argentinos y brasileños. Ese ejército invadió la República Argentina y libró la batalla de Caseros, en las cercanías de Buenos Aires, el 3 de febrero de 1852, derrotando al ejército federal y dando fin al gobierno de Juan Manuel de Rosas.

Durante el combate, la División Oriental que ocupaba el ala izquierda de la fuerza atacante tuvo un brillante desempeño y las fuerzas al mando de Palleja, actuando valerosamente, fueron las primeras en ocupar el palomar y las construcciones anexas que se encontraban en el extremo derecho de la línea enemiga.

Pero un desgraciado y vergonzoso suceso tendrá lugar y será un baldón en la conducta humana y militar del jefe del Batallón Voltigeros. En el palomar de Caseros se hallaba instalado un hospital de sangre al mando del cirujano mayor del Ejército Federal Claudio M. Cuenca quien, ante el peligro cierto de que los heridos a su cuidado fueran pasados por las armas por la enardecida tropa ocupante, acudió ante León Sánchez de Palleja exigiendo el respeto de la vida de los heridos. En una reacción incalificable, Palleja lo atravesó con su espada, y Cuenca finalmente fue rematado por el capitán Tomás Larrogoitía.

¿Qué llevó a Palleja a tan indigna acción? No lo sabemos. Nada en su historia anterior o posterior aporta indicios que nos permitan conocer el porqué de este vergonzoso episodio.

Finalizada la campaña, la División Oriental retornó a la República Oriental del Uruguay y con ella, al frente de sus hombres y ya con el grado de coronel, lo hizo León Sánchez de Palleja.

Se involucró activamente en los conflictos políticos que produjeron la caída del presidente uruguayo Juan Giró, en la revolución del 18 de julio de 1853, para posteriormente retirarse del ejército y dedicarse exitosamente desarrollo de actividades comerciales.

En abril de 1863 es injustamente detenido durante el gobierno del presidente Bernardo Berro por temor a que se plegara a las fuerzas del general oriental Venancio Flores, que habían invadido Uruguay dando comienzo a una nueva lucha fratricida.

Luego de permanecer tres meses prisionero, fue liberado al producirse el triunfo de las tropas invasoras. Sus reconocidas cualida-

des como jefe de fuerzas de infantería lo hicieron merecedor del comando de la I Brigada de Infantería del Batallón Florida.

La guerra de la Triple Alianza, que se prolongará desde 1865 hasta 1870, enfrentará en el Río de la Plata a las fuerzas coaligadas del Imperio de Brasil, Uruguay y Argentina, bajo el mando del general Bartolomé Mitre contra el ejército de la República de Paraguay que comandaba el mariscal Francisco Solano López, presidente de esta última república. La dureza selvática del terreno en que se desarrolló la lucha, la extensión inmensa de los diferentes teatros de la guerra y el valor casi místico de todas las fuerzas involucradas dieron origen al conflicto bélico más prolongado y sangriento que se haya producido en América del Sur.

Inmensos ejércitos, desplazándose por esteros, pantanos y selvas, cruzaron algunos de los ríos más caudalosos del planeta, para estrellarse en furiosas cargas a la bayoneta contra las grandes fortificaciones defendidas hasta el fin por los soldados paraguayos con determinación y valor que mantuvieron hasta el final, y que causaron casi la aniquilación de la población masculina mayor de catorce años. A esta guerra marchó el Batallón Florida al mando de Palleja.

Se embarcó en el puerto de Montevideo el 22 de junio de 1865, en el vapor *Tacuarí*, junto con otro regimiento uruguayo de infantería, el 24 de Abril. Luego de seis días de viaje por la cuenca del Plata, llegaron a Concordia, Argentina.

Dejará Palleja en Uruguay un libro de estrategia titulado *Ordenanzas sobre el ejercicio y maniobras de los cazadores a pie*. Asimismo, tomó el compromiso, que cumplirá fielmente, de ser el corresponsal del diario *El Pueblo* de Montevideo, al cual hará llegar puntualmente más de setenta crónicas de las acciones militares. Éstas son hoy una magnífica y sincera descripción de una guerra que enfrentaba a pueblos hermanos. En una de esas crónicas, vertió su valiente posición frente a los trágicos encuentros de los que era actor:

> No fui partidario de esta guerra, todos saben mis ideas a este respecto... Naciones de un mismo origen y de causas idénticas están destinadas a mantener una política común y a ser hermanas [...] pero ya que paraguayos y uruguayos cayeron en este error, tendríamos un verdadero pesar en no regresar a la patria amada con honra, aunque volviéramos sin gloria.

Idolatrado por sus subordinados –a quienes siempre condujo personalmente en las batallas– y admirado por los oficiales de los

ejércitos aliados, su valentía será también reconocida por sus adversarios.

Al frente del Batallón Florida intervino en la batalla de Yatay el 18 de agosto de 1865 y en el asedio y la conquista de Uruguayana, el 19 de septiembre del mismo año. Participó en el cruce del río Paraná, en la invasión del territorio paraguayo y en el establecimiento de la cabeza de puente junto a brasileños y argentinos. Las batallas de Estero Bellaco, el 2 de mayo de 1866, y de Tuyutí, el 24 de mayo, serán otros tantos y sangrientos escenarios donde demostró su arrojo y experiencia militar.

El 17 y el 18 de julio de 1866 con furiosas cargas de bayoneta los ejércitos aliados trataron de desalojar al enemigo de sus posiciones fortificadas en la llamada batalla del Boquerón. Al frente de sus hombres, como era su costumbre, avanzó Palleja para caer mortalmente herido sin poder alcanzar el triunfo (imagen 15). Sus hombres, que "lo amaban como a un padre", bajo el mando de los tenientes Villegas y Sandoval, rescataron su cuerpo a riesgo de sus vidas, despreciando las descargas del enemigo.

Otro cronista del conflicto, el capitán Francisco Seeber, escribió a propósito de la muerte del jefe del Batallón Florida:

> En medio de un fuego incesante de tres mil enemigos que causaba estragos tremendos, el Batallón Florida que comandaba Palleja presentó armas cuando retiraban el cadáver de su jefe. Fue una ceremonia tocante pero poco militar porque los soldados suspendían el fuego.

Los restos mortales del ex oficial carlista y guerrero de las luchas americanas reposan hoy en el Cementerio Central de Montevideo, capital de la República Oriental de Uruguay, su elegida patria adoptiva a la cual regresó con gloria y con honra.

Bibliografía

Acevedo, Eduardo, *Anales históricos del Uruguay*, t. I y II, Montevideo, Casa Barreiro, 1933.

Beverina, Juan, *La guerra del Paraguay*, t. 1-7, Buenos Aires, 1921-1926.

De Marco, Miguel Ángel, *La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

Garmendia, José Ignacio, *Recuerdos de la guerra del Paraguay. Campaña de Corrientes y Río Grande*, Buenos Aires, 1890.

–, *Recuerdos de la guerra del Paraguay. Campaña de Humaitá*, Buenos Aires, Peuser, 1901.

Martínez, Carlos María, *Urquiza en el Uruguay. Los orientales en Caseros*, Buenos Aires, Instituto Urquiza de Estudios Históricos, 2001.
Palleja, León de, *Campaña contra el Paraguay*, Montevideo, 1865.
Yabén, Jacinto, *Biografías argentinas y sudamericanas*, t. I-IV, Buenos Aires, Metrópolis, 1938-1940.

La segunda batalla de Tuyutí

Los horrores y sufrimientos que habían tenido por escenario los esteros y bañados de Tuyutí el 24 de mayo de 1866 volverían a ser testigos de las crueldades desencadenadas por la guerra de la Triple Alianza.

En noviembre de 1867 Francisco Solano López planificó detener el avance aliado abandonando la conducta defensiva que había sido obligado a tomar luego de la primera batalla de Tuyutí, y pasar nuevamente a la ofensiva.

En el transcurso de los meses los ejércitos de la Triple Alianza habían extendido sus líneas de aprovisionamiento desde los depósitos de Itapirú y Tuyutí donde se almacenaban todos los elementos imprescindibles para llevar a cabo la guerra hasta Tuyu Cué.

La importancia de las fuerzas aliadas estacionadas en el antiguo campo de batalla del 24 de mayo de 1866 queda demostrada en una carta del general en jefe Bartolomé Mitre al marqués de Caxias, de abril de 1867, donde el argentino detalla sus planes para continuar la guerra. En ella menciona desde el número de tropas necesarias hasta la distribución de esas fuerzas, que deberían tener como puntos de apoyo Curuzú para las fuerzas navales y Tuyutí como base de una columna que debería flanquear el dispositivo defensivo de Solano López. Con referencia a la última localidad detallaba:

> Es por eso que me empeño en que en Tuyutí queden por lo menos 15.000 hombres, pues sólo con estas fuerzas pueden conseguirse ventajas decisivas.

La logística aliada se veía dificultada, además de las distancias a recorrer, por la casi ausencia de caminos en el interior paraguayo

y las características geográficas del terreno, a lo que se sumaba la necesidad de contar con gran número de animales de tiro que siempre resultaban insuficientes para paliar la pésima alimentación por la imposibilidad de obtener víveres de los terrenos ocupados, dado que todo tipo de ganado había sido retirado por órdenes del gobierno paraguayo para evitar su utilización por el enemigo. A ello se agregaban las enfermedades que los asolaban.

Conocedor Solano López de los problemas logísticos de sus contendientes, no dejó de reconocer que la destrucción de los depósitos podría llevar a producir la retirada hacia Tuyutí de los ejércitos enemigos, abandonando su avance, y tal vez a avenirse a la paz.

El mayor George Thompson relevó las defensas del objetivo y elaboró los planos del mismo, acción que pudo llevar a cabo por informes de prisioneros y desertores, y por la observación del campo de Tuyutí desde los mangrullos.

El 2 de noviembre en horas de la tarde Solano López reunió en su cuartel de Paso Pucú a los mandos de las unidades que participarían en el ataque y a la mañana siguiente dio sus instrucciones a todos ellos en forma conjunta, contraviniendo su costumbre de hacer llegar en forma separada sus órdenes, práctica que tan mal resultado le diera en la batalla del 24 de mayo de 1866 en esos mismos terrenos.

El general Vicente Barrios fue puesto al mando de la fuerza de nueve mil hombres que realizaría el ataque, dirigida por el teniente coronel José María Núñez. Este ejército estaba formado por los regimientos 1º, 3º, 6º, 8º, 9º, 11º, 13º, 18º, 20º, 27º, 30º, 34º, 37º, 38º y 40º de infantería y los batallones de caballería 2º, 8º, 9º, 10º, 11º y 20º, con el apoyo de tres brigadas de artillería y algunas coheteras a la Congrève. Se formaron así dos divisiones comandadas por los coroneles Manuel Antonio Giménez y Antonio Luis González, con cuatro batallones de dos brigadas cada división. El mando de la caballería recayó en el comandante Bernardino Caballero y el de la infantería, en González.

Un total de ocho mil hombres llevaría a cabo el asalto de Tuyutí, donde atrincherados se hallaban el doble de tropas aliadas, ignorantes de los planes de Solano López. Por expresas órdenes de éste, las columnas debían aproximarse en silencio y esperar las primeras luces del amanecer para, haciendo uso de la sorpresa, atacar las defensas exteriores aliadas. Las tropas se concentrarían durante la noche y acamparían en el paso Yataití Corá desde donde comenzarían su ataque a las 4.30.

El ataque se llevaría a cabo desde el este, empleando sólo a los infantes formados en dos columnas mientras la caballería, rodeando

las defensas aliadas, atacaría por el flanco el campamento de Tuyutí para penetrar en él y, sin detenerse, avanzaría hasta llegar a Itapirú donde, luego de reagruparse, atacaría la retaguardia enemiga llevando a cabo el envolvimiento de toda la posición aliada.

Todas las construcciones, barracas, depósitos y corrales debían ser destruidos, se incendiaría todo aquello que no pudiese ser transportado y las piezas de artillería capturadas serían enviadas inmediatamente a la retaguardia paraguaya.

Solano López ignoraba que en las vísperas del proyectado ataque se había formado en el campamento aliado una columna con pertrechos para la posición brasileña de Tuyucué, ubicada a unos 9 kilómetros al norte de Tuyutí, escoltada por 1.600 hombres comandados por el coronel Antônio da Silva Paranhos que aguardaban el momento de su partida ubicados en el flanco del campamento aliado, ignorantes de estar en el punto donde se desencadenaría el ataque. Esta situación las llevaría a actuar como una impensada fuerza de reserva.

La infantería paraguaya se formó en tres columnas de ataque dejando una de reserva, y durante su avance la primera –ya casi sobre su objetivo– encontró dos piquetes de infantería argentina que cumplían funciones de descubierta y que les efectuaron disparos. Éstos no fueron respondidos y los atacantes continuaron su marcha atacando a la bayoneta, sin disparar sus armas, con el fin de prolongar el efecto de la sorpresa.

Las defensas exteriores aliadas fueron rápidamente asaltadas y vencidas y el ataque sorprendió a unos 330 hombres pertenecientes al 41º Batallón de Voluntarios brasileños, que protegían el sector donde casi sin lucha fueron capturados 15 oficiales y 250 soldados.

La segunda columna atacó el reducto San Martín, donde se hallaba instalada la artillería argentina que sólo pudo efectuar dos disparos antes de ser vencida y ver su posición ocupada. El batallón Corrientes y la Legión Paraguaya también fueron atacados y obligados a retroceder. Esta última sufrió gran número de bajas.

La tercera columna de los paraguayos atacó el reducto construido por las tropas brasileñas que había recibido el nombre "Reducto Estrella" y que estaba guarnecido por una brigada de artillería y fuerzas de infantería. Estas tropas soportaron el ímpetu de reiterados ataques pero no pudieron evitar que sus defensas fueran parcialmente ocupadas por las tropas paraguayas que habían multiplicado sus asaltos, indiferentes al daño que sufrían por él fuego de los cañones que guarnecían la posición y que les ocasionaban gran número de bajas.

La infantería de Solano López continuó su avance arrollador disponiéndose a asaltar la segunda línea de defensa aliada mientras a su retaguardia, cumpliendo los objetivos previstos, se procedía a las destrucciones.

Guarnecían la segunda línea aliada cinco batallones de infantería de Brasil, que también fueron vencidos y debieron abandonar el terreno que ocupaban. En su retirada cayeron al poblado de dos mil almas que vivían en pequeñas y precarias construcciones, donde estaban instalados locales de comercio que surtían a los soldados, casas de bebida y víveres, algunos prostíbulos y numerosas viviendas donde se alojaban mujeres y niños que conformaban una sociedad comercial que vivía y medraba con las necesidades de las tropas, como ha sido habitual en tiempos de guerra.

El ataque produjo gran conmoción entre los civiles que buscaron en la huida su salvación. Convertidos en una masa enloquecida, se entremezclaron con soldados en retirada que habían abandonado sus posiciones y buscaban alejarse por cualquier medio del peligro que había caído sobre ellos inesperadamente.

La multitud presa del pánico llegó hasta Itapirú en busca de medios para cruzar el río intentando llegar a Paso de la Patria. Llegaron a pagarse grandes sumas de dinero para ser embarcados en los navíos mercantes y botes que se hallaban fondeados en la costa paraguaya.

Los atacantes se dedicaron con ahínco al pillaje de las propiedades indefensas deslumbrados por los bienes abandonados, algunos tan ausentes de su alimentación como la sal y el azúcar, que se hallaban listos para paliar sus múltiples y crónicas carencias. Prolongaron su permanencia en el poblado, entusiasmados con el fabuloso botín que recogían.

Otros reductos aliados sufrieron violentos ataques y fueron ocupados.

El saqueo, acompañado de la ingesta de alcohol, fue violentamente interrumpido por la entrada en combate de las fuerzas comandadas por Silva Paranhos que habían partido antes del amanecer para proteger el convoy de abastecimientos para Tuyu Cué. Su ataque sorprendió a los paraguayos, que estaban con sus filas desorganizadas. Algunos de los reductos argentinos lograron ser recuperados.

Rápidamente comenzaron a sumarse el resto de las tropas aliadas al contraataque organizado por Porto Alegre. Los oficiales paraguayos inútilmente intentaron reorganizar sus filas y rápidamente el poblado fue reconquistado bajo el fuego de los cañones brasileños, cuyos servideros habían sido arengados por su jefe en estos térmi-

nos: "Hombres, la victoria de esta hora depende de ustedes: por la gloria y la artillería".

Mientras estos sucesos se desarrollaban en las primeras horas del amanecer, la caballería paraguaya comandada por el general Bernardino Caballero había penetrado exitosamente en las líneas brasileñas y comenzado a trasladar a su retaguardia 257 prisioneros, entre ellos seis mujeres, junto con dos banderas imperiales y una argentina, y catorce piezas de artillería que habían caído en sus manos, entre otras un cañón Whitworth que no pudieron llevar hasta sus filas por estar profundamente encajado en el barro.

La carga de los jinetes de Caballero había alcanzado a penetrar en el estero Bellaco llegando hasta Paso de la Patria casi hasta alcanzar el puerto de Itapirú, y comenzaron a atacar a las columnas de fugitivos civiles y miliares provenientes de Tuyutí, abriéndose paso hacia esta última para atacar a las fuerzas aliadas por su retaguardia. Pero llegaron tarde pues su infantería ya había abandonado, derrotada, el poblado que era presa de las llamas; para colmo, una fuerza de caballería argentina de unos ochocientos hombres comandadas por el general Manuel Hornos se había hecho presente proveniente de Tuyu Cué, alertada por el rugir de los cañones.

Ambas caballerías se enfrentaron durante más de una hora, luego de la cual Caballero y sus hombres abandonaron el campo. La batalla finalizó alrededor de las nueve.

El periódico paraguayo *El Semanario*, publicado en Asunción, dio cuenta de la batalla y de su resultado:

> Así destrozado y desalojado de sus posiciones atrincheradas, tuvo que presenciar el horrible espectáculo del incendio de sus campamentos que ha añadido la mortificación a la vergüenza de su derrota. Largos cuarteles, depósitos de comisaría, parques, casas de comercio, extensas carperías, todo servía de combustible al fuego devorador que con sus abrasadoras llamas purificó el suelo profanado por las inmundas plantas del infame invasor.

La retirada de los atacantes se realizó con todo orden, sin dejar de combatir y cargados con los despojos conquistados.

Nuevamente Tuyutí había sido el marco de un cruento combate que había producido el caos entre las fuerzas de los aliados

Las bajas de los atacantes fueron 2.100 hombres en total, de los cuales 1.200 fueron víctimas fatales, y algunos regimientos retornaron diezmados como el Nº 20, que había entrado en combate con más de 400 plazas y retornó con escasos 70 hombres, o el Nº 40, que

regresó con sólo 100 soldados. Algunos autores refieren que entre los caídos se contabilizaron 73 oficiales. Se capturaron 430 prisioneros, entre ellos un batallón brasileño, el N° 41, completo, con su comandante, el mayor Ernesto da Cunha Mattos, junto con otros 13 oficiales y un mayor argentino apellidado Aranda. Se incautaron más de 1.000 fusiles y un total de 13 piezas de artillería junto con sus municiones, la mayoría armas argentinas.

En su obra *La guerra del Paraguay* el ingeniero escocés George Thompson da cuenta del cuantioso botín capturado por los hombres de López:

> Los despojos traídos de Tuyutí por los paraguayos fueron inmensos y consistían en artículos de todos los géneros imaginables. Los únicos alcauciles que he visto en el Paraguay durante mi residencia fueron traídos ese día del campamento aliado.

Continuando con su colorido relato Thompson refiere:

> Se trajeron también varios uniformes nuevos para oficiales, encontrados en una sastrería. Se tomaron grandes cantidades de parasoles, polleras, miriñaques, camisas (sobre todo de Crimea); cada soldado venía tan cargado de estos artículos cuanto sus fuerzas se lo permitían. Trajeron también un telescopio con su trípode que pertenecía a uno de los mangrullos. Entre los despojos venían grandes cantidades de relojes, de oro, libras esterlinas y pesos fuertes.

Por su parte, el por entonces mayor Max von Versen, observador del ejército prusiano durante la contienda –quien no dejó de sorprenderse por el éxito alcanzado por las tropas paraguayas frente a un enemigo atrincherado y que las doblaba en número– relató también en sus memorias la llegada de las tropas a su campamento:

> Producía efecto cómico las figuras de los soldados que volvían sobrecargados de variados despojos. De muchos objetos no conocían el empleo, por ejemplo, confundían perfumes y aguas de colonias con licores y bebidas aromáticas, y a despecho de graves heridas muchos traían vinos, comestibles y ropas.

Cuando se produjo el asalto paraguayo el 3 de noviembre, Caxias se hallaba entre San Solano y Tayí. Pudo ver con su telescopio el modo del ataque a sable y lanza y cómo un regimiento entero de

Brasil era conducido prisionero en un santiamén con su jefe Cunha Mattos a la cabeza. El observador prusiano von Versen no podía creer que tan sólo ocho mil paraguayos coparan a más de quince mil aliados, destruyéndoles su parque de guerra y la totalidad de las provisiones de boca, a la par que ponderaba a los soldados que regresaban cargados de artículos diversos –como las cartas de la esposa de Mitre– y libras esterlinas. La correspondencia acababa de llegar de Buenos Aires y había sido llevada a Solano López, incluidos regalos enviados por el hermano de Mitre.

Los defensores sumaron unas 394 bajas mortales, 294 brasileñas y 35 argentinas, además de 1.300 heridos entre ambos ejércitos. Las víctimas civiles sorprendidas en el infierno de la batalla nunca fueron contabilizadas y permanecen desconocidas.

Como era habitual en esta contienda, en los días posteriores continuaron hallándose en esteros circundantes los cuerpos de aquellos valientes que gravemente heridos habían intentado inútilmente regresar a la seguridad de sus líneas antes que ser capturados.

Al regreso de sus hombres Solano López ascendió al general Vicente Barrios a general de división, pero recibió con violento desagrado el hecho de que se hubiera tenido que abandonar el cañón Whitworth. El general José María Bruguez valientemente se ofreció a rescatarlo y, al mando de dos batallones y con una docena de bueyes más los elementos necesarios para liberarlo de su cárcel de lodo, marchó en busca de la codiciada presa. Se trataba de un cañón de hierro, de retrocarga –que le daba mayor cadencia de fuego–, de calibre de 70 mm, con su ánima de forma hexagonal y rayada en espiral, que confería a sus disparos una gran exactitud a 1.500 metros.

Llegado al lugar, Bruguez sorprendió a una partida de tropas argentinas y brasileñas que estaban recuperando la pieza y las obligó a retirarse luego de una escaramuza. Alejado el enemigo, los paraguayos lograron extraer el cañón y llevarlo a sus líneas, donde fue instalado en una posición visible desde el campo adversario, hacia el cual comenzó a hacer blanco de sus disparos.

El Withwhort posteriormente fue llevado a Curupaytí, desde donde causaría daño a los barcos de casco de madera que osaban ponerse a su alcance, como ocurrió con el navío brasileño *Belmonte* al que le desmontó su cañón.

Los prisioneros comenzaron pronto a sufrir los dolores del hambre, sometidos a raciones aun más magras que las de sus captores, y debieron lamentar la ejecución de un oficial que había fugado pero fue recapturado y las de unos cuarenta hombres por problemas disci-

plinarios. Los restantes fujeron trasladados en penosas jornadas de marcha que multiplicaron sus padecimientos hasta San Fernando.

El número de prisioneros, el botín y las piezas capturadas permitió a Solano López considerar la segunda batalla de Tuyutí como una victoria, ordenando acuñar una medalla conmemorativa para ser distribuida entre los participantes.

La noticia del gran número de bajas sufridas por la Legión Paraguaya, así como la captura de su bandera, produjo gran alegría entre las tropas de Solano López, que veían en sus componentes a traidores que combatían contra su propia patria. Así se expresó la prensa de Asunción:

> La deslealtad, la malicia y la traición han encontrado su condigno castigo en la jornada del 3. La titulada Legión Paraguaya compuesta de unos hijos espurios de la Patria fue concluida en uno de los reductos por la espada justiciera del mariscal López.

En la filas de las tropas de la alianza las recriminaciones se extendieron por todo el ejército. Ejemplo de ello es una carta enviada por Joaquín Cascallar, farmacéutico español que revistaba en el cuerpo médico argentino, a un amigo en Buenos Aires. La misiva está fechada el mismo día de los sucesos:

> Cuando el enemigo creyó que era tiempo, cargaron a un tiempo las baterías y reductos de la guarnición [...] encontrando a su totalidad durmiendo [...] Pero, lo que es más extraño, que habiendo una fuerza brasileña cubriendo esa línea, haya abandonado su puesto retirándose en vez de proteger a nuestros artilleros y dar tiempo que nuestra fuerza se rehiciera y volviese al combate, pues bien comprendían que si nuestros soldados huían era efecto de la sorpresa, y más que la sorpresa era el efecto que producía el enemigo bayoneteando soldados que dormían. [...]
>
> Los jefes que cuidaban la defensa de ese punto son los culpables. El general en jefe debería levantarles un sumario por no tener la vigilancia que requiere ese punto.

El emperador de Brasil se interesó en conocer la opinión que le merecía al comandante en jefe del ejército imperial, el mariscal Caxias, la situación de su ejército, los combates librados y la evaluación de las tropas enemigas. Catorce días después del hecho de armas ocurrido en Tuyutí, el prestigioso militar contestó la carta

privada del emperador desde su cuartel de Tuyu Cué el 17 de noviembre de 1867:

> Todos los encuentros, todos los asaltos, todos los combates habidos desde Coimbra hasta Tuyutí, muestran y sostienen de una manera incontestable que los soldados paraguayos están caracterizados por una bravura, un arrojo, una intrepidez y una valentía que raya en ferocidad sin ejemplo en la historia del mundo. [...]
>
> Su disciplina proverbial de morir antes que rendirse y de morir antes de hacerse prisioneros porque no tenían orden de su jefe ha aumentado por la moral adquirida, sensible es decirlo pero es la verdad, en las victorias, lo que viene a formar un conjunto que constituye a estos soldados en soldados extraordinarios invencibles, sobrehumanos.
>
> López tiene también el don sobrenatural de magnetizar a sus soldados, infundiéndoles un espíritu que no puede apreciarse bastantemente con la palabra; el caso es que se vuelven extraordinarios; lejos de temer el peligro lo acometen con un arrojo sorprendente; lejos de economizar sus vidas, parece que buscan con frenético interés la ocasión de sacrificarla heroicamente, y de venderla por otra vida o por muchas vidas de sus enemigos [...] El número de soldados de López es incalculable, todo cálculo a ese respecto es falible, porque todo cálculo ha fallado. [...]
>
> Vuestra majestad tuvo por bien encargarme muy especialmente el empleo del oro, para acompañado del sitio allanar la campaña de Paraguay, que venía haciéndose demasiadamente larga y plagada de sacrificios, y aparentemente imposible por la acción de las armas; pero el oro, majestad, es materia inerte contra el fanatismo patrio de los paraguayos desde que están bajo la mirada fascinadora y el espíritu magnetizador de López.

El plan de Solano López, a pesar de no haber alcanzado la destrucción de las fuerzas enemigas, no dejaba de haber tenido un éxito parcial que hubiese sido abrumador si sus fuerzas se hubiesen retirado con los cañones tomados en lugar de persistir en la lucha, o también hubiese sido mayor de continuar el ataque de su caballería hasta penetrar en Itaipú, cortando así la línea de abastecimiento de los ejércitos de la Triple Alianza, que hubiesen quedado aislados en el interior del país. Por su parte, los aliados sólo reiniciaron sus movimientos sobre Humaitá casi cuatro meses más tarde y debieron dejar una importante guarnición en Tuyutí por temor a una reiteración del ataque que había puesto en peligro toda la campaña.

Bibliografia

AMERLAN, Alberto, *Bosquejos de la guerra*, Buenos Aires, Tjarks, 1902.

CANARD, Benjamín, Joaquín CASCALLAR y Miguel GALLEGOS, *Cartas sobre la guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.

CARDOZO, Efraín, *Hace cien años. Crónicas de la guerra de 1864-1870*, Asunción del Paraguay, La Tribuna, 1972.

CENTURIÓN, Juan, *Memorias y reminiscencias históricas sobre la guerra del Paraguay*, Asunción del Paraguay, El Lector, 1987.

HOOKER, Terry, *The Paraguayan War*, Londres, Foundry, 2008.

LEUCHARS, Christopher, *To the Bitter End: Paraguay and the war of the Triple Alliance*, Londres, Greenwood, 2002.

POMER, León, *La guerra del Paraguay: política y negocios*, Buenos Aires, CEAL, 1987.

THOMPSON, George, *La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Imprenta Americana, 1869.

VERSEN, Max von, *Historia da Guerra do Paraguai*, Editora da Universidade de San Pablo, 1976.

Rifleros ingleses en el Ejército argentino

La situación de la guerra entre la República Argentina y la del Paraguay llevó al Estado argentino a la urgente necesidad de aumentar el número de plazas con que por ese entonces contaba su menguado ejército: escasos seis mil hombres y, distribuidas en siete batallones de infantería de línea, once compañías de granaderos de la misma arma, nueve regimientos de caballería y dos de artillería en la que revistaban seiscientos artilleros.

Además de convocar a la Guardia Nacional y establecer cupos de soldados que cada una de la provincias debía proveer, el gobierno decidió el 19 de abril de 1865 la creación de una segunda legión de voluntarios que fue puesta al mando del coronel Antonio Susini, quien había comandado la Legión Italiana y en 1857 había sido nombrado jefe de la escuadra del gobierno del estado de Buenos Aires. El cuerpo creado en esa fecha debía conformarse con los voluntarios extranjeros que habitaban en el país.

El estallido del conflicto tuvo gran repercusión en amplios sectores de la sociedad porteña y numerosos habitantes se ofrecieron para enrolarse. El entusiasmo popular llegó hasta la creación de un regimiento de estudiantes, que juiciosamente fue desactivado a escasos días de su formación.

La prensa de la ciudad estimuló el voluntarismo de los vecinos, tanto argentinos como extranjeros. El prestigioso periódico de la colectividad inglesa *The Standard of the River Plate* del 19 de abril de 1865 daba cuenta a sus lectores de que "hemos conocido que numerosos alemanes e italianos se han ofrecido como voluntarios". Por su parte *La Nación Argentina* del 23 de abril a su vez corroboraba el "aflujo de voluntarios extranjeros de todas las nacionalidades que

solicitan plazas para la campaña libertadora". Días más tarde, el 27, el editorial del diario inglés llamaba a sus connacionales, entre otros, a presentarse como voluntarios: "El Gobierno Nacional, tenemos razón de creer, recibiría con placer cualquiera propuesta para la formación de una brigada de rifleros ingleses, alemanes o americanos". Es probable que el editor se basara en la memoria de la creación de legiones extranjeras –italiana, española y alemana– que habían tomado parte en la defensa de la ciudad Buenos Aires durante el sitio que las fuerzas de la Confederación Argentina le habían impuesto en 1852.

La misma publicación, en su número del 28 de abril de 1865, avanzaría decididamente en la invitación a sus compatriotas a tomar las armas frente a Paraguay en una columna titulada "Batallón voluntario inglés", donde decía:

> Desde la ruptura de relaciones con Paraguay muchos nos han llamado preguntando sobre los medios y probabilidades de organizar un batallón voluntario inglés; y alguno de las guardias nacionales de habla inglesa han expresado su disposición de servir en un regimiento con sus compatriotas, prefiriendo ellos poner sustitutos en los batallones a los que actualmente pertenecen. Viendo el número de hombres jóvenes, aptos y desempleados provenientes del viejo país, sería fácil para el gobierno levantar un cuerpo de 899, ofreciendo una buena remuneración.
>
> Hay, con todo, una invencible dificultad, que es nombrar un comandante experimentado, un oficial británico con servicios prestados en campañas militares, porque sería extremadamente ridículo el otorgar el mando de 899 hombres a un zapatero inglés o a un empleado de comercio por más valentía que posea.
>
> Esta dificultad ya no existe. El capitán Richard Travor Irwin, del 18° de Royal Irish, nos esperó ayer para informarnos que se halla listo para reclutar, entrenar y conducir un batallón inglés.
>
> El distinguido y veterano oficial inglés ha servido en la guerra de China, de 1842 a 1847, asistió a la captura de los fuertes de Bogno y de cientos de piezas de artillería, fue ayudante de campo general D'Agallar, hizo la campaña de Cantón y organizó la Asociación de Voluntarios de Cantón. El capitán Irwin posee cartas de recomendación que elogian su celo, eficiencia, disciplina y carácter honorable.
>
> Ha arribado al país hace dos meses para dedicarse a la cría de ovejas pero al primer sonido de guerra se han despertado en él los sentimientos del soldado. Está aún en lo mejor de

su vida, con unos cincuenta años, y desciende de respetable familia del oeste de Irlanda.

Hemos visto que se ha familiarizado con la organización de un batallón de voluntarios [...] Está ahora ansioso de imitar glorioso de sus renombrados compatriotas O'Brien y Brown [...] Él intenta aprovechar la primera oportunidad para presentar su proyecto al ministro de Guerra y probablemente encuentre favorable acogida y entusiasmo en los medios oficiales.

The Standard, además de reseñar en la siguiente edición su sorpresa ante el creciente número de connacionales que habían arribado a Buenos Aires, volvería a referirse al proyecto de un cuerpo inglés de voluntarios el 29 de abril de ese año, agregando algunos interesantes detalles de las recompensas que podrían dárseles a aquellos que concurrieran voluntariamente a filas, sin dejar de comentar peyorativamente el valor que la tierra tenía para los ciudadanos argentinos:

Tracemos una línea imaginaria de Pergamino a Fortín Melincué. Hay un cinturón de tierras públicas, fértiles, bien irrigadas e ideales para pastura o establecimientos agrícolas. Lotes de media legua cuadrada ofrecida a cada extranjero serían un premio tentador para muchos pobres cuya aspiración es convertirse en un futuro en propietario de tierras. [...]

Nos aventuramos a pensar que con una premisa así el presidente Mitre podría tener un magnífico batallón de ingleses, que bajo el comando de un oficial como el capitán Irwin sería un contingente de valor imponderable para el Ejército Nacional.

De esta manera un cuerpo de cuatrocientos hombres costaría sólo 100 leguas cuadradas, que de acuerdo con la evaluación de Etchegaray representa un valor de 3.400 libras.

El capitán Irwin, creemos, se ha puesto en comunicación con el ministro de Guerra, y pensamos que esta sugerencia es apropiada con el proyecto de reclutar un batallón inglés dado que la tierra es más apreciada por nuestros compatriotas que por los nativos, y mientras que los últimos preferirían aún una pequeña suma de dinero contante, la propiedad de la tierra sería un mejor incentivo para la raza anglosajona, como se ha comprobado en Estados Unidos, veinte años antes, en circunstancias análogas.

El periódico, luego de resaltar el aflujo de peones a la ciudad donde se los contrataba como personeros, en su editorial del 6 de mayo vuelve a referirse al mencionado capitán Irwin:

> Aquellos de nuestros compatriotas sedientos de gloria deben buscar al capitán Irwin, cuya ambición es formar una brigada de fusileros ingleses.
>
> El capitán Irwin dice que con quinientos hombres seleccionados él se compromete a demoler Humaitá y plantar la bandera argentina en menos de tres meses en el techo de la Aduana de Asunción; pero él no puede hacer nada sin los hombres y el gobierno parece muy lento en colaborar con él y con su ambición.

Basta la lectura de lo precedente para conocer la pobre valoración y el nulo conocimiento que el mencionado capitán tenía sobre las cualidades del ejército tanto del país que lo cobijaba como del enemigo al que deseaba enfrentarse, o de las dificultades logísticas y geográficas en que se desarrollaría la contienda.

Sorpresivamente, el capitán inglés dejó de ser mencionado en el periódico. El nombre del vanidoso militar desaparece de las páginas que tanto lo habían ensalzado y promocionado.

No hemos podido localizar su presencia en los documentos examinados: registros de ingreso de extranjeros al país, registros de defunciones de miembros de la colonia inglesa, registros de residentes en la ciudad, como tampoco en la memorias de guerra y marina de 1865 y 1866 se encuentra mención alguna que compruebe que se había puesto en comunicación con las autoridades militares.

El 5 de julio de ese año *The Standard* informaba:

> Lamentamos tener que informar que el general Paunero ha tenido que fusilar a algunos desertores más. Entre ellos hay cinco escoceses, cuatro irlandeses, dos ingleses y un norteamericano.

Obviamente esto confirma la presencia de ciudadanos de Gran Bretaña en las filas de la Guardia Nacional, algunos de los cuales, según el diario, habían expresado su deseo de formar en una fuerza separada, integrada por connacionales.

Veintiún días más tarde, el 21 de julio, *The Standard*, sin ninguna mención en sus números anteriores, informaba a sus lectores lo siguiente:

> El capitán Davis ha recibido una comisión del Ministerio de Guerra para formar un regimiento inglés. El estipendio que paga es de 5.000 dólares. Creemos que el valiente capitán rápidamente hallará muchos reclutas dado que ha sido

autorizado a enlistar angloargentinos que pertenecen a las Guardias Nacionales.

La información del diario sobre el capitán Davis lo menciona siempre sólo por su grado y apellido pero sin reseñar, como lo había hecho con el misterioso Irwin, su foja de servicios militares. Pero el editorial publicado el 22 de julio brindaba más detalles sobre las andanzas de este militar inglés:

> El capitán Davis es el hombre del día. Un americano también envió una proposición al gobierno para empezar un cuerpo de rifleros, él afirmó que no cree que el gobierno tenga éxito en reclutar muchos ingleses o americanos a menos que las pagas se aumenten.
>
> Creemos que el capitán Davis se propone hacer una gira de reclutamiento por la campaña, donde espera obtener por lo menos 250 hombres anglohablantes.
>
> El capitán Davis ha fijado su cuartel en la barracas de los Restauradores o de los negros, en las calles Defensa y México.

Ningún otro órgano de prensa de la época menciona estos planes, ni aun el diario *La Nación Argentina*, afín al gobierno, da cuenta de los hasta aquí referidos.

El historiador Andrew Graham-Yooll en su libro *La colonia olvidada* informa la existencia de ciudadanos ingleses que revistaban en un cuerpo separado del resto del Ejército argentino. Reproduce una nota aparecida en *The Standard* el 10 de septiembre de 1865:

> La isla Martín García está defendida por la Brigada Inglesa del capitán Davis. Esperamos que el presidente Mitre considere que ahora la isla está en buenas manos; la guarnición por el momento es precaria ya que cuenta con sólo cuarenta y siete hombres, pero el capitán ha instalado un centro de reclutamiento en Retiro y espera un contingente del camp *[sic]*.

La isla Martín Garcia fue artillada con diecisiete piezas de variado calibre, de 25 a 5 libras, distribuidas en seis baterías, según refiere Teodoro Caillet-Bois, el historiador de nuestra marina, pero no hace mención a la presencia de una fuerza de soldados ingleses defendiendo la isla.

The Standard volvería a mencionar al capitán Davis y a sus hombres en el editorial del 6 de enero de 1866:

> Nuestro compatriota, el capitán Davis, de la famosa Brigada Inglesa, está ahora en la ciudad. Mitre notificó a Davis que junto con sus hombres serán los primeros en marchar a Paraguay. Cruzarán el río en pequeñas canoas construidas por los indios del Chaco. Boschetti ha llegado a la ciudad y se encuentra con sus hombres.

Cabe preguntarse entonces si durante la guerra de la Triple Alianza verdaderamente existió entre las filas del Ejército argentino una formación compuesta por ciudadanos ingleses. ¿Quiénes eran el capitán Davis y el mencionado Boschettí? ¿Cuales eran sus nombres? ¿Qué fue de ellos?

Las memorias consultadas del Ministerio de Guerra y Marina publicadas en 1865 y 1866 no mencionan la existencia de esta brigada, como tampoco hay mención en la nutrida correspondencia del general Bartolomé Mitre ni en las numerosas memorias de los protagonistas de la época, ni en la extensa bibliografía de fuentes nacionales o extranjeras se da cuenta de su existencia.

En una publicación de gastos efectuados durante la guerra hemos hallado una referencia oficial sobre la existencia de los voluntarios ingleses:

> Cuenta detallada de gastos hechos en la guerra contra el gobierno del Paraguay del 17 de abril al 31 de diciembre de 1865.
>
> 7 de septiembre de 1865. Se pagaron a Cosme Martin por útiles de escritorio para la compañía inglesa 5-64 pesos fuertes.
>
> 7 de septiembre de 1865. Se pagaron al capitán de la compañía inglesa por rancho 49-96 pesos fuertes.
>
> 6 de octubre de 1865. El comisario pagador recibe por haberes de la compañía inglesa por el mes de septiembre 229-30 pesos fuertes.

Como vemos, al efectuarse los pagos efectuados no se hace referencia a una brigada, unidad que solía constar de unos tres batallones, pero sí a una compañía, formación mucho menor numéricamente que agrupaba entre setenta a doscientos hombres y era mandada por un capitán. Es posible que el adjudicársele el título de batallón primero y brigada luego haya sido más una expresión de deseo del número que sus organizadores aspiraban alcanzar, mientras su encuadramiento como compañía refleje el número real de sus integrantes.

En el texto del *The River Plate Handbook for 1863* firmado por Michael y Edward Mulhall, editores y dueños de esa publicación,

que registra a los habitantes extranjeros en la ciudad de Buenos Aires y sus domicilios, hallamos sólo dos vecinos con el apellido Davis, uno acompañado con la inicial W. de su primer nombre, sin profesión asentada, domiciliado en la calle Reconquista 24 y que figura habiendo entrado en el país proveniente de Montevideo en 1835. El otro portador de igual apellido con la inicial E. de su primer nombre figura como ingeniero, con domicilio en la misma calle que el anterior pero en el número 23, y había ingresado presuntamente en 1861 también desde Montevideo. Ambos llevaban el tiempo suficiente entre nosotros para hablar castellano. Recuérdese que Mitre, según *The Standard*, había hablado con un tal Davis. Ignoramos cuál de ellos era el mencionado capitán. La mencionada profesión de ingeniero no hace referencia tácita a un grado universitario si no a una actividad técnica.

En cuanto a Boschetti, en el citado registro figura un vecino de ese apellido acompañado de las iniciales J.N., domiciliado en la calle Reconquista 24 y que figura ingresado al país en 1864 proveniente de Marsella sin que se halle consignada su profesión. La N. que figura como segunda inicial corresponde al primer apellido de Boschetti, Newberg, como se lo menciona el 3 de agosto de 1866 cuando se le dio de baja según una comunicación que hemos hallado, fechada en Buenos Aires el 3 de agosto de 1866:

> Del: Ministro de Guerra y Marina Interino Cnl. Julián Martinez.
> Al: Inspector Gral. de Armas, Gral. Benito Nazar
> Comunica que fue dado de baja el subteniente de la compañía de rifleros ingleses don Newberg Boschetti.

Tanto Davis como Boschetti habían sido vecinos en 1863, pues habitaban en casas contiguas en la calle Reconquista. Al ser miembros de la colonia inglesa, es de presumir que se conocían y trataban.

La existencia de la formación y el tipo de unidad que integraban ha sido mencionada por Caillet-Bois, escuetamente, cuando da cuenta de la partida de ellos hacia la zona de guerra:

> En el mes de enero de 1866 en el vapor *Menay* comandado por el capitán José M. Manzano se transportó una compañía de rifleros ingleses de Buenos Aires a Itapirú.

También hemos podido hallar pruebas de la existencia y el nombre por la que era conocida esta, hasta hoy, ignorada formación militar en una comunicación enviada por el coronel Julián Martínez,

ministro de guerra y Marina, fechada en Buenos Aires el 16 de junio de 1866:

> Del: Ministro de Guerra y Marina Interino Cnl. Julián Martínez.
> Al: Inspector Gral. de Armas, Gral. Benito Nazar.
> Ordena al jefe de la Comisión de Personas entregue la cantidad de 3.400 pesos al soldado de la Compañía de Rifleros Ingleses Juan Smith, que se halla depositado en el Banco de la Provincia.

Las fuentes investigadas –las ediciones del periódico inglés hasta fines de la guerra, las memorias del Ministerio de Guerra y Marina de 1866 y 1867, las memorias del general Mitre, la correspondencia del general Juan Gelly y Obes, los relatos de Salvador Garmendia, la detallada obra de Juan Beverina, las publicaciones de otros renombrados historiadores, el magnífico *Álbum de la guerra del Paraguay* de 1894 , el libro de personeros de 1865, los restantes archivos sobre la guerra del Paraguay existentes en el Archivo Histórico del Ejército, el archivo del Museo Mitre, el Archivo Histórico Nacional– no registran más datos sobre los rifleros ingleses que los que hasta aquí hemos sabido reunir. Asimismo, tampoco hemos podido hallar datos que indiquen el destino del "capitán Davis", antes, durante y después de la contienda, ni ha sido posible localizar legajo alguno que contenga su nombre.

Es indudable que el número de los reclutados fue marcadamente inferior a los que la redacción de *The Standard* esperaba. Los documentos hallados y las cuentas de gastos derivados para la manutención de los mismos comprueban el escaso número de plazas ocupadas por ingleses.

El único soldado mencionado como perteneciente a los rifleros ingleses, en un también único documento hallado, es el mencionado Juan Smith. Se lo encuentra asentado en la lista de revista de la primera compañía del Batallón 2º de la Legión Voluntarios firmada por el comisario de guerra en agosto de 1865. Allí, en la Compañía de Cazadores, figura un Willian (W.) Smith que junto con el anterior eran vecinos de Buenos aires desde antes del conflicto, por lo que no pertenecían a los contingentes contratados en Europa para formar parte de las fuerzas combatientes, ni su nombre se halla en los listados de personeros de la época. Todo esto corrobora su pertenencia a la fuerza de rifleros ingleses.

Junto con el mencionado soldado figuran en los dos batallones legionarios no menos de veintiséis apellidos identificables como pertenecientes a la colectividad inglesa o irlandesa.

Por ello, no es posible negar la existencia de un grupo de ingleses que constituyeron una compañía voluntaria destinada a combatir en las filas del Ejército argentino. Pero todo hace presuponer que su escaso número llevó a las autoridades militares a amalgamar a los miembros de la Compañía de Rifleros Ingleses en las filas de la Legión de Voluntarios, y no puede descartarse que algunos de ellos hayan revistados en otros cuerpos.

Esta disolución de la agrupación justifica la falta de mención de la misma o de sus integrantes en el periódico de la colectividad a partir de mediados de 1866 que, como se recordará, había auspiciado y publicitado su formación.

Debe tenerse presente que en abril de 1865 el gobierno argentino, según consta en el tomo v correspondiente a 1863-1869 del Registro Nacional, bajo el N° 6414 adoptó la creación de una nueva agrupación militar:

> Deseando el gobierno aceptar los repetidos y distinguidos ofrecimientos que, con motivo de la guerra que nos ha declarado el gobierno del Paraguay, han hecho individuos de diferentes nacionalidades, el presidente de la República ACUERDA y DECRETA:
>
> Art. 1°. Fórmase una legión de voluntarios de quinientas plazas, compuesta de todas las nacionalidades que quieran ocurrir a la defensa de la República, por enganche o alistamiento voluntario por el tiempo que dure la guerra.
>
> Juan A. Gelly y Obes

Por primera y única vez ciudadanos ingleses, agrupados en una formación militar organizada según su nacionalidad, revistaron en las filas del Ejército de la patria.

Bibliografía

ARCHIVO HISTÓRICO DEL EJÉRCITO (Argentina). Guerra del Paraguay. Legajos 22-5797 y 20-5458.

ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL. Lista de revistas, caja 293.

CAILLET-BOIS, Teodoro, *Historia naval argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1944.

DE MARCO, Miguel A., *La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

GRAHAM-YOOLL, Andrew, *La colonia olvidada*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

LUQUI LAGLEYZE, Julio M., *Los cuerpos militares en la historia argentina*, San Isidro, Instituto Nacional Sanmartiniano-Comisión Argentina Historia Militar, 1995.

Ruiz Moreno, Isidoro, *Campañas militares argentinas*, t. 4, Buenos Aires, Claridad, 2008.
Yabén, Jacinto R., *Biografía argentinas y sudamericanas*, t. v, Buenos Aires, Metrópolis, 1938.

Una bandera argentina en la guerra del 14

En el patrimonio vexilológico del Museo de Armas de la Nación de la ciudad de Buenos Aires, existe una bandera argentina de pequeñas dimensiones, pues mide 65 centímetros de largo por 39 de ancho, que se halla inventariada con el número 2.650.

La enseña estuvo presente en la batalla del Marne, ocurrida en Francia del 5 al 8 de septiembre de 1914, a sólo 35 kilómetros de París, ciudad que se hallaba a punto de ser ocupada por los hasta entonces invencibles ejércitos del káiser Guillermo II. Durante el transcurso de la batalla, las tropas francesas lograron detener el avance enemigo obligándolo a retroceder y alejarse de la capital francesa. París estaba salvada y daba comienzo la atroz guerra de trincheras que se prolongaría hasta 1918 a lo ancho de toda Europa.

La bandera, que se encuentra algo ajada por el transcurso del tiempo, está acompañada por una foto postal de un regimiento francés de esa guerra y lleva una nota debajo. En la foto se puede ver a un grupo de soldados franceses con uniforme de suabos fechada en París el 14 de diciembre de 1915. Está dedicada por "A.H. Foy al Dr. Delio Aguilar Giráldez", y en la nota se lee lo siguiente: "Aquella banderita argentina participó en la Batalla del Marne y fue alzada por el caporal Foy, 1º de Zouaves, durante el combate de Chambry los días 8 y 9 de septiembre de 1914".

El caporal (cabo) Alexander Foy, argentino de origen francés que revistaba en el I Regimiento de Suabos del Ejército francés durante la Primera Guerra Mundial, llevó la bandera durante la batalla del Marne. Mientras yacía herido en el campo de batalla se valió de la enseña para llamar la atención del personal de la Cruz Roja y salvar así su vida.

Esta enseña es uno de los escasos testigos de la participación de argentinos en la Gran Guerra y fue donada en 1940 por Delio Aguilar Giráldez en homenaje a Alexander Foy, quien fuera su amigo.

En el medio de la pequeña bandera hay tres sellos de color azul atribuidos al Regimiento de Suabos, según información del legajo del mencionado Museo, que informa que "don Àlejandro Foy usó como «porte-bonheur» [amuleto de la suerte] durante la guerra europea de 1914-18 y me fue remitida por dicho señor una vez sellada por la oficialidad del Cuerpo de Zuavos en el que revistaba, después de la primera batalla del Marne, en la que fuera herido". Hay un sello en la documentación del Museo con fecha 9 de noviembre de 1940-13 de noviembre de 1940.

Esta verdadera reliquia argentina que estuvo frente al fuego en la Primera Guerra Mundial es casi ignorada por la mayoría de nosotros (imagen 16). Su existencia permite recordar a otros argentinos que estuvieron defendiendo y asistiendo a Francia, como el capitán riojano Vicente Almandos Almonacid, apodado "el Cóndor de Famatina" y también "el Cóndor Riojano", que integró la Legión Extranjera Francesa y luego la Aviación gala; el doctor Pedro Chutro, genio de la cirugía argentina que actúo como asistente en el hospital Bouchon en la capital francesa; al brigadier Ángel María Zuloaga, entonces capitán que actúo en esa contienda en calidad de observador; al doctor Ricardo Finochietto, que dirigió en París el Hospital Argentino donde se asistían heridos de guerra; a la colonia argentina refugiada en Biarritz que, bajo la dirección de la esposa del embajador argentino, la señora de Larreta, hicieron efectiva la donación de ambulancias, y otros compatriotas, olvidados hoy, que voluntariamente concurrieron a defender a la República de Francia.

Esta bandera, testigo mudo de una de las más cruentas luchas del siglo XX, reposa humildemente y ajena a los avatares de la gloria, mientras ignotos ciudadanos le rinden sus callados pero no menos valiosos honores.

Bibliografía

FERRO, Marc, *The Great War 1914-1918*, Londres, Routledge, 1973.

KEEGAN, John, *The First Wold War*, Nueva York, Alfred A. Knoff, 1999.

PELOSI, Hebe Carmen, *Las relaciones franco-argentinas 1880-1918*, Buenos Aires, Editorial Histórica Emilio J. Perrot, 2008.

TYNG, Sewell, *The Campaign of the Marne*, Oxford, Westholme, 1935.

Los dirigibles argentinos

Es poco conocido el hecho de que la Argentina tuvo dos dirigibles, en los tiempos en que estas máquinas eran consideradas medios adecuados para ascensos y entrenamiento aéreo, suplantados más tarde por la evolución inexorable de la técnica. Dependían estas unidades de la Aviación Naval de la Armada.

Promediando 1908 el ministro de Marina, Onofre Betbeder, encomendó el estudio de la posibilidad del empleo de dirigibles para la exploración y el patrullaje del estuario del Río de la Plata y de la costa de la provincia de Buenos Aires al teniente de navío Pedro L. Padilla, si bien no se desdeñaba la posibilidad de que estos dirigibles fueran utilizados como unidades de carga, correo y para llevar pasajeros. Padilla sugirió la compra de tres dirigibles Godard de 3.000 metros cúbicos de gas, proyecto que fue primeramente aprobado y luego archivado, perdiendo la Armada la posibilidad de contar con una flota de dirigibles de última generación.

El dirigible *El Plata* (imagen 17) fue comprado en 1921 a la Compañía de Excursiones Aéreas. Esta compañía había sido fundada en 1920 por una figura importante en la faz civil de la vida porteña de aquellos tiempos, el barón italiano Antonio De Marchi, casado con una hija del general Julio Argentino Roca. También constituyeron la empresa el señor Emilio De Marchi y otros italianos de la colectividad local. Antonio De Marchi fue pionero de las actividades aeronáuticas en el país y presidente de la Sociedad Sportiva Argentina, cuyo predio estaba ubicado en el actual campo de polo de Palermo, desde donde se hicieron numerosos ascensos en globo en los primeros años del siglo XX.

La sociedad compró el dirigible como rezago de guerra. Era del tipo DE *(dirigible esploratore)* y realizó su primer vuelo el 6 de enero

de 1921. El piloto fue el teniente de navío ingeniero Edmundo Gaio, junto con el motorista ingeniero Giovanni Rossi y el teniente de navío Giuseppe Maricotti, los tres de nacionalidad italiana. Se incorporó en los primeros vuelos el teniente de fragata argentino Ceferino Pouchan. Esta compañía fracasó en sus objetivos y sus instalaciones. Por ello equipos y repuestos fueron vendidos a la Armada, lo que dio origen a la futura Escuela de Aerostación Naval.

Esa escuela fue creada el 19 de noviembre de 1921 y pasó a funcionar en el fuerte de Barragán, cercano a la localidad de Ensenada, bajo la dirección del teniente de navío Julio Zurueta y como subdirector al ya mencionado Pouchan. El teniente de navío de la Armada Italiana Renato Strasseri fue especialmente contratado durante el primer año de funcionamiento de la escuela, así como se enviaron a estudiar a Italia a dos alumnos, los alféreces Ardain y Pardal.

En 1922 se recibieron dos globos cautivos, comprados en Italia, del tipo BD y luego dos globos libres donde se realizaron ascensos, todo material de origen italiano. Más tarde, a mediados de 1924, se decidió trasladar la escuela a la localidad de Verónica, actual Base Aeronaval de Punta Indio.

Se hizo cargo de la Dirección de la Escuela el teniente de navío Ceferino Pouchan. Tras una serie de estudios de algunos alumnos, oficiales y suboficiales, enviados a Italia a perfeccionarse en el vuelo de globos y dirigibles, a principios de 1926 se dictan cursos de pilotos y ayudantes de dirigibles. Se regulan las especialidades de apoyo, tales como motoristas, armadores de dirigibles, y se dicta un curso especial para estos últimos en 1928.

El dirigible *El Plata* era también conocido como 0-1 y posteriormente, en 1922, como DE-1 y también como *Alférez Sarmiento*. Fue trasladado en vuelo al fuerte de Barragán piloteado por el teniente Pouchan. Participó en el desfile militar del 9 de julio de 1926 sobre la Avenida de Mayo, la plaza Congreso y la Plaza de Mayo.

Otro dirigible fue comprado por la Comisión Naval destinada en Europa en enero de 1922 y fue gemelo del 0-1. Se lo bautizó *Los Andes*, de 1924 a 1926 pasó a llamarse 0-2, para después denominarse DE-2 y *Teniente Matienzo*.

Los dirigibles tenían cuatro tripulantes y podían embarcar hasta seis pasajeros. Sus dimensiones eran 60 metros de largo por 17 de alto y 10 de ancho. Ambos aparatos se llenaban con 3.600 metros cúbicos de gas hidrógeno cada uno, y eran impulsados por dos motores Fiat Colombo de 120 HP cada unidad. Esto les permitía llegar a una velocidad máxima de 90 kilómetros por hora y tener dieciocho horas de autonomía, sustentando 2,8 toneladas. Llevaban equipo completo

de instrumental de vuelo, equipo meteorológico y para comunicaciones inalámbricas. Tenían costillas de duraluminio y en una barquilla tipo bote podían caber el piloto, un ayudante y hasta cinco o seis pasajeros o carga equivalente.

Su período de uso fue entre 1921 y 1929. Llevaban como identificación en la parte delantera un escudo circular con los colores argentinos y el ancla de la Armada en negro. El palo de amarre de estos gigantes del aire se mantuvo frente a la casa de oficiales de la base aeronaval de Punta Indio, y servía además de mástil a su bandera.

Poco a poco la actividad de los dirigibles se fue reduciendo. La acción cada vez más intensa de los aviones los fue desplazando, no se renovaron ni repuestos ni unidades. En enero de 1930 un fuerte temporal destruyó totalmente al dirigible DE-2 o *Los Andes*, y dañó el hangar.

A fines de ese año dejó de funcionar el otro dirigible, DE-1 o *El Plata*, y de este modo dejaron de prestar servicios los antiguos dirigibles navales, que tuvieron una actuación de casi apenas una década. Se recibieron en ese año dos globos libres tipo ECA y dos globos cautivos tipo BD, de origen británico en ambos casos, que por poco tiempo sirvieron en la Armada. Pero, para esta fecha, el período de vida útil de la Aerostación Naval había terminado.

Bibliografía

HARGUINDEGUY, Pablo, *Historia de la aviación naval argentina*, 2 t., Buenos Aires, Comando en Jefe de la Armada, 1980.

LIRONI, Julio Víctor, *La aerostación argentina y sus precursores*, Buenos Aires, 1958.

[illegible]

ro en los primeros vuelos al teniente de [illegible]

[illegible]

Catalina Pouchan. Tras una serie de [illegible] oficiales y suboficiales, enviados a Italia a perfeccionarse en el vuelo de globos y dirigibles, a principios de 1925 se dictan cursos de pilotos y ayudantes de dirigibles. Se regulan las especialidades [illegible] tales como motoristas, armadores de dirigibles, y se dicta un curso especial para [illegible]

El dirigible [illegible] mente, en 1928, como [illegible] y también como [illegible] trasladado en vuelo al fuerte de Barragán piloteado por el teniente Pouchan. Participó en el desfile militar del 9 de julio de 1920 sobre la Avenida de Mayo, la plaza Congreso y la Plaza de Mayo.

Otro dirigible fue comprado por la Comisión Naval destacada en Europa en enero de 1922 y fue gemelo del 0-1. Se lo bautizó *Los Andes*, de 1924 a 1928 pasó a llamarse 0-2, para después denominarse ne-2 y *Teniente Mantaras*.

Los dirigibles tenían cuatro tripulantes y podían embarcar hasta seis pasajeros. Sus dimensiones eran 60 metros de largo por 17 de alto y 10 de ancho. Ambos aparatos se llenaban con 3.800 metros cúbicos de gas hidrógeno cada uno, y eran impulsados por dos motores Fiat Colombo de 120 hp cada unidad. Esto les permitía llegar a una velocidad máxima de 90 kilómetros por hora y tener dieciocho horas de autonomía, sustentando 2,8 toneladas. Llevaban equipo completo

El fin de la guerra civil española en Buenos Aires

En enero de 1939, los porteños comenzaban a salir de los festejos del nuevo año que, como siempre, esperaban que fuese mejor que el anterior, sin saber que el mundo que conocían se hallaban a punto de cambiar trágica y definitivamente.

Aplastados por el calor del verano, paseaban por los jardines de Palermo y por la Costanera Sur, o se sentaban en los numerosos bares de la ciudad, vestidos con traje y con el infaltable sombrero, moda de la época, buscando paliar los efectos de las temperaturas que los agobiaban.

No existían para la mayoría de ellos ni la costumbre ni la posibilidad de viajar en busca del mar, sino que apenas trataban de encontrar un escape en los balnearios de la caliente ciudad ribereña, entonces de aguas no contaminadas.

Leían los grandes diarios de la época, oían los informativos radiofónicos y se enfrascaban en discusiones sobre una Europa que parecía precipitarse hacía una nueva guerra, con la tranquilidad que, en esa época, daba la distancia.

La guerra civil española que desde 1936 había dividido la opinión pública argentina parecía a todas luces acercarse a su fin, luego de dar comienzo la invasión a Cataluña en los últimos días del año anterior por el ejército de la llamada España nacional.

La colectividad española, gran parte simpatizante de las fuerzas comandadas por el generalísimo Francisco Franco y numerosos argentinos afines ideológicamente, se hicieron presentes en los primeros días de enero en una misa oficiada por monseñor Gustavo Franceschi en memoria de los caídos en combate, obviamente del bando nacional.

Al oficio religioso celebrado en la catedral metropolitana asistieron, además, muchos exiliados españoles que, huidos de la España republicana, habían buscado y obtenido refugio en nuestro país. También se hicieron presentes los miembros de la jefatura regional y de los diversos servicios de la Falange Española, organización política fundada en años anteriores a la guerra por José Antonio Primo de Rivera, que había establecido una filial en nuestro país a fines de 1936 y había ido creciendo en importancia a lo largo de la contienda, contando con el apoyo de las agrupaciones nacionalistas argentinas de la época.

Finalizada la misa, la agrupación falangista aprovechó para poner a la venta, con el objeto de recaudar fondos, un almanaque editado en la Argentina con los símbolos del movimiento.

Llegó en ese enero de 1939 el socialista Indalecio Prieto a Buenos Aires, parlamentario y ministro en diversas ocasiones de la República, lo que entusiasmó a los seguidores del gobierno republicano.

Los centros regionales de la colectividad española, así como los bares donde se solían reunir los seguidores de las dos Españas, fueron usinas de rumores sobre la marcha de los combates durante toda la guerra y ahora, al final, sobre lo que acontecía en territorio catalán. Puede verse hoy en el frente del remozado bar Iberia, en Avenida de Mayo y Salta, una placa colocada por el 75° aniversario del advenimiento de la República. Allí se reunían los simpatizantes republicanos en los días aciagos de la guerra civil. Enfrente del Iberia se encontraba el Español, hoy desaparecido, que agrupaba a los franquistas.

En ambos, las facciones opuestas esperaban la caída de la tarde y las últimas noticias radiofónicas que solían ser seguidas de provocaciones por uno u otro bando, dando lugar habitualmente a escenas de pugilato con sillas y vajilla volando por el aire.

El 25 de enero comenzaron a recibirse noticias dando por cierto el abandono del territorio español hacia Francia por parte del gobierno republicano encabezado por su presidente Manuel Azaña y la entrada de las tropas nacionales al mando del general Juan Yagüe en Barcelona, hecho que había sido comunicado por la Radio Nacional española.

La victoria alcanzada fue festejada en dos grandes actos llevados a cabo en forma simultánea en los teatros Coliseo y San Martín con gran profusión de enseñas de la Argentina, la España nacional, Alemania e Italia, así como banderas de Falange Española. El numeroso público presente en ambas salas entonó en varias oportunidades canciones y marchas partidarias, recibiendo con júbilo a los representantes del Fascio italiano en Buenos Aires.

La colectividad catalana local se reunió por esos días en un almuerzo realizado en Les Ambassadeurs, que fue presidido por el presidente del Centro Catalá. Durante el transcurso de la reunión se hizo presente el secretario general de Falange Española, junto con la señora Carmen Ponce de León, que por esos días presidía la sección femenina de la organización joseantoniana en la Argentina.

En nuestra capital los días 3, 6 y 9 de febrero, en el por entonces teatro Grand Splendid, tuvieron lugar tres audiciones en las que un periodista uruguayo, "Wing", presentó una serie de grabaciones realizadas en la retaguardia nacional, en las cuales jerarquías políticas y militares se dirigían a los ciudadanos españoles en América. Las audiciones fueron acompañadas por un numeroso público que abonó un peso por platea, y la recaudación fue destinada a la ayuda de la población barcelonesa.

Febrero vio también la llegada al puerto porteño de una delegación oficial del gobierno de Franco, compuesta por Miguel Gastón Errea, Antonio Basagoitia y el marqués de Aledo, con la misión de gestionar la compra de 200.000 toneladas de trigo para paliar la escasez de alimentos en la península. Por no tener la España nacional representación diplomática en nuestro país, la recepción y el alojamiento de los enviados estuvo a cargo de la Cámara de Comercio Argentino-Española local.

Mientras tanto, los sucesos españoles se precipitaban vertiginosamente. Convergían hacia la frontera pirenaica grandes masas de civiles y militares republicanos, en cuya persecución avanzaban implacables las fuerzas nacionales.

El diario nacionalista argentino *Arriba* publicaba el 13 de febrero una ilustración con la bandera española flameando en el Pirineo catalán, sobre un mapa de Cataluña con la siguiente leyenda: "Cataluña sin España no sería Cataluña, pero España sin Cataluña no sería España".

La salida de Azaña, su permanencia en París y su falta de ánimo para regresar a presidir el gobierno de la España republicana, según informaba a sus lectores *La Nación* del 21 de febrero de 1939, obligó al ministro de Relaciones Exteriores argentino a declarar que el gobierno existente en Madrid no podía considerarse legal. En consonancia con esto, el presidente argentino Roberto M. Ortiz solicitó la presencia de los embajadores de Uruguay y Brasil para acordar el reconocimiento del gobierno del generalísimo Franco, que se haría próximamente en forma conjunta.

Los lectores de los diarios también recibieron la noticia del hallazgo de los cuerpos de cuarenta y dos prisioneros nacionales eje-

cutados por las fuerzas republicanas en las cercanías de la frontera entre Cataluña y Francia, y entre las víctimas fueron identificados el obispo de Teruel, que había sido hecho prisionero en su ciudad en 1936. La noticia impactó profundamente en los medios católicos locales, con las consiguientes manifestaciones de repudio que se prolongaron durante varios días.

La Nación del 23 de febrero de 1939 informaba que el reconocimiento del gobierno nacionalista de España estaba decidido por nuestro país, dando cuenta además de que treinta Estados ya lo habían realizado hasta esa fecha: Bulgaria, Italia, Alemania, Uruguay, Hungría, Portugal, Polonia, Estonia, Perú, Guatemala, Suiza, Checoslovaquia, Suecia, Holanda, El Salvador, Inglaterra y Francia, entre otros.

En la tarde del 26 de febrero, el embajador de la República Española, doctor Ángel Ossorio y Gallardo, abandonó la sede de la Embajada española y se instaló en un hotel, aunque previamente entregó el inmueble con el inventario de sus bienes al ministro argentino de Relaciones Exteriores.

Los intelectuales argentinos y la colectividad española tuvieron conocimiento también, por el matutino mencionado, de la muerte del poeta Antonio Machado en el pueblecito de Collioure, Francia, quien, como bien resumió el cronista, "era uno de los más sólidos y más grandes poetas de nuestra lengua". Aquejado por una larga enfermedad, vio agravarse su estado al tener que huir de Barcelona junto con el gobierno republicano. A él, como a tantos de ambos bandos, le dolía España, como había expresado Miguel de Unamuno.

El lunes 27 de febrero de 1939 Buenos Aires informaba de la entrega de la Embajada española, sita en la avenida Alvear y Bustamante, al nuevo representante enviado por el gobierno de Franco, Juan Pablo de Lojendio, y reconoció *de jure* al gobierno de Burgos. Lojendio izó la bandera roja y gualda y colocó retratos de Franco y José Antonio en la sede diplomática. También informaba *La Nación* de la fecha que "se cree probable la restauración de la monarquía". El 28 se publica en primera página un artículo de Fernando Ortiz Echagüe, corresponsal del diario porteño en la zona nacional, fechado el 27 en París, titulado: "Va cayendo lentamente el telón sobre el sombrío drama de la guerra civil española".

El 1 de marzo, los títulos que aparecieron en los diarios locales, "Reconocimiento del gobierno del general Franco. En Rosario fue enarbolada la bandera española en el Consulado", "Crónicas de Barcelona" y "Muchos republicanos están resignados a la rendición", daban cuenta de los sucesos. Grandes comentarios produjo la noticia

del comienzo de juicios a mujeres tildadas de terroristas en la Barcelona ya nacional, hecho que informó el matutino *La Nación* el 28 del mismo mes.

El 2 de marzo el Poder Ejecutivo argentino aprueba la solicitada venta a España de 200.000 toneladas de trigo y 15.000 de centeno, con facilidades de pago, reanudando así el intercambio comercial mientras en Buenos Aires la vida cotidiana proseguía. Así se anunciaba la actuación de la ya famosa Libertad Lamarque por radio Belgrano.

El 3 de marzo Las Filipinas, una de las tiendas de la época más importantes de Buenos Aires, anunciaba quince días de superliquidación, mientras que con gran afluencia de público en Mar del Plata se realizaba un acto público de la Falange Española.

El 5 de marzo llegaba a Burgos el encargado de negocios de la Argentina, Ramón de Oliveira Cézar, mientras el Partido Socialista en nuestro país condenaba el reconocimiento del gobierno de Franco.

El 6 de marzo se produce el golpe del coronel Segismundo Casado en Madrid contra el gobierno comunista de la capital española. Mientras, se hace una intensa propaganda en el frente madrileño para atraer a las tropas republicanas y, según el periodista corresponsal de *La Nación* en España en la zona roja, Constantino del Esla, "la población madrileña ve otra vez la lucha de cerca". En Buenos Aires se publicita el 10 de marzo un "primer crucero azul a España en la motonave *Cabo San Antonio*", nave que sufrió dos años de forzada inmovilidad en aguas internacionales frente al puerto de Buenos Aires.

También informa *La Nación* que Enrique Líster y otros comunistas deberán abandonar París, a requerimiento del gobierno francés que se levanta contra las fuerzas comunistas que presidían los estertores de la República, noticia que sacude en nuestra sociedad a los simpatizantes republicanos.

El 12 del mismo mes los titulares matutinos dan cuenta a sus lectores de la disminución de la lucha en las calles de Madrid y del alejamiento de Juan Negrín de su refugio parisino, dando así comienzo al exilio definitivo del ex jefe del gobierno republicano. También en la fecha se comenta elogiosamente el estreno de *Madame Capet* representada por la catalana Margarita Xirgu, republicana y eximia actriz.

El 13 los diarios y las radios locales informan la coronación del papa Pío XII, noticia recibida con gran júbilo por una población que se declaraba católica. Así como también los lectores tomaban nota del recibimiento del mariscal Pétain enviado por el gobierno francés a Burgos, donde días más tarde sería recibido oficialmente por Franco.

El 19 de marzo llega a Buenos Aires próxima a debutar la otra gran actriz española del momento, Lola Membrives, de declarada simpatía con el bando nacionalista. Así, Buenos Aires albergará en sus teatros y al mismo tiempo a las dos actrices opuestas ideológicamente, pero maravillosas en su arte.

La Nación del mismo día daba cuenta del pedido de paz por parte de la Junta de Defensa de Madrid al general Franco, en titulares que comenzaban a preanunciar el fin esperado.

El día siguiente se celebra en la iglesia del Pilar la peregrinación gallega con las imágenes de la Virgen y de Santiago Apóstol, que llevaba en un costado una placa en la que se leía: "Dedicada al templo del Pilar. Cruzada Gallega de Santiago Apóstol. En conmemoración del Año Triunfal y gloria de nuestra España. 19 de marzo de 1939".

El lunes 20 de marzo en la página 3 de *La Nación*, junto a un aviso de la tienda Gath y Chaves, aparecen noticias como "Franco ha tomado 431.351 prisioneros" desde que comenzó la guerra, "Fue fusilado en Madrid ayer el coronel Barceló" y "El problema de los refugiados".

El 25 de marzo volvemos a leer en *La Nación*: "Julián Besteiro cree que pronto se firmará la paz" y "El oro español retenido en París". El domingo 26, entre varias noticias del fin de la guerra, se lee: "El tesoro artístico hallado en Figueras" y "Declaraciones del general Miaja".

El 27 de marzo el diario relataba la rendición de Madrid titulando "Burgos lanzó un último pedido de rendición a la zona dominada por Miaja". El 29 dice: "Los ejército de Miaja abandonan sus posiciones. Los nacionalistas ocuparon varias localidades, incluso Ciudad Real" y "En Roma produjo gran alegría la caída de Madrid". El editorial se llama "Paz en España". El 30 titula "Fue completada la ocupación" y "Fue abandonado el monasterio de El Escorial" (por milicianos que lo ocupaban). Es noticia de primera plana el fin de la lucha por la capital española que se informa con títulos como "Después de caer Madrid, rápidamente fueron entregándose las ciudades aún republicanas"

Mientras estos sucesos ocurrían en España, en Buenos Aires los porteños tenían oportunidad de acceder a gran cantidad de espectáculos. Así en el cine-teatro Ópera el 30 de marzo se estrenó *Tras los vientos* con Fredric March y Joan Bennett y la producción nacional *La intrusa* con Olga Casares Pearson y Ángel Walk. En los escenarios teatrales se hallaba una variada oferta y el diario *La Nación* del 30 de marzo anunciaba el estreno en el teatro Mayo de la obra *Llegan parientes de España*, de Ivo Pelay, que se transformaría en un éxito de la temporada.

El mismo matutino daba cuenta en ese día del extendido y paulatino dominio de las fuerzas franquistas en todo el territorio español y anunciaba: "Ayer se rindieròn las nueve capitales provinciales que faltaban y muchas ciudades".

El ansiado fin de la guerra fratricida llegará a conocimiento de los porteños el 1 de abril de 1939, por medio de cables de agencias extranjeras que serán reflejados en las pizarras de los grandes diarios, frente a gran número de personas que conformaban corrillos en la española Avenida de Mayo y en la porteña calle Florida, donde era posible encontrar todas las ideologías en pugna en esas fechas.

Finalmente, el 2 de abril, domingo, se publica el último comunicado de la guerra. Decía: "En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han ocupado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, 1 dé abril de 1939. Año de la Victoria. El Generalísimo Franco".

La guerra había terminado. Un ejército en las sombras en Madrid había colaborado para ello, definiendo que esa capital ya era nacional antes de la llegada de los liberadores. Compuesto por cuarenta mil voluntarios de Falange Española Tradicionalista, sus afiliados recibían instrucciones y se dividían en cinco secciones: Seguridad, Intendencia, Ingenieros, Orden Público y Banderas de Hierro (tropas de asalto).

Junto con la ansiada noticia, los diarios de la fecha promocionaban los bailes del Centro Asturiano, la yerba Flor de Lis y concursos de chocolatines, pero de todas las novedades frívolas del día, la más llamativa era el retorno de Josephine Baker a los escenarios porteños con su aureola de escándalo.

El 6 de abril, en la intersección de Corrientes y Maipú, un grupo numeroso con banderas argentinas y españolas "tradicionales" se manifestó dando vivas a España y a Franco así como "profiriendo denuestos contra los semitas". La manifestación llegó hasta la calle Florida y se dirigió hacia el sur. En la intersección con Rivadavia, "se produjeron enfrentamientos y escenas de pugilato con grupos antagónicos", según informó *Noticias Gráficas*.

El 2 de mayo el mismo periódico informaba sobre la destitución del jefe de Falange Pedro Sáenz Rodríguez mientras el 3 de mayo los titulares daban esperanzas sobre la tensión en Europa con títulos como "Hitler ofrece pactos de no agresión" y "Londres desea negociar con Berlín". El sábado 6 de mayo los diarios hacen conocer con grandes titulares: "Acercaríanse Alemania y Rusia" y al pie de la primera página: "Licenciarán el 15 a tres clases los franquistas", y adentro un título estremecedor: "Fusilamiento en masa en Cata-

luña" y "Prosigue cruel la persecución". En otro orden, informaban: "Exigirían plebiscito en Danzig". Además aparecía un aviso sobre la "Ayuda a los refugiados españoles de FOARE", sigla de la Federación de Organizaciones Argentinas pro Refugiados Españoles.

El país proseguía su marcha y la crisis política nacional se preanunciaba en títulos como "Revela la necesidad de hombres nuevos el panorama del Partido Demócrata Nacional" e "Inicia hoy sus sesiones el Congreso Nacional", donde no falta el apoyo a la vencida República Española. Los porteños asistentes, privilegiados y lejanos del eminente drama europeo, esperaban el estreno de la película *Gunga Din*, con Douglas Fairbanks (h.) y Cary Grant, que se anunciaba en el cine Ideal, y comentaban el regreso de Luis Sandrini al cine nacional, quien se aprestaba a comenzar a filmar *Palabra de honor*.

Los bailes seguían atrayendo gran número de público y entre ellos se destacaba el que anunciaba la orquesta de Ricardo Tanturi llamada típica Los Indios, en el parque Romano de la avenida Las Heras al 4000, Palermo, donde se contaría con la presencia de un cantor de estilo diferente que iba a hacer historia: Alberto Castillo.

La tan ansiada búsqueda de la paz sería infructuosa y el mundo, en apenas noventa días, se embarcaría en la más sangrienta guerra desencadenada hasta entonces y que daría lugar a una nueva era que alteraría para siempre el orden político y social hasta entonces conocido.

El 31 de mayo de 1939 se disolvía Falange de Argentina por imposición del decreto 31.321. Terminada la guerra civil, la división de los centros españoles fue total al grito de "rojos" o "franquistas" por muchos años. De todas maneras y desde el suelo argentino, la ayuda a los familiares inmersos en las crueldades y penurias de la posguerra fue total y prolongada.

Otro capítulo fue la llegada de los inmigrados del bando derrotado; hubo intelectuales como Rodrigo Losada, Leandro Pita Romero, Luis Jiménez de Asúa, Manuel de Rivacoba, Claudio Sánchez-Albornoz, por nombrar sólo algunos, que fundaron editoriales y estuvieron al frente de cátedras universitarias, actores como Pedro López Lagar, Andrés Mejuto, Amalia Sánchez Ariño, Margarita Xirgu, Enrique Diosdado o Alberto Closas que brillaron en la escena y el cine nacionales, músicos como Manuel de Falla o Julián Bautista y otros. En fin, todos ellos, junto con el esfuerzo de los españoles anónimos, contribuyeron a engrandecer una vez más al país que los recibió y cobijó en su infortunio.

Bibliografía

Crónica de la guerra española, 5 t., Buenos Aires, Codex, 1966.
GOLDAR, Ernesto, *Los argentinos y la guerra civil española*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986.



Ocultos por los "grandes hechos" y los "grandes nombres", existen en el pasado nacional episodios y personas que también tuvieron su papel en la construcción de nuestra patria. Rescatarlos del olvido no sólo es un acto de justicia, sino sobre todo una excelente oportunidad para comprender más acabadamente aspectos no siempre claros de la historia argentina.

Con este objetivo, Juan Manuel Peña y José Luis Alonso nos dan noticias de la existencia de una Legión Militar Eclesiástica al calor de la revolución independentista, de la importancia de la recluta de esclavos en la defensa de los principios de Mayo, de curiosos detalles de cómo se fueron conformando el Ejército y la Armada, de las peripecias de corsarios y piratas en nuestras aguas, así como de aspectos olvidados de la Vuelta de Obligado.

También los inmigrantes tienen su lugar aquí: las aventuras de un carlista en el Río de la Plata, la traición de un marino yanqui que se integró a las armas nacionales, la presencia de legiones militares italianas en la Argentina y de ingleses que participaron incluso en la guerra del Paraguay.

Las andanzas de los argentinos en Europa no podían faltar, como tampoco los negros y su importante papel durante el rosismo. Y, ya en el siglo xx, la notable experiencia de los dirigibles argentinos.

En estas páginas –a veces emocionantes, otras divertidas, y siempre amenas– los autores han tejido la trama de las pequeñas historias dentro de la historia grande, para regocijo de los lectores.

Juan Manuel Peña y **José Luis Alonso** son miembros de número del Instituto Nacional Newberiano e integrantes del Grupo de Historia Militar de la Academia Nacional de la Historia. Han publicado *Las banderas de la guerra civil española 1936-1939* (2004), *Las banderas de los argentinos* (2010) y *La Vuelta de Obligado y la victoria de la campaña del Paraná* (2012).

